

MARGOTTE CHANNING

EL
ENIGMA
DE

LENA

EL ENIGMA DE LENA

MARGOTTE CHANNING



Índice

EL ENIGMA DE LENA

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Sobre la autora

El enigma de Lena

**Un enigma del pasado
Un terrible asesinato
Un secreto inconfesable**

Cuando su padre la envía a pasar unos días a casa de una amiga de la familia en un pueblo perdido de León, Lena teme pasar las vacaciones más aburridas de su vida, pero no le da tiempo. Justo al día siguiente de llegar, una vecina encuentra el cadáver de un hombre y la desconfianza se extiende por el lugar. Nadie está libre de sospecha, ni siquiera los tres chicos que Lena acaba de conocer y con cuya ayuda está dispuesta a llegar al fondo del asunto. Pero quizá el asesino no sea el único que esconde algo...

Descubre a Margotte Channing, la autora revelación de la novela de misterio

EL ENIGMA DE LENA

V.1: abril, 2019

© Margotte Channing, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Dmitry Arhar / Shutterstock

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragó, 287, 2^o 1^a

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-32-3

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Y mientras se purificaba en las aguas del Lena por última vez, decidió que, de ahí en adelante, se llamaría como el río en honor a su linaje. Y después emprendió la huida para proteger su vida y la de los suyos.

Capítulo 1

Otoño de 1994, en algún lugar de Galicia

Cada vez se alegraba más de haber comprado la silla de ruedas. Se la habían vendido alegando que era ligera, fácil de plegar y resistente aunque fuera muy barata, y efectivamente, así era: podía empujarla por la acera casi sin esfuerzo a pesar de que cargaba con un cadáver.

Semanas atrás, mientras planificaba el asesinato, había escogido cuidadosamente aquel parque para dejar el cuerpo. Llegó con la capucha del abrigo puesta y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie. Entonces aparcó la silla de ruedas junto a una mesa de granito y colocó el cadáver encima, bocarriba. Luego, se sacó del bolsillo derecho el cartel que había escrito en casa y lo sujetó al torso del muerto con un imperdible.

Ese último detalle no le gustaba, pero el cliente le había especificado que quería que tuviera la palabra chivato escrita en el pecho. Se alejó unos pasos y, tras confirmar que todo estaba perfecto, se dio la vuelta y empujó la silla —ahora mucho más ligera—, deseando meterse en la cama y descansar.

La noche había sido muy larga, pero iba a dormir muy bien por la satisfacción de haber cumplido con la tarea.

Verano de 2018, un hospital cualquiera de Madrid

Hablaba con el otro cirujano que había participado en la operación cuando los interrumpió la enfermera más cotilla de todo el hospital.

—Laura, tu marido te espera en la cafetería. Dice que te ha llamado al móvil pero que lo tienes apagado.

—Gracias, Nancy. Luego nos vemos, Mario.

Preocupada, cogió el ascensor hasta la planta baja, donde la esperaba Conlan. Hacía años que su marido no iba a verla al hospital, por lo que no esperaba buenas noticias.

Estaba sentado a una mesa, con un refresco abierto frente a él, y tecleaba algo en su tableta. Seguro que estaba preparando su próximo artículo para el periódico. Lo observó durante unos minutos; como era tonta, seguía enamorada de él, a pesar de todo. Era un hombre alto y fuerte, de pelo castaño con reflejos rojizos y unos grandes y tristes ojos azules. Su hijo tenía esos mismos ojos; parecía una versión en miniatura de él. Pasara lo que pasara, nadie le quitaría eso. Con una sonrisa forzada, se sentó frente a él, intentando parecer despreocupada.

—Qué sorpresa.

Se quedó helada al ver la mirada de su marido.

—Perdona que te interrumpa en el trabajo. Llevo varios días intentando hablar contigo, pero como parece imposible...

—Ya...

Miró a su alrededor y observó a los compañeros a los que conocía desde hacía años; esperaba que ese no fuera el momento en el que Conlan le comunicara su decisión.

—No te preocupes, no vengo a hablarte sobre eso, sino a informarte de que he decidido enviar a Lena a casa de Deirdre unas semanas.

—¿Y eso?

Aunque intentó no levantar la voz, no pudo evitarlo, lo que atrajo algunas miradas curiosas. Conlan sonrió sarcásticamente ante su falsa actitud de madre ofendida.

—Deirdre y yo acordamos hacerlo hace años, para que no se

inmiscuyera en nuestras vidas. Era la única manera de que nos dejara en paz.

—No puedo creer que no me lo hayas contado hasta ahora. ¿Cuándo?

Conlan se encogió de hombros.

—No lo sé. La niña era pequeña, tendría unos siete u ocho años. Fue cuando nos enteramos de que iba a verla al colegio a escondidas, aunque entonces ya no hablaba con ella. Reconoció que lo mejor para Lena era no saber nada de ella hasta que fuera mayor, pero no te dije que prometió no volver a verla a cambio de que la niña pasara unos días con ella cuando tuviera quince años. Ha llegado el momento. He recibido un mensaje suyo hace un par de horas preguntando cuándo voy a llevársela. Seguro que sabe que hoy se acaban las clases.

—¡No quiero que mi hija conozca a esa mujer! —exclamó en un susurro y, con la mayor convicción que pudo, añadió—: Conlan, no voy a ceder. Si lo haces...

—¡Cállate! ¿Cómo te atreves a utilizarla de esta manera? —la interrumpió, con más dureza que nunca. Entonces movió la cabeza, incrédulo—. He sido un imbécil. Me has engañado desde el principio, ¡nunca la has querido!

—¡Eso no es verdad!

Se echó hacia atrás y adoptó una actitud defensiva, pero él continuó como si no la hubiera escuchado.

—Es culpa mía, por haber confiado en ti. Escucha, Laura, Lena va a ir a casa de Deirdre, digas lo que digas, y no voy a consentir que lo pagues con ella.

Esperó unos segundos y, al ver que no iba a contestarle, se levantó en silencio y se fue.

Ella, con los brazos cruzados, observó como se marchaba mientras pensaba en la mejor manera de vengarse.

Boadilla del Monte, Madrid

Lena leyó el mensaje que le había enviado su padre; le decía que no podía ir a buscarla. No daba crédito. Noemí corrió hacia ella con un calcetín subido y otro bajado y con la camisa por fuera de la falda. Como siempre, iba hecha un cuadro.

—¿Vienen a buscarte?

—Eso pensaba, pero mi padre me ha dicho que coja la ruta.

—¡Tía, no jodas! ¿Entonces vas a tener que pedírselo a tu madre?

—Siempre puedo esperar a que mi padre llegue a casa, pero últimamente viene muy tarde. Hay días en los que ni siquiera lo veo. Creo que tiene mucho trabajo.

Miró a su amiga, que, con las manos en las caderas y moviendo la cabeza, parecía regañarla.

—¿Es que no te he enseñado nada?

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Lena con una sonrisa—. Porque si te refieres a la cantidad de «teorías infalibles» tuyas que hemos puesto en práctica y que han salido mal... —Resopló.

—¡Venga, venga! No seas tan pesimista y vamos a coger sitio en el autobús. Me sentaré junto a Jonathan, seguro que mientras miro su boca perfecta se me ocurre algo para convencer a tu madre. Es imposible que nadie, ¡ni siquiera ella!, te diga que no. —Sonrió y le propinó un codazo—. ¡La primera de la clase!

Lena sonrió porque era verdad. La tutora se lo había dicho a primera hora de la mañana, antes de entregarles las notas. Hasta su madre tendría que felicitarla, y quizás así aumentarían las posibilidades de que le permitiera ir a Ibiza.

—¡Estoy segura de que te dejará venir! —exclamó Noe, como si le hubiera leído la mente. Estaban esperando en la cola de la ruta y le dio otro codazo—. ¡Tía, las dos solas en Ibiza durante una semana! Bueno, con el matrimonio que cuida la casa. ¡Pero como si estuviéramos solas!

Lena empezaba a creer que era posible. Noe la había presionado durante semanas, pero sus padres habían dicho que lo hablarían cuando supieran sus notas. Por eso llevaba todo el día machacándola con el tema, desde que se las habían entregado esa mañana.

—Noe, no te embales, aún tengo que hablar con mi padre.

Se subieron al autobús, se sentaron detrás de Jonathan y Noemí siguió insistiendo.

—¡Tía, que tenemos dieciséis años! Bueno, tú los cumplirás en septiembre, pero, aun así, ¿qué le pasa a tu madre? Si se pone borde, ¡ten una buena bronca con ella!

Para su amiga era impensable que le dijeran que no, pero Noe no conocía a su madre. Además, por la falta de felicitaciones en su móvil, presentía que iba a tener problemas en casa, algo bastante habitual. Su amiga vio su cara de preocupación e intentó tranquilizarla.

—No te agobies, tía, pero no hables con tu madre hasta que no llegue tu padre a casa, ¿vale?

Lena no contestó, siguió mirando por la ventanilla.

Cuando llegó a casa, desactivó la alarma y dejó la mochila en su habitación. Luego fue a la cocina para tomarse un vaso de leche con dos galletas. Se sentó y miró el móvil otra vez, pero solo le había llegado un mensaje de Noe, en el que le recordaba que no hablara con su madre.

Cuando escuchó que se abría la puerta de casa, sintió que se le aceleraba el corazón. En su colegio, antes de entregar las notas a los alumnos, se las enviaban a los padres por correo electrónico. Pese a estar nerviosa, cuando su madre y su hermano entraron en la cocina, los recibió con una gran sonrisa.

—¡Hija! ¿Ya estás con las galletas? Te he dicho mil veces que prefiero que comas fruta.

Su hermano se lanzó a por la caja que había dejado encima de la mesa y, sin perder la sonrisa, Lena le sirvió un vaso de leche.

—Ya lo sé, mamá, pero solo voy a comer dos.

—Lena, hemos tenido esta conversación muchas veces. Sabes que tienes tendencia a engordar.

Lena siguió sonriendo a su hermano mientras le pasaba el vaso de leche, pero no pudo evitar enfadarse.

—Con el deporte que hago, me puedo permitir un par de galletas.

Su madre la miró fijamente. Parecía tan sorprendida como la

propia Lena, porque nunca se había atrevido a contestarle. Observó los ojos oscuros de su madre, tan diferentes a los suyos, y esperó a que soltara alguna frase incisiva. Sin embargo, su madre dio media vuelta y la dejó con su hermano, que, indiferente, había puesto los dibujos en la televisión y se reía con las travesuras de un oso verde mientras comía galletas de dos en dos.

—Ahora vengo, Conlan. Bébete la leche.

Se levantó, incrédula e indignada, para hablar con su madre. Sabía que estaría en la habitación cambiándose de ropa, porque era lo primero que hacía al llegar a casa. Aunque la puerta estaba abierta, llamó antes de entrar. Observó la cara de su madre con detenimiento. No la estaba mirando con decepción —como de costumbre— o, al menos, no solo con decepción. Había algo más. De no ser porque era su madre, habría jurado que la miraba con odio.

—¿Qué quieres, Lena?

Ella dudó un momento al escuchar su tono de voz, pero ya no aguantaba más.

—Mamá, ¿el colegio no te ha mandado mis notas?

Su madre la miró con el ceño fruncido y contestó enfadada:

—Sí, me las han mandado, ¿y qué? —Al ver la mirada de decepción de Lena, levantó la voz—. No me mires así, ya eres bastante mayor para que tengamos que darte la enhorabuena por cada cosa que haces bien. ¡Al fin y al cabo, estudiar es tu única obligación!

—Ya lo sé, pero nunca había conseguido ser la primera de la clase. Y... habíamos quedado en que, si acababa bien este año, podría irme de vacaciones con Noe una semana.

En cuanto terminó de hablar, supo que había sido un error y que se había dejado llevar por la frustración.

—No vas a poder ir con tu querida Noe, y tu padre es el primero que no te va a dejar —contestó su madre con una sonrisa odiosa, como si estuviera disfrutando.

—¿Qué está pasando?

Su padre acababa de entrar en la habitación y Lena se sobresaltó. Se volvió hacia él con la boca temblorosa, pero respiró hondo para no

llorar. Si lo hacía, lo único que conseguiría sería que su madre le dijera que era un saco de hormonas adolescentes, como había hecho en otras ocasiones.

—Nada, papá. Me voy a mi cuarto.

Le dio un beso en la mejilla y él la miró con preocupación. La tez de Lena era pálida, como la de la mayoría de personas pelirrojas, pero en ese momento tenía las mejillas coloradas y los ojos llorosos. Pese a todo, no estaba dispuesto a dejar las cosas así. Ignoró a su mujer y sujetó a Lena por el brazo con cariño.

—¡Eh! ¿Adónde vas? He recibido un mensaje de tu tutora diciendo que has sido la primera de la clase. ¡Tenemos que salir a celebrarlo!

Lena asintió con desgana, porque en ese momento lo único que quería hacer era encerrarse en su habitación.

—Claro —susurró—. Perdona, papá, pero tengo que cambiarme.

Tras verla entrar en su habitación, se dirigió a la de matrimonio para aclarar las cosas con su esposa y cerró la puerta.

—Laura, ya te he dicho que no voy a consentir que sigas tratándola así. Ella no tiene la culpa.

Laura lo miró unos instantes con la barbilla levantada, orgullosa y altiva, pero, al cabo de un momento, dejó de fingir y se derrumbó. Se sentó en la cama y se cubrió la cara con las manos mientras lloraba en silencio. Su marido suspiró profundamente y se acercó a ella para terminar con aquello de una vez por todas.

* * *

Esa noche, su padre llevó a Lena y a su hermano a cenar al restaurante italiano preferido de la familia, que estaba al lado de casa. A pesar de que habían salido a cenar para celebrar sus notas, Lena no se sentía feliz en absoluto, y su padre lo sabía. Su hermano pequeño, Conlan, era el único que no lo había notado.

—Papá, ¿puedo ir a hablar con Mario? —preguntó su hermano.

Conlan aceptó y el niño —que, con ocho años, era la viva imagen de su padre— fue a saludar al cocinero, un amigo de la familia.

Entonces, Conlan volvió la vista hacia su hija, observó su pelo rojo y sus inocentes ojos verdes y sonrió.

—¿Sabes que tu pelo se está oscureciendo?

—Sí, menos mal —dijo Lena, que estaba distraída repartiendo la comida por el plato para que no se notara que apenas la había tocado.

Nunca le había gustado el color de su pelo. Siempre había sido de un tono brillante entre rojo y cobrizo, pero, desde hacía unos meses, se le estaba oscureciendo. Y cada vez era más parecido al color del vino tinto. Al no recibir una respuesta de su padre, levantó la vista, extrañada. Parecía triste y pensativo.

—Hija, hay algo de lo que tenemos que hablar.

—¿He hecho algo malo?

Él endureció la mirada al comprender lo insegura que se sentía, pero respondió con suavidad.

—No, cariño, no pienses eso. Mírame a los ojos. —Cogió la mano de Lena, que estaba muy fría. Cuando por fin lo miró, añadió—: Estoy muy orgulloso de ti; sé que ha sido un año difícil y, a pesar de eso, has sacado unas notas increíbles. No dejes que los comentarios de los demás, ni siquiera los de tu madre, hagan que te subestimes. Eres una chica maravillosa, con un gran corazón y, tarde o temprano, todos los que te rodean lo descubrirán. Sé que no es justo que tu madre te trate así, pero no soy el único; ella también es consciente.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

Él negó con la cabeza. Aún no podía contarle la verdad.

—Las personas somos muy complicadas, Lena, pero te aseguro que no es culpa tuya. Por eso he pensado que es el mejor momento para proponerte un nuevo plan: me gustaría que pasaras unos días con una amiga de mi madre.

Ella lo miró con la boca abierta, se sentía sorprendida y decepcionada al mismo tiempo.

—Pero, papá, ¡me prometisteis que si sacaba buenas notas, me dejaríais ir de vacaciones con Noe a Ibiza!

—Lo sé, hija, pero creo que es mejor que lo retrasemos hasta agosto. Iréis con su familia y yo me quedaré más tranquilo si estáis con ellos.

—¡Pero no estaríamos solas! Hay dos personas trabajando en la casa. —Cuando comprendió que no cedería, susurró—: Noe me va a matar.

—Tu amiga tampoco va a ir. Su padre y yo hemos hablado y estamos de acuerdo. A ninguno nos gustaba vuestro plan de ir solas, sin ninguna supervisión, aunque haya dos personas del servicio en la casa, eso no cuenta. Ellos tienen ya bastante con hacer su trabajo, y a Deirdre, la amiga de tu abuela, le hace mucha ilusión que vayas. Estoy seguro de que disfrutarás quedándote con ella. Es una mujer muy interesante y, como seguro que te llevas el lector electrónico, podrás leer todas las novelas de asesinatos llenas de vísceras y destripamientos que tienes pendientes.

Aunque estaba decepcionada por no ir a Ibiza, no pudo evitar sonreír.

—¡Qué tonto eres, papá! Me gustan las novelas policíacas, no las gore.

Teniendo en cuenta cómo estaban las cosas en casa y que ya había perdido la oportunidad de ir de vacaciones con su amiga, el nuevo plan no parecía tan malo. Prefería estar en cualquier otro sitio que quedarse allí y discutir con su madre todo el día.

—¿Esa señora es muy mayor? ¿Y es también irlandesa?

—Tiene la edad de tu abuela y sí, también es irlandesa, como mis padres.

—¿Podré ir a la casa de la playa con vosotros después?

—Claro, iremos en agosto, como todos los años, y te prometo que podrás elegir entre pasar una semana con Noe y su familia en Ibiza antes de venirte a Huelva, o pasar todo el mes con nosotros.

—No sé... ¡Es que no conozco de nada a esa señora! —Se mordió el labio inferior, dubitativa, mientras él tomaba un sorbo de café descafeinado para darle tiempo—. ¿Dónde vive y cuánto tiempo tengo que quedarme allí?

—Vive en Soto del Castañar, un pueblo de León.

—No lo había oído nunca. ¿Está muy lejos? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es un pueblo pequeño. Está a unas cuatro horas en coche.

—¡Papá! ¿Tan lejos? ¿Y se supone que eso no es un castigo? —dijo sobresaltada.

Su padre dejó la taza en el platillo con un golpe seco y la miró a los ojos.

—Lena, ya te he dicho que no. Dime, ¿confías en mí?

Ella lo miró, y al cabo de unos segundos, bajó la vista.

—Eso no tiene nada que ver —susurró.

—Al contrario, es lo más importante. Contesta, ¿confías en mí o no? —Justo cuando ella iba a responder, él la interrumpió—: Espera, antes de que digas nada, piénsalo bien. ¿De verdad crees que sería capaz de hacer algo que te hiciera daño? Si consideras que estoy siendo egoísta y no estoy pensando en ti, entonces haremos lo de cada año: vendrás a Huelva con nosotros en agosto y el resto del verano te quedarás en casa. Tú decides. ¿Prefieres quedarte aquí o vivir una experiencia diferente?

—Prefiero vivir una experiencia diferente. Estoy segura de que si tú crees que este viaje es lo mejor para mí, es por algún motivo.

—¿Entonces?

—Iré. Me llevaré el ordenador y el lector. Si el pueblo es un rollo, puede que empiece a preparar el próximo curso.

—Espero que encuentres algo más divertido que hacer. Llevaremos tu bici; seguro que allí la usarás más que aquí.

Él sonrió, pero a Lena no le gustaba demasiado la idea de montar en bici. Aun así, no se atrevió a decir nada, porque no sabía si sería su único medio de transporte. Enseguida comenzó a sentir nostalgia por los planes que había hecho con Noe para la semana que iban a pasar en Ibiza. Los interrumpió la voz de su hermano, que había escuchado parte de la conversación.

—¿Vamos a ir mañana a montar en bici?

Conlan era incapaz de quedarse quieto. Siempre estaba deseando montar en bici, jugar a fútbol o practicar cualquier deporte.

—No, nosotros no, campeón, pero Lena se va a ir unas semanas de vacaciones a casa de una amiga de la abuela Mary.

—¿Lena se va a Irlanda?

El pequeño Conlan miró fijamente a su padre. Desde que, hacía ya

tres años, habían pasado un verano con sus abuelos irlandeses, Conlan solía decir que vivían más lejos que la luna, porque podía ver esta cada noche desde casa y a ellos, no.

—No, mucho más cerca. Se irá a León.

—Pero Lena no se puede ir sola.

Su hermano tenía la misma cara de susto que ponía cuando le decían que lo iban a vacunar, algo que odiaba. Lena se dio cuenta de que estaba a punto de llorar y, aunque le extrañó, sonrió para tranquilizarlo y le acarició el pelo.

—No pasa nada, Conlan, me iré solo unos días, y luego volveré.

—Claro que sí. Y, cuando regrese, nos iremos de vacaciones a la playa, como siempre —añadió su padre para calmarlo.

El pequeño hizo puchereros. Lena sabía muy bien que siempre que ponía esa cara, acababa teniendo una rabieta, así que se levantó de la mesa y se puso en cuclillas para hablar con él.

—No pasa nada, pequeñajo, no tienes de que preocuparte.

Aun así, Conlan se abalanzó sobre ella, la abrazó y empezó a llorar con desesperación. Sin darse cuenta, la empujó con tanta fuerza que Lena estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Noooo! ¡Yo me voy contigo! ¡Papá y mamá trabajan, y yo no me puedo quedar solo!

Lena le acarició la espalda y le susurró que se calmara mientras miraba a su padre, que parecía igual de sorprendido que ella. Ninguno de los dos recordaba que Conlan se hubiera puesto así alguna vez. Si a Lena le hubieran preguntado unos minutos antes, habría jurado que su hermano solo quería a su madre y a su abuela, porque no era un niño especialmente cariñoso. Su padre se agachó junto a ellos e intentó abrazarlo, pero le resultó imposible.

—Lo siento, Conlan, pero no puedes ir con Lena. No querrás que tu madre y yo nos quedemos solos, ¿no?

No parecía que el niño fuera a despegar la cara del cuello de Lena, pero finalmente lo hizo y le contestó:

—¡Vosotros podéis quedaros solos, pero yo no, porque soy pequeño! Muchas tardes nos quedamos los dos solos hasta que vosotros llegáis por la noche. No me quiero quedar solo, así que me

iré con Lena.

Apenas se le entendía. Seguía llorando y le costaba respirar. A Lena le hizo sonreír la forma en que su hermano había argumentado por qué debía quedarse con ella. Su padre los miraba fascinado. Cuando vio como ella le secaba las lágrimas con cariño y le daba un pañuelo para que se sonara, sintió que era imposible quererlos más.

—No te vas a quedar solo. Te llevaremos unos días con los abuelos españoles.

—¿Con la abuelita Rocío?

Su padre asintió. Sabía perfectamente lo mucho que le gustaba estar con su abuela materna. Ante la nueva perspectiva, Conlan soltó a su hermana del cuello.

—Bueno, entonces que se vaya, pero no me gusta —afirmó.

Se quedó quieto, mirándose los pies, y Lena le dio un beso en la cabeza antes de volver a sentarse a la mesa.

—Yo también te voy a echar mucho de menos, pequeñajo.

Su hermano la miró con unos ojos tan tristes que se le encogió el corazón.

Cuando volvieron a casa, su madre estaba acostada y con jaqueca y su padre se metió en el dormitorio con ella. Para evitar que los oyera discutir, Lena acompañó a su hermano a su habitación.

—Vamos, Conlan, es hora de dormir. Tienes que ponerte el pijama, lavarte los dientes y hacer pis.

El dormitorio de su hermano estaba decorado con tonos azules y amarillos. Mientras esperaba a que hiciera todo lo que le había dicho, curioseó los últimos dibujos que su hermano había pintado y los libros que tenía a medio leer. El niño salió del baño descalzo y en pijama.

—¡Muy bien! Ahora, ¡a la cama!

—¿Te quedas un rato? Mamá siempre se queda mientras leo un poco.

—Claro. ¿Qué libro estás leyendo ahora?

—*El castillo del dragón.*

—Parece divertido.

Lena lo buscó por toda la habitación hasta que lo encontró en la

estantería. Cuando Conlan estuvo sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, se lo dio y él lo abrió.

—Es muy divertido, ¿quieres que lo lea en voz alta?

—No, gracias, prefiero que lo leas en voz baja. Mientras, yo leeré en el móvil.

Lena se sentó a su lado mientras él leía moviendo los labios y susurrando las palabras. Estaba respondiendo a un mensaje cuando él le dijo:

—Lena, voy a echarte mucho de menos. No te olvides de que tienes que volver para que podamos ir a la playa.

Tenía una expresión tan seria que no pudo evitar abrazarlo con fuerza y darle un beso.

—Nunca podría olvidarme de eso. Yo también te quiero mucho, aunque a veces seas un plasta.

Conlan sonrió y Lena vio el hueco que le había quedado entre los dientes después de que se le cayera la paleta izquierda, dos semanas antes. Era tan gracioso que no pudo evitar sonreír.

—Soy plasta porque soy el pequeño, tonta, deberías saberlo.

Después de decir eso, siguió leyendo el cuento mientras ella le explicaba a Noe por qué se había anulado el viaje a Ibiza.

Capítulo 2

Llevaban un buen rato tirados sobre el colchón, ambos sudados y fumando. Mientras intentaban volver a respirar con normalidad, uno de ellos se levantó para mirar el mapa que había pegado la noche anterior en la pared. Observó la plaza del pueblo que ella misma había dibujado durante unos minutos.

—Lo mejor será que lo hagamos en el merendero.

Su cómplice se puso de rodillas en la cama, miró el dibujo con atención y dio otra calada al cigarro.

—Sí, puede que tengas razón.

Aunque estaba de acuerdo, su cara de desaprobación provocó que ella lo mirara con enfado.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Desde que aceptamos este trabajo estás insoportable!

—Te lo he dicho desde el principio: el precio es demasiado bajo —contestó enfadado.

Ella se levantó y fue a la cocina a por un bollo para no discutir.

—Si lo hacemos de madrugada, no nos verá nadie. Y, si nos encontramos con alguien más, ¡mala suerte! —añadió con la boca llena.

Mientras su cómplice estaba concentrado mirando el dibujo, ella colocó la mano como si fuera una pistola e hizo como si disparara, imitando el ruido del disparo con la boca.

—Estoy de acuerdo. Y ahora... ¿volvemos a la cama?

Se lanzaron sobre el colchón y empezaron a reírse como locos

mientras entrelazaban sus brazos y piernas. Al fin y al cabo, el único sitio donde no discutían era en la cama.

Mientras, un brillante rayo de sol entraba por la ventana. Estaba amaneciendo en Soto del Castañar.

* * *

—Tiene que ser una broma.

Su padre miró alrededor, buscando el nombre de la calle, y volvió a comprobar la dirección que tenía apuntada en el móvil. Lena, histérica, repitió por cuarta vez:

—¡Papá, por favor, no puedes dejarme aquí!

Señaló el cartel metálico que daba la bienvenida a los visitantes a Soto del Castañar. Después de circular durante tres horas y media por la autopista y una carretera extremadamente antigua —al parecer, había sido construida por los romanos—, habían llegado a un pueblo perdido e incomunicado. Se habían detenido en un camino de tierra con el GPS desactivado. Solo se veían tres o cuatro casas, muchos árboles y algunas vacas. En ese momento, Lena sintió que acabaría asqueada si pasaba varios días allí.

—Es un pueblo, Lena, seguro que no está tan mal como parece. Mira, ya volvemos a tener señal en el GPS. ¡Vamos allá!

Aceleró y Lena miró hacia delante con aversión. Hacía más de una hora que solo veía árboles, pasto y tierra roja. El sitio era bonito, pero para verlo en fotos, no para vivir allí varias semanas. No le gustaba el campo; odiaba las hormigas, los gusanos, la tierra, el barro, las avispas... Todos los bichos. Y estaba segura de que ese pueblo estaba plagado de ellos.

—Me voy a morir de asco.

Aunque ya era mayor, estaba a punto de echarse a llorar, igual que había hecho su hermano al despedirse de ella.

—Lena, por favor, dale una oportunidad. Te he dicho que cuando quieras volver, vendré a buscarte, pero tienes que aguantar unos días. Me lo has prometido.

El problema era que su padre siempre conseguía lo que quería.

—Ya, pero es que esto es peor de lo que imaginaba.

Justo en ese momento, el GPS indicó que habían llegado al destino, pero lo único que tenían delante era un edificio de hormigón aparentemente abandonado. En la fachada había unas letras escritas en rojo: «Nave de ganado».

—No me digas que es aquí.

—No creo, hija, espera.

Llamó por teléfono.

—Deirdre, estamos delante de una nave de ganado.

Lena escuchó la voz de una mujer, aunque no entendió lo que decía. Su padre asintió un par de veces antes de colgar. Luego, dio marcha atrás.

—Dice que nos hemos pasado la desviación que lleva hasta su casa, que está a unos cien metros.

El camino correcto estaba rodeado de docenas de chopos gigantes. Asombrada, Lena los observó con detenimiento; nunca había visto árboles tan altos.

—Debe de haber un río cerca —dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Creo que suelen crecer en las riberas de los ríos.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Conlan, divertido.

—Por el cole, papá.

—¡Qué hija más lista tengo!

Ella sonrió, aunque estaba absorta observando la casa. El color de la fachada era azul francés, igual que las paredes de su cuarto. Hacía unos meses, cuando pintaron el piso de Boadilla, Lena se había empeñado en que quería la habitación de ese color. Y esa casa era exactamente del mismo tono. Por eso se sorprendió tanto al verla.

—Cariño, ¿no es el color de tu habitación? —Su padre también estaba atónito.

—Sí. Es azul francés. El pintor dijo que había tenido que mezclarlo él mismo porque no había encontrado el tono que le pedí. Qué coincidencia.

Observó las contraventanas de madera pintadas de blanco y las coloridas flores que llenaban el jardín delantero. Mientras bajaba del

coche, la puerta de la casa se abrió. De ella salió una mujer de pelo blanco que la miró directamente a los ojos. Era alta y delgada y tenía una sonrisa acogedora. Bajó los tres escalones del porche y atravesó el jardín para abrir la puerta de la verja y que pudieran entrar. Lena estaba nerviosa, pero su padre se puso a su lado y le transmitió tranquilidad.

—¡Qué ganas tenía de conocerte, Lena! Ven, querida, dame un beso.

Fue tan cariñosa que incluso su voz le resultó conocida, aunque nunca la había visto. Su agradable sonrisa le hizo pensar que quizás esos días no iban a ser tan horribles como había pensado. La abrazó con suavidad y Lena percibió un dulce olor a flores. Cuando se separaron, la señora cogió su cara entre las manos y la miró con atención.

—Eres guapísima, tal y como me imaginaba.

—Muchas gracias... Esto...

La vergüenza y el nerviosismo le habían hecho olvidar el nombre de la mujer. Miró a su padre en busca de la respuesta.

—Me llamo Deirdre.

—Sí, perdona. Deirdre, por supuesto.

La anciana desvió entonces sus ojos azules hacia Conlan, que se había apartado un poco y las observaba con una expresión que Lena no había visto nunca. Cuando se dio cuenta de que ambas lo miraban, se acercó para dar dos besos a Deirdre.

—Hola, Conlan, te veo muy bien. No has cambiado nada.

Lena observó cómo se hablaban y se miraban. La tensión entre ellos era más que palpable. Pero si a su padre no le gustaba aquella mujer, ¿por qué la dejaba allí, con ella? No lo entendía.

—Tú también estás muy bien, Deirdre, como siempre. No puedo quedarme mucho tiempo, el camino de vuelta es largo.

Conlan regresó al coche para coger las dos maletas de Lena y Deirdre echó a andar con una rapidez impropia de su edad en dirección a la casa.

—Venid, por favor. Primero le enseñaré la habitación a Lena y, mientras ella se pone cómoda, te prepararé algo de comer. No quiero

que vuelvas con el estómago vacío.

—No es necesario, Deirdre, pero gracias.

Lena se fijó en que a su padre no le apetecía quedarse a comer, pero tampoco parecía tener ganas de discutir.

—Yo creo que sí —dijo Deirdre—. Seguidme, por favor. El cuarto está en el piso de arriba, en la buhardilla. He pensado que te gustaría más dormir ahí porque así te sentirás más independiente —añadió en dirección a Lena.

Subieron dos tramos de una escalera muy antigua de madera blanca, que rechinaba a cada paso, y, cuando llegaron al segundo piso, Deirdre se apartó para que Lena viera la buhardilla. Se quedó boquiabierta.

Lo más particular de la habitación eran la amplitud y la claridad. Los rayos de sol entraban a través de cuatro claraboyas en el techo inclinado que iluminaban la estancia al completo. Asombrada y encantada, Lena se colocó en el centro y observó todos y cada uno de los detalles: la cama, de aspecto antiguo, contaba con un dosel; la colcha, al igual que el resto de la habitación, era de tonos verdes y rosas; y tanto la cómoda como las mesitas de noche eran blancas.

—Ven, Lena, por aquí están el baño y el vestidor. —Lena siguió a la mujer como si estuviera hipnotizada mientras Conlan dejaba las maletas junto a la cama—. Bueno, explora todos los rincones que quieras mientras yo le preparo la comida a tu padre.

—Papá, ¿te parece bien?

Él asintió y sonrió, pero Lena sabía que algo no iba bien.

Le habría encantado escucharlos mientras hablaban, pero intuía que no lo harían delante de ella. Deirdre le dedicó una última sonrisa y, sujetándose a la barandilla de la escalera, bajó al comedor con Conlan. Ambos esperaron a estar dentro de la cocina con la puerta cerrada para hablar con libertad. Sentado a la mesa, el padre de Lena intentó mantener la calma mientras observaba a la señora calentar un plato de pasta en el microondas.

—No tengo hambre, pero si no te importa prepararme un café... Te lo agradecería, Deirdre. —Ella, como siempre, hizo caso omiso y siguió calentando la comida—. Deberíamos apresurarnos. Lena no es

tonta y bajará enseguida.

—Sé que no es tonta, no hace falta que me lo digas.

Deirdre lo miraba de manera muy distinta a como lo había hecho delante de Lena. Con odio.

—Mi hija me quiere mucho. Si tu propósito es llenarle la cabeza de mentiras, no lo hagas. La pondrías en tu contra para siempre.

—¿De verdad crees que haría algo que la hiciera sufrir? Sé de sobra que te quiere, igual que tú a ella. —Ladeó la cabeza y dejó una taza de café y el azucarero encima de la mesa. Conlan la miró con el ceño fruncido—. Sí, Conlan, te conozco y sé que adoras a tu hija.

Él, incómodo, se encogió de hombros.

—Bueno, en cualquier caso, he llegado a un acuerdo con ella. Si quiere irse dentro de una semana, vendré a buscarla. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto, no quiero que se sienta obligada a nada.

Conlan la miró fijamente.

—Si al final quiere volver antes, contactará conmigo desde su móvil, no hace falta que llame desde tu teléfono.

—¿Por quién me has tomado? ¿Crees que cuando salgas por la puerta se lo voy a quitar? Nunca le prohibiría llamarte, ni a ti ni a tu mujer. ¿O es que a ella no la llamaría?

—No lo sé, la relación entre ellas es... difícil —contestó Conlan, que parecía dudar sobre cuánto explicarle.

—¿Y eso?

—Ya sabes por qué —respondió, enfadado.

La mujer apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia él.

—Me lo imagino, pero tendrías que haberlo previsto —contestó con rencor.

—Nadie habría podido imaginar que ocurriría algo así, ni siquiera tú. Siempre he hecho lo que consideraba que era mejor para ella.

Deirdre abandonó la actitud defensiva y suspiró.

—Lo sé, Conlan, es solo que... para mí ha sido muy difícil. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. He esperado este momento muchos años.

—Es una chica maravillosa y con un gran corazón. Ya lo verás.

Conlan puso la mano encima de la de ella y la apretó con fuerza. Se miraron a los ojos con tristeza, como si recordaran lo que había sucedido muchos años atrás.

—Estoy segura.

Cuando la puerta de la cocina se abrió, los dos se quedaron pasmados. Lena llevaba un gato en brazos, al que acariciaba con suavidad. El animal ronroneaba con los ojos entrecerrados, como si estuviera a punto de quedarse dormido. A pesar de haberse sentido obligado a llevar a su hija a esa casa, Conlan pensó que no había sido tan mala idea al ver su sonrisa. Sin embargo, jamás lo reconocería delante de Deirdre.

—¡Deirdre! ¿Este gato es tuyo?

La mujer sonrió, se levantó y se acercó a ella.

—Bueno, digamos que vivimos juntas. Es una hembra, querida.

—¿Cómo se llama?

—Fiona. —Deirdre acarició la cabeza de la gata, que abrió sus ojos dorados, la miró y movió el rabo. Lena no podía dejar de sonreír—. Diría que nunca la han acariciado dos personas al mismo tiempo.

—Lena siempre ha querido tener un animal en casa, pero su madre es alérgica —aclaró Conlan.

—Bueno, pues aquí podrás disfrutar todo lo que quieras de ella, e incluso de otros animales que hay en el pueblo.

Lena asintió sin soltar a la gata y se sentó junto a su padre.

—Lena, ¿te apetece un vaso de leche con chocolate o prefieres comer algo? —preguntó Deirdre de camino a la nevera.

Lena miró a su padre, que, a juzgar por la taza vacía que tenía delante, ya se había tomado un café.

—Un vaso de leche estaría bien, gracias.

—Ahora mismo te lo preparo.

—¡Papá, la habitación es alucinante! El baño es precioso, todo de madera, y el vestidor es increíble. ¡Estoy deseando deshacer la maleta!

La gata se había quedado dormida en su regazo, pero ella seguía acariciándole las orejas de forma inconsciente. Su padre la veía tan feliz que no podía dejar de sonreír y Deirdre se dio la vuelta para que

no se dieran cuenta de que se estaba secando las lágrimas. Luego colocó el vaso de leche frente a Lena, se sentó con ellos y respondió a todas las preguntas que le hicieron sobre el pueblo.

Una hora después, cuando Lena contempló como su padre se marchaba, sintió pánico. Sin embargo, se le pasó en cuanto Deirdre se dirigió a ella.

—¿Qué te apetece hacer?

Antes de que pudiera contestar, escucharon un fuerte golpe en el tejado de la casa. Al volver la cabeza, vieron caer un balón que rodó hasta los pies de Lena. Se agachó y lo cogió.

—¡Perdona! ¿Me lo devuelves?

Al otro lado de la verja, había un chico muy alto que parecía mayor que ella. Llevaba un pantalón corto azul y una camiseta de tirantes verde oscuro. Tenía el pelo negro, muy corto por detrás y largo en la zona del flequillo, y los ojos azules.

—Hola, señora Wilson.

—Hola, Chema.

Lena se acercó hasta la verja para devolverle el balón.

—Toma.

—Me llamo Chema.

Ella sonrió y él se fijó en sus hoyuelos.

—Algo he oído —bromeó—. Yo soy Lena.

Aunque ella tuvo que ponerse de puntillas porque la verja le llegaba a la altura de los hombros, se saludaron con dos besos. Deirdre se acercó a ellos con una sonrisa.

—Perdone, señora Wilson. Ya sé que la hemos molestado muchas veces, pero...

—¿Qué dices? —le interrumpió ella, sorprendida—. Yo nunca os he dicho tal cosa.

El chico frunció los labios al percatarse de su metedura de pata.

—Usted no, pero el alcalde habló conmigo hace unos días. Estaba aquí cuando se nos coló la pelota.

—¿El alcalde? —Deirdre intentó evitar irse de la lengua, pero tenía claro que no iba a consentir que Julio decidiera por ella—. Bueno, pues olvida lo que te dijo. La casa es mía y a mí no me

molestas. ¿Te apetece un refresco?

—Bueno, no sé, no quiero que me vuelvan a echar la bronca.

Lena estaba deseando saber quién era ese alcalde que se metía en la vida de los demás.

—Tranquilo, yo me encargaré de eso. Lena, ¿te importaría acompañarlo a la cocina? Yo voy a ir al huerto a arrancar hierbas. Me relaja.

Lena observó como Deirdre se dirigía al jardín trasero y luego ella subió los escalones del porche.

—¿Vienes a ver qué hay en la nevera?

—¡Claro! La verdad es que estoy seco. —Carraspeó mientras entraban en la casa—. ¿La señora Wilson es tu abuela? Nunca te había visto por aquí y tampoco sabía que tuviera hijos.

—No, ¡qué va! Es una amiga de mis abuelos, que también son irlandeses. Es la primera vez que vengo a vuestro pueblo. Voy a quedarme unos días.

—¡Qué bien!

Ella sonrió y abrió la nevera.

—¿Qué te apetece?

Chema se puso a su lado para ver lo que había.

—Zumoz, por favor.

Lena estuvo a punto de suspirar. ¡Además de guapo, el chico era educado! Como la ventana de la cocina estaba abierta, oyeron a Deirdre hablar con otro chico.

—¿Señora Wilson, ha visto a Chema?

—Es mi hermano mayor —dijo Chema a su lado.

Lena acababa de llenar un vaso con zumo cuando el susodicho entró en la cocina. Parecía un pirata. Tenía el pelo negro y los ojos grises. También iba vestido con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, pero a él le hacían parecer mucho más duro. Lena sintió que le costaba respirar cuando se acercó a ellos, pero él ni siquiera reparó en su presencia. Parecía únicamente concentrado en echarle la bronca a su hermano.

—¡Llevo diez minutos esperando! ¿Qué pasa, que te ha entrado sed?

Entonces, la vio y se quedó en silencio. La observó de arriba abajo con lentitud y entrecerró los ojos como si le molestara su presencia. Chema, que no se había percatado, se lo presentó a Lena con desgana.

—Lena, este bocazas es mi hermano Héctor.

Aquel chico le daba mala espina. Tenía claro que no se iba a acercarse a él, igual que nunca se acercaría a un animal peligroso. Que Deirdre no hubiera vuelto la ponía tan nerviosa que intentó salir de la incómoda situación ofreciéndole algo de beber.

—¿Quieres un zumo?

Héctor la miraba con tal intensidad que pensó que tenía alguna mancha en la cara. Sintió que se ponía cada vez más roja.

—Bueno... Está bien.

El chico se acercó mientras ella volvía a abrir la nevera. Lena fingió examinar todo lo que había dentro, pero estaba atenta a cómo él inspiraba profundamente sobre su cabeza, como si le estuviera oliendo el pelo. Se quedó perpleja, lo miró y se alejó para coger otro vaso.

—Así que te llamas Lena.

—Sí.

Chema intentó entrometerse. Esa chica le caía bien, no quería que su hermano hiciera lo mismo de siempre.

—Héctor, bébetelo rápido, que tenemos que volver. Tienes que irte a León ¿recuerdas? —Su hermano lo miró con irritación, pero Chema lo ignoró y se despidió de Lena—. Nos vamos, encantado de haberte conocido, Lena. Si quieres, podemos quedar uno de estos días para montar en bici o ir a la playa.

—¿La playa? —preguntó, sorprendida.

—Sí, hay una playa fluvial en el centro del pueblo. ¡Es una pasada! Hace unos años, acondicionaron los márgenes del Balboa, y ahora está muy bien para bañarse. Es bastante ancho y profundo. ¡Cuando quieras, te lo enseño!

Héctor se acercó más a ella.

—¿No me das el zumo? —añadió el chico.

Ni siquiera recordaba que lo tenía en la mano. Él alargó la suya y

lo cogió. La miró fijamente a los ojos mientras le acariciaba el dorso de la mano con el dedo índice. Sin apartar la mirada de ella, se bebió el zumo de un trago. Lena sintió un escalofrío. Sabía que la primera impresión que había tenido de él era acertada: Héctor era peligroso.

—Gracias, Lena, y bienvenida al pueblo. Estoy seguro de que te gustará —dijo Chema con una sonrisa.

Ambos parecían estar esperando a que contestara, pero entonces la llamaron al móvil, colocado bocabajo sobre la mesa. Eso la ayudó a escapar de la situación.

—Perdonad, pero tengo que cogerlo.

Héctor llevó los vasos al fregadero y se marcharon. Entonces, descolgó.

—Hija, ¿cómo estás?

Lena se sentó en una de las sillas de la cocina.

—Muy bien, papá, ni yo me creo lo que te voy a decir, pero es posible que no me aburra tanto. Le voy a dar una oportunidad a este pueblo.

Mientras hablaba, observó los andares de Héctor y sonrió pensando en lo mucho que disfrutaría cuando hablara con Noe.

—Me alegro mucho, Lena.

* * *

Fiona se subió a la cama, caminó delicadamente por el estómago de Lena y la despertó. Ella tardó un par de segundos en recordar dónde estaba, porque aún no había amanecido.

—¿Qué te pasa?

La gata bajó de la cama de un salto y caminó hacia la escalera, mirándola y maullando.

—¿Quieres que te siga? —Volvió a maullar, lo que entendió como un sí—. De acuerdo, espera un momento.

Se puso una sudadera sobre el pijama, porque hacía un poco de frío, y la siguió. Fiona la esperaba al final de la escalera, sentada mientras se lamía una pata.

—Y ahora ¿qué? —El animal la miró y a ella le dio la sensación de

que la observaba con cierto desprecio, como si fuera una ignorante. Luego se dirigió a la cocina, se detuvo delante de la puerta cerrada y volvió a fijar la vista en ella—. ¡Ya voy! Esto debe de ser un sueño, porque es imposible que un gato sea tan listo —masculló.

Le pareció escuchar algo, como si la gata hubiera emitido una risa ahogada, pero lo dejó estar. Si descubría que era capaz de hablar, le daría un ataque al corazón. Después de abrir la puerta, Fiona fue directa a su cuenco y bebió agua. Ella también tenía sed, así que llenó un vaso del grifo y se lo bebió.

—Veo que todas hemos tenido la misma idea.

Lena se llevó tal susto que se atragantó y comenzó a toser. Cuando se le pasó, se fijó en que la mujer la observaba con cara de preocupación. Iba vestida con un camisón largo y solo se le veían los pies descalzos, con las uñas pintadas de rojo.

—Lo siento, cariño, ¿te he asustado?

Lena sonrió.

—No pasa nada, estaba distraída pensando que Fiona debe de estar poseída. Es demasiado lista y mandona para ser una simple gata.

—Sí, esta señorita cree que todos hemos nacido para servirla, ¿no es cierto, Fiona?

La gata se sentó junto a sus cuencos y las miró. Parecía observarlas con arrogancia, y eso las hizo reír. De repente, oyeron el ruido de un motor junto a la casa, como el de un camión grande.

—¡Qué raro! Por aquí no suele pasar nadie...

Deirdre se dirigió a la puerta de la calle sin pensarlo y Lena la siguió. Salieron a la entrada y vieron algunas luces a lo lejos.

—¿De dónde vienen esas luces, Deirdre?

—Son de la nave de ganado abandonada, donde os habéis parado esta mañana. Aquí pasa algo raro. Vamos a quedarnos en silencio un momento, a ver si oímos algo. —Escucharon las voces de, al menos, dos hombres. Deirdre se estremeció, la hizo entrar y cerró la puerta con llave—. Esto no me gusta nada. Ven.

Lena la siguió al salón, donde habían estado viendo la tele después de cenar. Deirdre cogió su móvil e hizo una llamada. Lena

miró la hora.

—Espero que sea un buen amigo, porque son las tres de la mañana.

—Chist, calla, niña, que no oigo.

Se metieron en la cocina, Deirdre con el teléfono en la oreja. Solo tuvo que esperar dos pitidos antes de que él contestara.

—Hola, Julio. Siento llamarte a estas horas, pero está pasando algo muy extraño en la nave de ganado. No, hemos salido un momento porque habíamos oído el motor de un camión. ¿Qué importa con quien esté? Mira, Julio, creo que esto ha sido un error. Voy a llamar a Mariano, así que no te preocupes. Vuelve a la cama. — El grito que se oyó al otro lado de la línea fue tan estridente que tuvo que apartarse el teléfono de la oreja—. Está bien, está bien, te esperaremos aquí. Y... ¿Cómo voy a salir a estas horas? Oye, Julio, ten cuidado cuando vengas, no hagas ruido.

Lena se sentó, decidida a no moverse de allí hasta enterarse de lo que ocurría. Bostezó. Deirdre miró el móvil, se echó el pelo corto hacia atrás y se sentó frente a ella.

—Me ha colgado. Bueno, mientras esperamos, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias.

Volvió a bostezar.

—¿Tampoco quieres irte a la cama?

«¡Ni de coña!», pensó Lena. No se iría a la cama hasta enterarse de todo, aunque se le estuvieran cerrando los ojos.

—No, por favor, deja que me quede.

—Pues claro que puedes quedarte, niña. ¿Por qué no ibas a poder?

La mujer parecía tan sorprendida por la petición como la adolescente por la respuesta. Desde que había llegado a aquel pueblo, sentía que había entrado en un mundo distinto al suyo, donde las reglas eran muy diferentes a las que conocía.

Minutos después, alguien llamó a la puerta y ambas se sobresaltaron.

Deirdre se levantó para abrir y Lena la siguió con Fiona en brazos, aunque se quedó unos pasos por detrás. Cuando la mujer comprobó

que era a quien esperaba, lo dejó entrar.

—¿Has venido en coche?

El hombre, que era bastante alto y tenía el pelo blanco, buscó por la habitación hasta dar con Lena; pareció tranquilizarse en cuanto la vio.

—No. He venido en moto, pero la he apagado en la esquina, para que no la oigan. —Se acercó a la chica—. ¿Quién eres tú?

—Soy Lena.

Deirdre se colocó junto a ellos y frunció el ceño para que la dejara tranquila.

—Es la nieta de unos amigos.

El hombre miró a la mujer con incredulidad. Luego le tendió la mano a Lena, que se la estrechó.

—Soy Julio, amigo de Deirdre.

Se acercó al ventanal que había en el salón y apartó la cortina con discreción para ver qué pasaba fuera. Deirdre se colocó detrás de él.

—Id a la cocina. Mientras, voy a cerrar bien la puerta. Es mejor que no se vean luces desde la carretera, al menos hasta que sepamos si hay alguien ahí.

Deirdre le hizo un gesto a Lena, que la siguió de nuevo a la cocina. La mujer puso la cafetera al fuego.

—Julio es el alcalde del pueblo.

—¿Sois amigos?

Deirdre entrecerró los ojos con recelo.

—Lo único que puedo decirte es que es de confianza.

Julio entró en la cocina con paso decidido mientras tecleaba algo en su teléfono. Se notaba que era alguien acostumbrado a mandar a los demás. Debía de haber sido militar, o algo parecido.

—Cuando has llamado, he avisado a Mariano para que fuera a echar un vistazo a la nave y ya están allí.

—Puede que nos hayamos asustado sin razón, pero me ha parecido raro que viniera un camión hasta aquí.

—¡Deirdre, por Dios! Vives totalmente aislada. Te lo he dicho mil veces, pero no haces caso.

Ella sirvió un par de cafés para los dos y no contestó, pero Lena

vio que fruncía los labios como hacía su madre cuando estaba enfadada.

—Aquí nunca pasa nada, Julio, es el pueblo más tranquilo del mundo.

—Por ahora, pero sabes que eso está cambiando. Lo estuvimos hablando el otro día y te ofrecí mi casa para que...

Deirdre lo fulminó con la mirada para que no siguiera hablando. Él asintió y se calló. Lena estaba segura de que era porque ella estaba delante.

—Me alegro mucho de que hayas venido a visitar a Deirdre. Dime, ¿te vas a quedar mucho tiempo? —preguntó Julio para cambiar de tema.

—No lo sé, unos días...

Miró a la dueña de la casa, porque no habían hablado sobre eso.

—Puedes quedarte tanto como quieras. Cuanto más tiempo, mejor.

El móvil de Julio empezó a vibrar y él se fue al pasillo para hablar en privado. A pesar de que las dos intentaron escuchar la conversación, no fueron capaces. Volvió enseguida.

—No han encontrado nada. Cuando amanezca, Mariano se dará una vuelta por la nave. Está de camino. —Deirdre asintió—. Quizá sea mejor que la niña se vaya a la cama.

—La «niña», como tú la llamas, es una jovencita y hará lo que quiera.

Después de fulminarlo con la mirada, volvió la vista a Lena, que contestó sin necesidad de que Deirdre añadiera nada más.

—Si no molesto a nadie, me gustaría quedarme.

—Entonces te quedarás.

Julio frunció el ceño. Estaba seguro de que Deirdre lo hacía solo por llevarle la contraria, porque era su pasatiempo preferido.

—¡Mira que eres testaruda! —Julio guardó silencio cuando oyó que alguien llamaba a la puerta principal—. Ya voy yo.

Regresó a la cocina a los pocos minutos, esta vez acompañado de un guardia civil de unos cuarenta años. Era moreno, corpulento y de ojos oscuros. A Lena le cayó bien en cuanto vio su sonrisa.

—Lena, este es Mariano.

Ella inclinó la cabeza, medio dormida.

—Buenas noches.

—Hola, Lena. Es un nombre muy bonito. ¿Es tu nieta, Deirdre?

Ella le puso el café delante y se sentó antes de hablar.

—No, es la nieta de una amiga. Ha venido a pasar unos días.

—¡Ah, estupendo! —Mariano sacó una libreta y un bolígrafo—. Deirdre, por favor, cuéntame lo que ha pasado. Me ha dicho Julio que has visto unas luces...

Deirdre asintió y comenzó a explicarlo todo de nuevo. Mientras escuchaba, Lena cogió a Fiona —que llevaba un rato maullando— y la colocó sobre sus piernas. Al cabo de un rato, Lena empezó a dar cabezazos, arrullada por la voz de Deirdre. Se quedó dormida con la cabeza apoyada en los brazos.

Cuando Mariano se fue, Deirdre intentó echar a Julio, pero él se negó. Lena se hizo la dormida para poder escucharlos.

—Julio, te agradezco mucho que hayas venido, pero ya es muy tarde. Mira cómo está Lena. Es hora de que nos vayamos a la cama.

Él miró a Lena, que tenía la cabeza escondida entre los brazos y a la enorme gata naranja encima de su regazo.

—No intentes convencerme, porque me voy a quedar. Dormiré en la habitación de invitados y mañana me iré a casa temprano. Tengo muchas cosas pendientes. Ya discutiremos qué hacer más adelante —susurró Julio para no despertar a Lena.

Sin embargo, Deirdre no era una mujer de las que se quedan calladas, especialmente cuando intuía que alguien la quería obligar a hacer algo con lo que ella no estaba de acuerdo.

—No hay nada que hablar. ¿Qué te has creído? Julio, por favor, no tengo ganas de discutir. Vete a casa, ya te llamaré mañana. —A pesar de estar indignada, no levantó la voz. La expresión de él era de enfado, y Deirdre se puso a la defensiva—. ¿Qué te pasa ahora?

—Que no te creo. Aquella noche también me dijiste que hablaríamos al día siguiente, pero me mentiste, igual que ahora. Tienes tanto miedo que eres incapaz de ser sincera.

—¡Cállate! —masculó Deirdre, y salió de la cocina.

Pero Julio no estaba dispuesto a dejar pasar aquella oportunidad y la siguió hasta el salón. Entonces, Lena abrió los ojos y acarició a la gata, que no dejaba de ronronear, mirando hacia la puerta cerrada de la cocina.

—Eso sí que no me lo esperaba, Fiona —susurró.

* * *

En el salón, ambos se miraban como si fueran enemigos.

—Acordamos que no volveríamos a hablar del tema. Fue un error.

Deirdre intentó mantener la calma y ser paciente. Se sentó en el sofá y entrelazó las manos, pero Julio actuaba como un perro detrás de un hueso.

—No, Deirdre, lo decidiste tú sola. Pensaste que yo te obedecería, igual que hacen todos, pero te has equivocado conmigo. Te he dejado espacio, pero se acabó. No podemos perder más tiempo. —Se acercó a ella—. ¿De qué tienes tanto miedo?

—De nada, no digas tonterías.

Nerviosa, se ajustó el cinturón de la bata.

—No son tonterías, y lo sabes. Dime qué te pasa, Deirdre —pidió, y le acarició la mejilla con los nudillos de la mano derecha—. Nunca he conocido a nadie como tú. Si me acerco un paso, te alejas dos. Y aun así, no puedo dejar de pensar en ti. No sé qué te ha pasado. Al principio nos llevábamos bien, creía que estabas muy a gusto, pero después...

Deirdre lo interrumpió. No quería recordar lo que había pasado. Si lo hacía, no podría seguir con la farsa que interpretaba desde hacía meses.

—Por favor, Julio, ¿no es suficiente con que te diga que no quiero nada?

Intentó parecer enfadada, pero no lo consiguió. Su voz denotaba dolor.

—Eres una mentirosa. —La besó en la mejilla con una sonrisa sarcástica y la observó durante largos segundos—. Pero, por ahora, te dejaré en paz. Eso sí, digas lo que digas, voy a dormir aquí.

—Está bien, haz lo que quieras. Yo me voy a la cama.

Dio media vuelta, temerosa de volver a caer en la tentación si no se separaba de él enseguida.

—De acuerdo, ya hablaremos.

Ella asintió y se fue a la cocina.

—Voy a despertar a Lena para que se acueste en la cama. Buenas noches.

—Buenas noches, Deirdre.

El hombre recorrió el pasillo hasta la última habitación. Dejó la puerta abierta, colocó sus cosas en la mesilla, se tumbó en la cama y se llevó el antebrazo derecho a la frente. Lamentaba que esa mujer fuera tan testaruda, pero estaba decidido a hacer lo imposible para que volviera junto a él. Mientras tanto, se aseguraría de protegerla, aunque tuviera que discutir con ella a cada paso.

Capítulo 3

Columba salió del coche despacio para no resbalarse y abrió el paraguas. Con setenta y ocho años, cada vez le resultaba más difícil levantarse temprano y conducir hasta su tienda, pero tenía que abrir a las ocho de la mañana. Era la única manera de vender los periódicos a primera hora. Ese día, por culpa de la lluvia, había tenido que aparcar en el centro del pueblo, así que lo vio enseguida.

A pocos centímetros de sus zapatos, discurría un reguero de color rojizo que llegaba a la acera desde el merendero. Atónita, se inclinó para observarlo mejor a través de los gruesos cristales de sus gafas, con el paraguas en una mano y las llaves en la otra. Parecía sangre.

Estuvo a punto de llamar a Mariano, pero no quería que los vecinos le tomaran el pelo durante un mes si al final resultaba que no era lo que creía. Miró a su alrededor algo asustada, pero no vio a nadie. Siguió el hilo rojo, se armó de valor y entró en el merendero. A lo lejos, en la mesa del centro, vio a un hombre tumbado bocarriba, completamente inerte. Aunque no lo veía bien, sabía que estaba muerto. Temblorosa, se acercó a él despacio. Se volvió a poner las gafas y los ojos se le llenaron de lágrimas. Era Ramón.

Le habían pegado dos tiros, uno de ellos en la cabeza. En el pecho tenía un cartel con la palabra chivato escrito en él. Columba empezó a llorar desconsoladamente. Le acarició el pelo y le dio un beso. Su cuerpo no paraba de convulsionar. Como pudo, se dio la vuelta y corrió hasta llegar a la calle. Sacó el teléfono del bolso y llamó a Mariano mientras se preguntaba qué clase de desalmado habría

hecho algo así.

* * *

El sonido del móvil lo despertó con brusquedad. Cuando vio quién lo estaba llamando, se reincorporó en la cama de golpe y descolgó.

—¿Alguna novedad?

—Más gorda de lo que te puedas imaginar. Ramón ha aparecido muerto en el merendero. Le han pegado dos tiros.

Julio tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de decirle.

—Pero ¿qué dices? ¿Ramón? ¿Estás seguro?

—Lo acabo de ver con mis propios ojos. Estoy en el colmado de Columba, con ella. Es la que lo ha encontrado y está fatal. Hay que sacarla de aquí, pero es mejor que no esté sola. ¿Tú crees que Deirdre podría...?

—Seguro que sí.

—Me imagino que sigues en su casa. Tranquilo, no voy a comentar nada al respecto, alcalde.

—Haces bien. Voy a hablar con ella, te llamo dentro de unos minutos.

Se levantó y, en calzoncillos, se dirigió a la habitación de Deirdre.

—Bien. Cuanto antes vengáis, mejor, porque se va a liar una buena. Lo sabes mejor que yo.

—Sí, lo sé. Ahora te llamo. Por cierto, ¿has hablado con Natalia?

—Todavía no, pensaba hacerlo ahora.

—Vale. Si necesitas ayuda para decírselo, dímelo y te acompañaré.

—De acuerdo.

—Hasta ahora.

Colgó y llamó suavemente a la puerta del dormitorio de su irlandesa. Entró y vio a la mujer que lo tenía loco tumbada de lado, con las piernas encogidas y la cabeza apoyada en la palma de la mano. Le encantaba verla dormir. Se acercó a la cama, se puso en cuclillas junto a ella y recorrió una de sus cejas con el dedo índice.

—Deirdre, cariño... —susurró.

Ella abrió los ojos, somnolienta. Al ver su cara, se incorporó como un resorte.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Siento tener que despertarte así, pero ha ocurrido algo. Ramón ha muerto.

La mujer se frotó los ojos, como si fuera una niña.

—¿Qué ha pasado? Lo vi ayer en el colmado y estaba bien.

—Creo que lo han matado.

—¡Imposible! ¿A Ramón? ¿Quién querría matarlo? —Negó con la cabeza, muy agitada.

—Lo sé. Escucha, lo ha encontrado Columba, y Mariano me ha dicho que está muy mal. Me ha preguntado si podrías ocuparte de ella.

Deirdre se tapó la boca; estaba horrorizada. Sabía cuánto quería su amiga a aquel chico.

—Por supuesto.

Inclinó la cabeza con tristeza y Julio la abrazó.

—Si lo necesitas, llora, cariño.

Le acarició la espalda con delicadeza para que se calmara.

—Ella lo quería mucho, le dio trabajo cuando nadie más quería, por su... condición. Además, estaba encantada. Decía que era la mejor persona que había conocido y que no podría llevar el colmado sin él.

Deirdre enterró la cara en el cuello de él hasta que dejó de llorar. Luego se apartó.

—Hay un problema. No quiero dejar a Lena aquí sola, pero tampoco me parece bien que vea todo eso.

—No te preocupes, iré con la moto a casa y volveré con el coche. Luego iremos los tres a buscar a Columba, os traeré de vuelta y me aseguraré de que Lena no vea nada que la pueda asustar.

Ella murmuraba como si lo estuviera ignorando.

—No quiero que ella esté metida en nada de esto. Quizá tendría que hablar con su padre para que venga a buscarla. ¡Maldita sea! Después de tantos años esperando...

Él la miró con el ceño fruncido, porque sabía que había algo importante que ella no le había contado, pero Deirdre permaneció en silencio.

—Puede que sea mejor que os vengáis todas a mi casa, al menos por hoy, así me quedo más tranquilo. Además, seguro que Mariano quiere hablar con Columba, y así no tendrá que moverse. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

Se encogió de hombros y decidió no discutir. Estaba demasiado aturdida.

—Entonces me voy. Aprovechad para cambiaros. Vuelvo enseguida.

Antes de marcharse, rozó suavemente los labios de ella con los suyos y la miró de tal manera que Deirdre volvió a sentirse como una adolescente.

Cuando se vistió, subió a la habitación de Lena para despertarla. Se sentó en su cama. Estaba cansada, no había dormido bien, se había pasado la noche pendiente de la presencia de Julio. Miró a Lena con detenimiento y sintió que se le rompía el corazón al pensar en todo el tiempo perdido. Sonrió al ver su pelo largo y pelirrojo desparramado por la almohada en suaves ondas y las delicadas pecas que le cubrían la nariz y parte de las mejillas. Le hubiera gustado quedarse más tiempo observándola, pero no podía.

—Cariño, despierta. Tienes que levantarte.

Lena abrió los ojos, extrañada.

—Buenos días. ¿Es muy tarde?

—¡Qué va, hija! Siento tener que despertarte tan pronto, pero necesito que te levantes y te vistas. Tenemos que ir al pueblo. Una amiga muy querida me necesita. Ha ocurrido algo... desagradable.

Lena, que ya se había levantado, le preguntó qué había pasado mientras buscaba algo que ponerse.

Deirdre dudó si contárselo o no, pero decidió que no hacerlo era una tontería, porque se acabaría enterando de todos modos.

—Verás, al parecer han asesinado a un vecino. Todavía no conozco los detalles, aunque... No sé. Luego lo hablaremos, pero es posible

que llame a tu padre para que venga a buscarte.

Lena, que ya se había enfundado los vaqueros y una camiseta que había cogido del vestidor, se volvió hacia ella rápidamente.

—¡No lo llames, por favor! Escucha, he dormido fenomenal por primera vez desde hace mucho tiempo. Aunque han sido pocas horas, me encuentro muy bien. Por favor, no lo llames. Vamos a ver qué ha pasado y luego lo hablamos. ¿Te parece bien?

Respiró hondo. Hasta ella se había dado cuenta de que su voz había sonado histérica. Deirdre asintió. Lena se había sentado a su lado y no podía dejar pasar una oportunidad así. Necesitaba saber.

—¿Es que no duermes bien en tu casa?

—Me suelo despertar cada dos o tres horas y aquí he dormido toda la noche del tirón.

—Entonces no me extraña que te quieras quedar. Pero dime, Lena, ¿tienes algún problema en casa?

—No. ¡Qué va! Todo va bien —mintió mientras iba al baño a cepillarse los dientes y a lavarse la cara—. Estaré lista en cinco minutos.

—Perfecto. Voy a preparar el desayuno.

Bajó las escaleras segura de que Lena había mentido. Por primera vez en su vida, se preguntó si la decisión que había tomado años atrás había sido un error.

* * *

La plaza del pueblo le sorprendió. Chema había dicho la verdad sobre la playa fluvial, aunque ese no era el día más indicado para disfrutar de ella. Llovía y estaba todo lleno de guardias civiles y sanitarios. Aunque Deirdre le había contado lo ocurrido en el coche, no esperaba ver tanta gente allí. El alcalde aparcó frente a su casa, situada entre la iglesia y el ayuntamiento, y Deirdre la cogió de la mano como si fuera una niña pequeña. Julio, a su vez, agarró a Deirdre por el brazo. Mientras se encaminaban hacia el puente para cruzar el río, les dijo:

—Nunca había visto una playa como esta.

A pesar de las luces parpadeantes de los coches de policía que había en la otra ribera, su mirada se desvió hacia el río Balboa.

—Sí, estamos muy orgullosos. Todas las fiestas se celebran aquí y muchos jóvenes de los pueblos de alrededor vienen en verano a bañarse.

Lena se detuvo al ver que, frente a ella, unos sanitarios metían una camilla con un cuerpo cubierto por una bolsa de plástico en una ambulancia. Deirdre le estrechó la mano y esperó junto a ella a que el vehículo se alejara. Luego recorrieron el último trecho del puente.

El merendero se encontraba en ese lado del río. Era una gran construcción de madera sin techar, aunque se podía cubrir con un toldo en los días de lluvia, que albergaba unas cuantas mesas alargadas. A su alrededor pululaban varias personas cubiertas con buzos de tela blancos; Lena supuso que eran agentes recogiendo pruebas. Junto al merendero había una pequeña construcción circular con el tejado de paja y un gran cartel que anunciaba que era la única palloza del pueblo, un restaurante típico de la región. Unos metros por detrás estaba el colmado, entre el bar y la farmacia.

Entraron en la tienda y Deirdre se acercó a Columba, estaba sentada en una pequeña silla de madera con la cabeza inclinada. La abrazó y le susurró algo al oído. Lena se mantuvo apartada, aguantando las ganas de asomarse a la calle para ver qué hacían los policías. Nunca había visto una investigación de un asesinato de verdad y, aunque intentaba que no se le notara, estaba emocionada.

—Ya estoy aquí, querida. Lo siento mucho.

La anciana le devolvió el abrazo y murmuró algo. Una auxiliar de la ambulancia se acercó a Julio.

—No ha parado de llorar. —Movi6 la cabeza con compasi6n—. He conseguido que se tome un tranquilizante, pero deberían sacarla de aquí.

—Sí, ahora nos la llevamos.

La mujer asintió y salió de la tienda. Lena observó detenidamente su alrededor. Era una especie de supermercado en miniatura. Las estanterías de madera estaban abarrotadas de productos del hogar básicos: legumbres, latas de conserva, café, detergente... Había

incluso una máquina de helados, chuches y periódicos. Todo eso en una habitación de unos treinta metros cuadrados a lo sumo.

—Lena.

El alcalde le había estado hablando, pero ella estaba demasiado distraída para escucharle. Julio se colocó a su lado y susurró:

—Ramón trabajaba aquí con Columba y ella lo quería mucho. — Hizo una pausa—. Pareces muy seria para tu edad.

Lena se encogió de hombros, sin saber muy bien cómo contestar.

—Lena, acércate por favor —la llamó Deirdre.

Columba se había levantado con dificultad. Llevaba unas gafas de pasta marrón con cristales gruesos, a través de los que se apreciaban sus ojos, rojos y húmedos.

—Esta es mi amiga Columba. Va a pasar unos días con nosotras en casa —comentó Deirdre, lo que provocó que Julio le dedicara una mirada airada.

Lena la saludó.

—¡Qué guapa eres! —dijo Columba.

—Muchas gracias, señora.

—Llámame Columba, hija.

Deirdre asintió, satisfecha. Julio, que aún no había dicho la última palabra, la agarró con suavidad del brazo y la llevó aparte. Discutieron unos segundos en voz baja, hasta que ella aceptó la propuesta de Julio.

—Cambio de planes. Iremos a casa de Julio y nos quedaremos allí unas horas.

—Unas horas, no. Todo el día y, al menos, también esta noche. No me puedo mover de aquí y prefiero que estéis cerca.

Deirdre le lanzó una mirada ofuscada. Se giró hacia Columba y le ofreció su brazo para que se apoyara en él.

—¿Nos vamos? Lena, cariño, abre la puerta, por favor.

Julio lo hizo antes de que nadie pudiera moverse, y la mantuvo abierta hasta que las tres pasaron ante él. Luego, las siguió para acomodarlas en su casa.

* * *

Lena estaba acostumbrada a las viviendas lujosas, pero aquella la dejó estupefacta. Mientras atravesaban el jardín, pasaron junto a un estanque en el que flotaban nenúfares y nadaban peces de colores. A un lado, se alzaba un sauce llorón.

—Cuando vi este sitio ayer en el coche, pensé que era un palacio —susurró Lena a Deirdre.

«¡Menuda pasada!», pensó Lena.

—Es la residencia de los antepasados de Julio. Creo que la mayoría de las tierras del pueblo han sido de su familia en algún momento. Él ha vivido siempre en León, hace solo unos años que se vino aquí. La casa estaba hecha un desastre cuando llegó, pero ha dedicado un par de años a arreglarla y ha quedado preciosa. —Al ver que Columba no hablaba, añadió—: Querida, ¿estás más tranquila?

A Lena le dio la impresión de que el calmante que le habían dado le estaba haciendo efecto. Parecía un poco ida.

Julio las llamó desde la entrada, porque se habían quedado un poco rezagadas.

—Pasad, por favor. Estáis en vuestra casa.

El alcalde se hizo a un lado. Una vez dentro, Lena se fijó en las vidrieras de las paredes de piedra. Por ellas entraba la luz del sol, que teñía el vestíbulo de color verde claro. Lena advirtió entonces la presencia de una mujer con delantal que se acercaba a ellas por un largo pasillo y se secaba las manos con un trapo de cocina.

—Benita, hay que preparar habitaciones para Columba, Deirdre y Lena. Esta noche dormirán aquí.

La mujer sonrió, haciéndose cargo de la situación.

—Sí, sí, por supuesto. Ya me he enterado de lo sucedido.

Saludó a las invitadas y se detuvo un momento junto a Columba.

—Lo siento mucho.

—Benita, esta es Lena, la nieta de unos amigos. Se va a quedar conmigo una temporada.

Julio tenía prisa y no tardó en despedirse.

—Deirdre, sabes que estás en tu casa. Dile a Benita que os prepare café. Volveré lo antes posible. Si me necesitáis, lo más seguro

es que esté por la plaza. Si no, llámame al móvil.

—Vete, vete. No te preocupes.

—Recuerda que luego vendrá Mariano para hablar con ella. Es necesario.

Deirdre asintió, aunque estaba preocupada por su amiga, que seguía sin hablar. Ella y Columba se sentaron en el sofá del salón. Lena se disponía a ocupar un sillón que había junto al ventanal que daba al jardín cuando su teléfono empezó a vibrar. Era su padre.

—Deirdre, es mi padre. Voy a salir al pasillo a cogerlo. ¿Te importa?

—Claro que no.

Salió al pasillo mientras descolgaba.

—¿Papá?

—¿Cómo estás, hija? ¡No sabes cómo te echamos de menos! Tu hermano está dando tanta guerra que ayer estuve a punto de llevarlo allí contigo. Nos lo hemos tenido que traer de casa de los abuelos porque está insoportable. Lleva muy mal que no estés aquí.

—Es mejor que no lo traigas, papá. Yo también os echo mucho de menos, pero creo que esto me puede venir muy bien. Tenías razón.

—¿Qué tal todo? ¿No te estás aburriendo?

Lena se mordió la lengua para no contarle a su padre lo ocurrido. Si lo hacía, iría a por ella, y aquello era demasiado emocionante para perderselo. Por lo que recordaba, esa era la primera vez que le ocultaba algo a su padre.

—El pueblo no está tan mal. Deirdre me trata muy bien, estoy muy a gusto en su casa y... No sé qué más contarte.

—Me sorprende mucho lo que me dices, pero estoy muy contento de que lo pases bien. Estaba seguro de que me pedirías que fuera a por ti. Entonces, ¿te quedas?

—Sí, sí.

Vio a Benita con una bandeja enorme tambaleándose por el pasillo.

—Papá, tengo que dejarte, luego te llamo. Un beso.

Colgó y corrió a ayudarla. Lena llevó la bandeja al salón.

El café pareció despejar a Columba. Comenzó a hablar, pero no se

daba cuenta de que lo hacía en voz alta.

—Tendría que haber insistido más. Llevaba días diciéndome que había visto algo raro, pero no me quiso decir qué. Ya sabes cómo era.

Deirdre asintió y Lena no pudo evitar preguntarse a qué se referían.

—¿Ramón no tenía familia?

Deirdre la miró, sorprendida por su curiosidad.

—Sí, una hermana, Natalia. Trabaja en el ayuntamiento con Julio. Él le tiene mucho cariño.

Columba frunció los labios. Tenía el pelo blanco pegado a la cabeza debido a la lluvia.

—Era su hermana, pero no le hacía ningún caso.

—Columba, no creo que sea el momento... —la regañó Deirdre con cariño, pero su amiga la interrumpió.

—¡Es cierto! Su hermana debería haberlo cuidado más que nadie, pero se dedicaba a otras cosas... —Deirdre le dio un suave codazo para que se callara, porque no le parecía bien que esos temas se trataran delante de Lena. Su amiga dejó la frase en el aire, aunque seguía indignada—. Pobre Ramón. Desde que murieron sus padres, no tenía a nadie. Muchas veces se quedaba a dormir en mi casa, aunque el chalé donde vivía con Natalia era de los dos.

Lena no se podía creer que estuviera en medio de una investigación por asesinato y su cerebro no dejara de plantear preguntas. Pero tenía que andarse con cuidado. Su móvil vibró de nuevo. Esta vez era un mensaje de Noe, que le preguntaba cómo lo estaba pasando. Le contestó que luego la llamaría, porque no quería perderse nada.

Deirdre y ella se miraron cuando oyeron un ruido en la puerta de la calle. Lena se levantó a mirar.

—Son Julio y el guardia civil.

—Mariano —le recordó Deirdre.

—Sí.

Corrió a sentarse en la butaca que estaba al otro lado del salón, con la esperanza de que no repararan en ella, y fingió estar enfrascada en el móvil. La realidad era que, si hubiera podido hacer

que le crecieran las orejas como dos antenas para oír mejor, lo habría hecho.

Julio miró a Deirdre un momento antes de hablar.

—Columba, Mariano necesita preguntarte algunas cosas. Sabe que no te encuentras bien, así que intentará que sea rápido. La declaración completa la harás más adelante, pero ahora necesita saber algunas cosas.

—Sí —contestó Columba en un susurro apenas audible.

Mariano agarró una silla para sentarse junto a ella.

—Necesito saber si has tocado a Ramón.

—¿Que si lo he tocado? No sé. Me he acercado para ver quién era y cuando lo he visto... creo que le he tocado la cara. Sí, creo que ha sido en la cara. Luego le he dado un beso. Estaba tan solo y había tanta sangre...

La última palabra se le atragantó en la garganta y no pudo seguir hablando. Deirdre le acercó una infusión que había traído Benita.

—Bebe un trago, cariño.

Mariano carraspeó. Se sentía fatal. Julio observaba la escena de pie, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—Tranquila, no hay prisa —dijo Mariano—. ¿Recuerdas si Ramón se había peleado con alguien? ¿Contó algo que te llamara la atención? Algo que pueda explicar el cartel que tenía en el pecho.

—Era incapaz de discutir con nadie, pero llevaba días preocupado. Me dijo varias veces que sabía que alguien había hecho algo malo. A veces era como un niño y, aunque le pregunté en varias ocasiones, no quiso decirme nada. Si hubiera conseguido que me lo dijera..., esto no habría pasado.

Deirdre cogió su mano izquierda y la mantuvo entre las suyas.

—Escúchame, nadie se habría podido portar mejor con ese chico que tú. Él te adoraba, todos lo sabemos, te quería más que a su familia. No tienes la culpa.

—¿Por qué dices eso, Deirdre? —preguntó Mariano—. ¿Tienes algo que decir sobre la hermana de Ramón?

Lena levantó la mirada del móvil, extrañada por que la voz de Mariano denotaba cierto enfado. Hasta Julio miraba al guardia civil

con el ceño fruncido. Deirdre se encogió de hombros.

—Todo el pueblo sabe que su hermana no se ocupaba de él.

—Entiendo.

Mariano le lanzó una mirada cargada de significado a Julio, que asintió. Lena no tenía ni idea de cómo investigaba la policía fuera de los libros y la televisión, pero aquello le resultaba extraño. El guardia civil parecía estar a las órdenes del alcalde y, hasta donde ella sabía, eso no debería ser así.

Capítulo 4

Consiguieron meter la última caja en la fosa, cerraron la trampilla y la cubrieron de hojas y tierra. Habían terminado.

Entraron en el coche y, antes de arrancar, uno de ellos se volvió hacia el otro.

—Ha faltado poco. Nunca pensé que esa vieja nos escucharía y llamaría a la poli. Menos mal que nos ha dado tiempo a trasladarlo todo.

—No, a la poli no. ¡Llamó al alcalde! Lo vi llegar en la moto mientras vigilaba la casa. ¡Esa chivata! Si la pillo a solas...

—No te preocupes, ya nos lo pagará. Cuando todo se calme, nos encargaremos de ella.

—Y viene con premio extra, porque creo que ahora vive con una chica. —Frunció los labios fingiendo lástima—. ¡Qué pena!

—Si sigue ahí cuando ajustemos cuentas con la vieja, no se librará del castigo. ¡Así es la vida! Vámonos a casa, que tengo los pies helados.

—Mira que eres cabezota. Te avisé de que no vinieras en chanclas.

—No me sueltes el rollo, que cada vez te pareces más a mi madre. La broma hizo que los dos sonrieran.

Ninguno se había percatado de que, a cierta distancia, una mujer los observaba. Había ido allí a fumar y a llorar a solas, pero, al oír que alguien se acercaba, se había escondido. Mientras encendía un último cigarro, salió del castañar en el que había permanecido oculta y observó el camino por el que se había alejado el coche con

incredulidad.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Por fin tenía algo de suerte.

* * *

Cuando terminaron de comer, Lena se levantó para dar un paseo por el jardín, aunque lo que realmente quería era hablar con Noe e investigar sobre lo que ocurría en la plaza. Desde la verja que rodeaba la casa del alcalde se veía el merendero y, algo más lejos, la palloza. Lena se sentó en un banco que había cerca de la entrada de la casa y sacó el móvil de los vaqueros. Noe debía de estar ansiosa por recibir noticias tuyas, porque respondió justo después del primer tono.

—¡Lena! Necesito que me cuentes lo que ha pasado. ¿Has discutido con tu madre o algo?

—¡Noe! ¡Calla y escucha! No sé si voy a poder hablar mucho rato. —Respiró hondo e intentó ordenar sus pensamientos—. Ya sabes que al final mi padre me convenció para venir. Esto está lejísimo de todo, pero me prometió que, si me aburría, vendría a buscarme. Había decidido llamarle al día siguiente, o como mucho en un par de días, pero...

—¿Pero? Tía, no me lo puedo creer. ¡Vente ya! Aunque no nos vayamos a Ibiza, podemos quedar todos los días. ¡Joder, que te han dejado tirada en un puto pueblo!

Lena la entendía perfectamente, porque hasta el día anterior ella había pensado lo mismo.

—Noe, me tienes que prometer que no vas a contar a nadie lo que te voy a decir.

—Pues claro. ¿Qué te crees?

Lena sabía lo bocazas que era, pero la quería de todos modos.

—Verás, anoche oímos un camión rondando una nave abandonada que hay cerca de la casa de Deirdre. Le pareció muy raro, se asustó y llamó al alcalde.

—¿Qué dices? ¡No puede ser! —exclamó exaltada. Noe era aún más aficionada a las películas de misterio que ella, así que debía de

tener los ojos abiertos de par en par.

—¡Te lo juro! El alcalde es amigo suyo. Vino enseguida y después apareció un guardia civil.

—¿Había alguien en la nave?

—No.

—¡Joder, tía! Vale, reconozco que es interesante, pero volvamos a lo realmente importante. ¿Cuándo vuelves?

Lena miró por encima de su hombro, hacia la casa. Le había parecido oír un ruido. Por si acaso, bajó la voz.

—Espera, que no he terminado. Ayer por la tarde conocí a dos hermanos que viven cerca de Deirdre y ¡no te puedes ni imaginar cómo están!

—¡Eso sí que no me lo creo!

—Te juro que es verdad, pero todavía no te he contado lo más fuerte. Esta mañana me ha despertado Deirdre porque han asesinado a uno del pueblo. Lo habían dejado encima de una mesa del merendero de la plaza, con un cartel en el que ponía chivato en el pecho. Eso no me lo han contado, pero lo he oído. Ahora estamos haciéndole compañía a una amiga de Deirdre, que trabajaba con el hombre al que han matado. Noe, ¿estás ahí?

—Claro que estoy aquí, aunque casi me desmayo del susto. ¿Pero estás en León o en Sicilia? ¿No tienes miedo? ¿Cómo lo han matado? ¡Exijo que me lo cuentes todo!

—Pues es algo raro, pero no estoy asustada y todavía no sé cómo lo han matado, porque hay cosas que no hablan delante de mí. Con respecto a tu primera pregunta, definitivamente no estoy en Sicilia. El pueblo se llama Soto del Castañar, y está en León, aunque desde ahora lo podemos llamar «la Sicilia española», entre nosotras. Bueno, ¿qué te parece?

—Que es una pasada —confesó su amiga—, pero como se entere tu padre, ve despidiéndote de todos. ¡Bye, bye!

—Ya lo sé, por eso te he pedido que no digas nada. ¡Estoy en medio de una investigación por asesinato, Noe! Con la de veces que nos lo habíamos imaginado.

—Entonces, ¿te vas a quedar allí?

—¡Pues claro! No voy a tener otra oportunidad como esta y quiero aprovecharla.

—¡Tía, qué envidia me das! ¿Puedo ir a pasar unos días contigo? ¿No has dicho que hay dos hermanos? ¡Uno para cada una!

—¡Venga ya! Seguro que estás saliendo todos los días.

—¡Oye, guapa! No querrás que me quede encerrada en mi habitación, de luto, hasta que vuelvas, ¿no?

Pero Lena había dejado de prestarle atención. Desde su puesto de vigilancia, vio a Héctor y a otro chico rondar por el merendero. Un guardia civil se acercó a ellos y les dijo algo. Entonces, Héctor se giró hacia ella y la miró a los ojos. Lena se levantó del banco con el cuerpo acalorado.

—Noe, tengo que colgar, acabo de ver al tío bueno del que te he hablado y viene hacia aquí. —Antes de colgar, mientras su amiga la llamaba mentirosa a gritos, añadió—: No seas *zavístlivaya*.

Colgó entre risitas; acababa de llamarla «envidiosa» en ruso. El verano anterior, una tarde en la que se aburrían como ostras, habían buscado la palabra «envidiosa» en todos los idiomas y el ruso era en el que más les había gustado. Desde entonces, metían la palabra en sus conversaciones siempre que podían.

Se quedó observando al chico desconocido mientras se acercaba con Héctor. Era algo más alto que él y llevaba gafas.

—¿Podemos sentarnos?

Lena se encogió de hombros.

—Claro, no creo que haya problema.

Tomaron asiento junto a ella en el banco. Héctor la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué haces en casa del alcalde?

Ella sonrió, divertida a pesar de todo.

—He venido con Deirdre para cuidar de Columba.

—Este es Felipe, el sobrino de Flo —dijo señalando al otro chico.

Lena se levantó ligeramente para darle dos besos y Felipe tuvo que inclinar un poco la cabeza para hacerlo. Era bastante atractivo y las gafas le sentaban de miedo. Tenía el pelo castaño y los ojos oscuros.

—Eres muy alto —comentó ella.

El chico sonrió.

—Bueno, bueno, dejaos de tonterías.

Héctor colocó la mano en el brazo de Lena para atraer su atención. El gesto extrañó a Felipe, porque su amigo no era nada posesivo. Eran siempre las chicas las que solían ir detrás de él.

—¿Quién es Flo?

Lena esperaba su respuesta con una sonrisa y la cabeza ladeada.

—Es mi tía, la farmacéutica del pueblo. Esa es su farmacia.

Ella miró al otro lado del río, hacia donde señalaba el chico. Había tres locales en la planta baja de un bloque de edificios: la farmacia, un bar y la tienda de Columba.

—¡Ah, sí! La he visto antes.

—Es la única del pueblo.

—¿Tú también vives aquí?

—¡Qué va! Vivo en León. Héctor me ha dicho que tú eres de Madrid. Este pueblo debe de parecerse un rollo, comparado con la capital.

—No te creas, todavía no me ha dado tiempo a aburrirme.

—Ya, no me extraña. ¿Te has enterado de algo de lo que ha pasado?

—Hombre, de algo sí.

Héctor seguía la conversación a medias, intentando no mirar demasiado fijamente a Lena para no ponerla nerviosa. Necesitaba que se acostumbrara a él si quería sacarle información. Felipe empezaba a arrepentirse del favor que le estaba haciendo a su amigo, pero una promesa era una promesa.

—Podríamos compartir datos. Yo sé algunas cosas por mi tía, porque a primera hora ha estado hablando con la guardia civil y con los de la ambulancia. Además, creo que ha visto al muerto —susurró.

—Entonces, seguro que sabes más que yo. —Ella también podía ser dramática, así que empezó a susurrar—. No sé si esto tiene algo que ver con el asesinato, pero anoche Deirdre llamó al alcalde porque escuchamos el ruido de un camión muy grande al lado de su casa.

—¿Qué hacía un camión allí, si no hay nada? —Héctor parecía

muy interesado.

—Por lo visto, iban a la nave de ganado.

—¡Ah!

Se quedaron unos segundos en silencio.

—Y luego vino Mariano —siguió Lena.

—¿El guardia?

—Sí, nos dijo que habían entrado en la nave, pero que no habían visto nada. De todas formas, el alcalde se quedó a dormir. —Los dos chicos se miraron, pero no dijeron nada—. ¿Qué pasa?

—¡Nada! —dijeron al unísono.

«Cuando dos chicos contestan: “¡Nada!” al mismo tiempo, casi siempre esconden algo. Luego dicen de nosotras...», pensó Lena.

—¡Venga! Yo os estoy contando lo que sé.

Felipe se decidió a hablar.

—Verás, se rumorea que el alcalde está detrás de Deirdre, pero que ella no le da bola, ¿entiendes? —Ella asintió—. Y... bueno, mi tía está detrás del alcalde, le gusta mucho, pero yo creo que Julio solo está interesado en Deirdre.

Héctor asintió.

—No sé nada al respecto, pero, en cualquier caso, es cosa de ellos —dijo Lena.

Los dos chicos estuvieron de acuerdo.

—Cuando me ha despertado esta mañana, Deirdre me ha contado lo del asesinato, ¿qué os parece?

—Es todo muy extraño, sobre todo teniendo en cuenta que en este pueblo nunca pasa nada —comentó Felipe.

—Yo sé que le han pegado dos tiros y que en la camiseta le han pegado una hoja en la que pone chivato.

—¡Ah! No sabía cómo había muerto, solo que Columba vio mucha sangre —dijo ella—. Y la nota... Eso es muy curioso, ¿no?

Felipe asintió.

—Sí, a mí también me lo parece, porque Ramon no se metía en los asuntos de nadie.

—Mira Lena, Ramón era algo... especial —explicó Héctor—. No sé muy bien cómo decirlo para que no suene mal. Tenía una minusvalía.

Lena lo miró fijamente.

—Ahora entiendo algunos comentarios.

—Era un tío muy majo y llevaba una vida normal.

—Lo único extraño era que no solía dormir en casa —comentó Felipe—. Al parecer, no se llevaba muy bien con su hermana.

—¿Hablabais mucho con él? —preguntó Lena.

Los dos negaron con la cabeza.

—Solo cuando íbamos al colmado —respondió Héctor—. Siempre estaba allí, aunque Columba no estuviera. Era como su casa.

—O sea, que podía llevar la tienda él solo.

—Sí, sin problemas. Le costaba un poco multiplicar y cosas así, pero Columba le había enseñado a utilizar la calculadora. —Héctor sonrió al recordar algo—. No le podías dejar a deber ni un céntimo, era como una roca. Si no tenías dinero, no te lo llevabas, aunque te conociera de toda la vida.

—Es normal, seguramente le habrían dicho que no dejara que nadie se llevara cosas sin pagar, para que no lo engañaran —comentó Lena—. ¿Recordáis si había tenido problemas con alguien del pueblo? ¿O que contara algo que os llamara la atención? Lo digo por la nota.

Ellos negaron con la cabeza.

—No, aquí la gente es buena. No recuerdo que nadie lo insultara nunca. Además, Columba se hubiera comido al que se hubiera atrevido. No veas qué carácter tiene...

A Lena le costaba imaginar a la débil anciana que había conocido poco antes discutiendo con nadie.

—Hola. ¿Qué hacéis?

Los tres se volvieron hacia la voz. En la acera, al otro lado de la verja, había una niña rubia y algo rolliza de unos diez años. Los observaba de pie mientras sujetaba una bici rosa con cesta por el manillar. Felipe se acercó a ella.

—Yo soy Felipe. ¿Cómo te llamas?

La niña, muy sonriente, contestó mirando solo a Lena.

—Lisa.

Felipe parecía divertido por su desparpajo.

—No te había visto nunca. ¿Has venido de vacaciones?

—Sí, este pueblo es muy bonito.

Todos sonreían, contagiados por su alegría.

—Mira, este es Héctor, y la chica tan guapa es Lena ¿Cómo es que has venido hasta aquí sola?

Lisa se encogió de hombros.

—Estoy dando un paseo.

Miró a Lena de nuevo y preguntó:

—¿Tú también eres nueva? —Lena asintió—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—No lo sé, una temporada.

Se levantó del banco y se colocó al lado de Felipe. Era una situación extraña, porque la niña no dejaba de mirar a Lena con una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviera hipnotizada.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince, cumpliré dieciséis en septiembre.

Héctor y Felipe se miraron desconcertados, pero Lena siguió hablando.

—¿Tus padres saben que estás aquí? —Le parecía raro que la dejaran salir sola después de lo que había pasado esa mañana.

—No les he dicho nada, pero ya no soy una niña pequeña.

Héctor se acercó a ellas y echó un vistazo al merendero, donde todavía pululaban los agentes de la Guardia Civil.

—No deberías estar por aquí sola. Vamos, te acompaño a casa.

La niña lo miró con el ceño fruncido.

—No te conozco y, además, no me quiero ir todavía. Prefiero quedarme con Lena, es muy simpática.

Lena atravesó la puerta de la verja para salir a la calle y le dio un beso en la mejilla a la niña. Manteniendo la cara a su altura, le dijo:

—Lisa, yo también creo que tienes que irte a tu casa. Además, Héctor es un buen chico y no dejará que te pase nada. ¿O prefieres que te acompañemos todos?

—No hace falta —contestó la niña en un susurro.

Acto seguido, montó en su bici y se marchó camino arriba pedaleando con rapidez. Torció a la izquierda antes de llegar al

castañar.

—Parece que se ha enfadado —susurró Lena.

Héctor seguía mirando el lugar por donde había desaparecido.

—Su familia debe de haber alquilado una casa para pasar las vacaciones. Seguro que no les ha dicho nada de que salía con la bici. ¡Vaya carácter que tiene, y tan pequeña!

—Sí, parece muy independiente —dijo Lena—. Me hubiera encantado tener una hermana pequeña como ella, aunque no cambiaría al mío por nadie.

—Yo soy hijo único. —Felipe iba a añadir algo más, pero entonces vio a una mujer bajita y morena en la puerta de la farmacia que miraba a un lado y otro de la calle—. Mi tía me está buscando, tengo que irme. Lena, dame tu teléfono, así podemos avisarnos si descubrimos algo más.

Se lo dio y él le hizo una pérdida. Después, se marchó.

Lena se volvió hacia Héctor. El chico la observó un momento con extrañeza antes de volverse hacia la figura de su amigo, que ya estaba cruzando el puente.

—Adiós, ya nos veremos —soltó con un tono cortante.

«¡Vaya borde!», pensó Lena. Era lo contrario a Felipe. Susurró un adiós, cabreada, y se metió en la casa del alcalde.

La cena en casa de Julio fue surrealista. Columba se había acostado porque estaba muy cansada y Lena habló poco porque tenía mucho en lo que pensar, así que solo participaron en la conversación Deirdre y el alcalde. Además, Lena se había dado cuenta de que, si no decía nada durante un rato, ellos parecían olvidar que estaban acompañados.

—Me he tomado la libertad de hacer una ensalada y cocinar pescado, como Benita no está por la noche... Espero que no te moleste.

Deirdre se ruborizó al ver cómo la miraba, como si ella fuera el postre y estuviera deseando comérselo. La mujer miró a Lena, por si había reparado en ello, pero la chica comía en silencio con la mirada fija en su plato. Había vuelto muy callada del jardín.

—¿Por qué me iba a molestar? —dijo Julio.

—Creía que Benita se quedaba a dormir.

—Ya no. Es la única manera de que pueda trabajar en la palloza por las noches.

—¿Y a ti te interesa? Te vendría bien que te hiciera la cena.

Julio miró a Lena antes de contestar, pero la adolescente seguía cabizbaja y picoteando de su plato.

—Prefiero que no se entere si alguna vez tengo visita o no vengo una noche a dormir. Es buena persona, pero ya sabes lo cotilla que es.

—Sí. ¿Tanto lío tiene en el restaurante por la noche?

—En verano creo que sí. —Julio cerró los ojos para saborear el pescado—. ¡Por Dios! Esto está buenísimo.

—Es solo pescado al horno. Con Eloy y Máximo son solo tres trabajando allí, nunca habría pensado que les fuera tan bien.

—Creo que organizan muchas despedidas de soltera. Vienen de otros pueblos, incluso de León, para ver una palloza por dentro.

Lena no pudo resistirse más.

—¿Qué es una palloza exactamente?

—Es una construcción circular con tejado de paja, típica de esta zona. Tienes que haberla visto, está muy cerca del colmado, junto al puente. Creía que te lo había explicado.

—Sí, pero no sé para qué se usa ni de quién es. Me parecía rara para ser una casa.

—Es de Eloy y Máximo, pero no viven ahí. La han convertido en un restaurante.

—¿Son hermanos?

Deirdre miró con los ojos muy abiertos a Julio, que reprimió la sonrisa y agachó la cabeza como si estuviera muy interesado en el pescado.

—No, son pareja.

—¡Ah! Vale.

Julio recibió un mensaje y, tras leerlo, miró a Deirdre.

—Mariano quiere que hablemos con la gente del pueblo mañana para tranquilizarlos. Dice que no hace más que recibir llamadas de pirados que dicen saber quién es el asesino. Algunas personas están como una cabra.

—¿Qué vas a decirle?

—Que lo podemos hacer en el salón de plenos del ayuntamiento.

—Tecleó algo en le móvil y comentó—: Lo organizaré para mañana a las doce, ya le he dicho que lo comunique a los comerciantes para que se lo digan a los vecinos. También lo anunciaré en la web del ayuntamiento. Suele hacerlo Natalia, pero le he dado unos días libres.

—¿Estaba muy afectada?

Lena volvió a levantar la vista para mirar a Julio, que pareció extrañado por la pregunta.

—Es curioso que lo preguntes.

—¿Por qué?

—No sé. Me ha parecido que no le afectaba demasiado, pero quizá sea por la impresión.

—¿Se lo has dicho tú?

—No, he intentado hacerlo, pero Mariano no ha querido. Al parecer, fueron al colegio juntos.

Lena se tocó la barbilla, pensativa. Quizá por eso el guardia tenía sentimientos por la hermana del fallecido. Deirdre miró al alcalde con incredulidad.

—¡Qué horror! ¿Qué está pasando en nuestro pueblo, Julio?

—No sé qué decirte, pero estoy seguro de que, sea lo que sea, lo solucionaremos. —Su móvil volvió a sonar y, en esta ocasión, su rostro se crispó en una mueca de enfado al ver quién lo llamaba—. Perdonadme, pero tengo que cogerlo.

Aunque salió, percibieron el tono de voz de irritación. Deirdre suspiró y miró a Lena.

—Debe de ser uno de sus hijos. No se portan demasiado bien con él. Por lo general, solo llaman para pedirle dinero.

—Se arrepintió de sus palabras al instante—. Perdona, Lena, no debería habértelo contado. Te agradecería que no se lo dijeras a nadie.

—Claro, no te preocupes, sé guardar un secreto.

—Estoy segura. Y ahora que estamos solas, ¿has decidido si quieres que tu padre venga a buscarte?

—Sí, y no quiero. Me gusta estar aquí.

—Lena, por favor, no soportaría que te pasara algo.

—Tranquila, no va a ocurrir nada. Ha habido un asesinato, sí, pero ya está. Por favor, Deirdre, no me obligues a irme.

Entonces, puso su cara de pena y ¡funcionó!

—Está bien. Esperemos un par de días a ver qué pasa.

Se quedaron a dormir en casa de Julio, pero, a la mañana siguiente, Deirdre insistió en que se marcharan. Quería estar en su casa, entre sus cosas. Además, Julio estaría fuera casi todo el día. Lena los había escuchado discutir después de la cena, mientras se suponía que estaban recogiendo la cocina. Deirdre le había pedido a Lena que hiciera compañía a Columba en el salón, pero, en cierto momento, ella se dirigió a la cocina a por un vaso de agua para la anciana. Se quedó clavada en el pasillo al escucharlos.

—No te entiendo, de verdad, Deirdre. ¡Quedaos al menos hasta que cojan al asesino!

Julio miraba a Deirdre con los brazos en jarras y una expresión airada en el rostro.

—Te he dicho que no. —Deirdre respiró hondo intentando tranquilizarse—. Tendré cuidado, te lo juro, pero no quiero quedarme aquí. Ya sabes cómo son de cotillas los del pueblo. No quiero que digan que soy tu último ligue.

Julio secó la última copa y tiró el trapo sobre la encimera.

—¿Ligue? ¿A nuestra edad? ¿Cuántas mujeres crees que han dormido en mi cama?

—No creo que pueda darte una respuesta sin calculadora.

Él entrecerró los ojos.

—Responde. ¿Cuántas?

Deirdre decidió ponerlo en su sitio.

—¡Está bien! Ya no aguanto más. Llevas semanas tan pesado que quizá deberíamos mantener esta conversación. Veamos si las recuerdo a todas. Llevas aquí unos cinco años, ¿no es así?

—Seis.

—Perfecto, pues empecemos. —Levantó la mano con el pulgar hacia arriba—. Cuando llegaste al pueblo, te acompañaba una joven

francesa. ¿Monique? —Él asintió, menos entusiasmado que al principio—. Te duró unos meses y luego se fue, imagino que tendría que volver al cole a estudiar. —Él hizo ademán de replicar, pero decidió que era mejor callarse—. Luego aquella que nunca supe cómo se llamaba, porque no se le entendía nada. Era rumana, o algo así.

—Rusa, y se llamaba Natasha —susurró él.

—Rusa, muy bien. Me alegro de que aún recuerdes sus nombres. Creo que la tercera también era francesa. Las del país vecino se te dan bien.

Julio omitió que se había saltado dos, y que eran españolas.

—La cuarta, déjame pensar, no sé si fue... ¿Cristina, la de Castellón? Parecíais la familia feliz, porque se trajo a sus dos hijos a vivir contigo y uno de ellos era de aúpa. Entre otras cosas, recuerdo que quemó un ordenador de la biblioteca.

—No creo que eso tenga importancia.

—¿Sigo?

Él se encogió de hombros, pero sabía que sería una suerte si paraba en ese momento.

—Será mejor que lo deje.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con nosotros?

—Pues que no quiero ser una más de las que se han acostado con el alcalde, y encima la más vieja. Seguro que no habías estado con ninguna de tu edad hasta que tuve la suerte de que te fijaras en mí. Y, aun así, tengo dos años menos.

—Pero ¿por qué estás tan enfadada? Que fueran más jóvenes que yo era casualidad.

—¡Qué hipócritas sois los hombres! No, si a ti la edad no te importa. Por eso la mayoría de tus «novias» tenían veinte o treinta años menos que tú. Esto ya está recogido, me parece que me voy a dormir.

—No hemos terminado de hablar. —Julio se colocó ante ella, bloqueando la puerta de la cocina para que no saliera—. Por una vez estás siendo sincera y prefiero que me digas todo lo que piensas.

—Por favor, Julio, ¿por qué no puedes dejar las cosas como están? Ya nos hemos acostado juntos. Varias veces, además. ¿Quieres que te

diga que he disfrutado contigo? Pues sí, lo he hecho, y mucho, puedes estar satisfecho. Ya sabes lo que es estar con una de mi edad. Ahora, márcate otro objetivo y déjame en paz.

El rostro de Julio reflejaba dolor; había conseguido hacerle daño. Sus ojos buscaban algo en la expresión de Deirdre.

Lena se sentía triste. Se había dado cuenta de lo mucho que se querían la primera vez que los había visto juntos.

—¿Es que para ti no significó nada más? No me lo puedo creer. Yo no puedo dejar de pensar en ti y tú...

—¿Que no significó nada?

Entonces, Deirdre sollozó y su rostro se crispó. Se tapó la cara con las manos para que él no la viera y, cuando Julio se acercó para consolarla, ella se apartó e interpuso un brazo entre ellos.

—¡Nunca tienes bastante! Hasta que no lo consigas, como con la farmacéutica, no vas a parar ¿no? Está bien, te diré lo que quieres oír. —Volvió a mirarlo mientras las lágrimas le recorrían la cara—. Estoy enamorada de ti, Julio. Como una tonta, como si volviera a tener dieciséis años. Pensaba que podría controlar mis sentimientos manteniendo una relación superficial contigo, pero desde que hicimos el amor por primera vez me di cuenta de que lo quería todo. Y si eso era imposible, prefería que no nos viéramos. —Él intentó abrazarla de nuevo, pero ella le dio un manotazo y se limpió las lágrimas—. Si me abrazas, me derrumbaré todavía más. No quiero ser otra de tus amiguitas de usar y tirar, así que déjame tranquila. Por favor. Flo es una mujer muy guapa, mucho más que yo, y te quiere. Os conocéis de toda la vida. Dejémoslo así y sigamos siendo amigos.

—No puedo —contestó el alcalde con la voz ronca y los ojos húmedos, lo que sorprendió a Deirdre—, porque yo también estoy enamorado de ti. Nunca había querido a nadie de verdad hasta que te conocí. Fue como una descarga eléctrica. Durante años he intentado convencerme de que no siento nada por ti, pero sé que eres la única mujer a la que he amado.

La había cogido por los brazos y hablaba a poca distancia de ella. Deirdre negaba con la cabeza; las lágrimas todavía le resbalaban por la piel.

Lena los observaba llorando, con el corazón encogido.

—No te creo, nadie cambia tanto. No soy una niña a la que puedas engañar.

—No te miento, y te lo demostraré.

Deirdre consiguió apartarse y Lena salió corriendo hacia el salón a tiempo para sentarse y aparentar ver la tele junto a Columba. Deirdre tomó asiento en silencio junto a ellas, secándose las lágrimas con disimulo.

Al día siguiente, Lena volvió a ver a Julio cuando las llevó de vuelta a casa de Deirdre, pero las únicas que hablaron en el trayecto fueron Columba y ella.

Capítulo 5

Estaban sentados en el salón de plenos, esperando, cuando le susurró al oído. Le había advertido que no dijera nada allí, pero, al parecer, estaba demasiado cabreado para utilizar el poco sentido común que tenía.

—No entiendo por qué no podemos cargarnos el objetivo y largarnos. Este pueblo es una mierda.

Miró a su alrededor, dirigiendo una sonrisa falsa a los que los saludaban mientras su cómplice le daba un apretón en la mano para calmar sus nervios.

—Ya sabes por qué. Las instrucciones son claras. Después del aviso, tenemos que esperar unos días para que el objetivo sufra sabiendo que será el siguiente. Aguanta un poco más. Después podremos vivir a lo grande. ¿No me dijiste que querías mudarte a Suiza? Podemos pasar una temporada allí. Esquiaremos, comeremos en los mejores restaurantes e iremos de compras hasta caer rendidos. El trabajo merece la pena si nos asegura una vida como esa durante un par de años.

—Vale, vale. Pero no sé cómo voy a aguantar a esta gente ni un minuto más.

Volvió a sonreír a una vieja que los había saludado dos veces.

—Eso es fácil. Piensa que dentro de poco no volveremos a verlos nunca más.

Se miraron intensamente hasta que el alcalde comenzó a hablar. Entonces se giraron hacia él y fingieron prestarle atención.

Un par de horas antes

Deirdre la encontró sentada en el columpio del porche, balanceándose pensativa. Iba vestida con unos pantalones cortos y una camiseta y llevaba el pelo recogido en una coleta. Estaba tan concentrada preguntándose por qué dormía tan bien desde que había llegado allí que no la oyó llegar.

—¿Te gustaría ayudarme a recoger verduras del huerto?

Deirdre se había puesto unos vaqueros, una camiseta de tirantes y zapatillas de deporte.

—Claro. Puedo llevar la cesta, si quieres.

Deirdre se la dio sin decir nada y caminaron hacia el jardín trasero. Desde la discusión con Julio la noche anterior estaba muy callada. Lena seguía pasmada. Hasta entonces, no había pensado que las personas de esa edad pudieran enamorarse. Pero se había dado cuenta de lo equivocada que estaba.

—Vamos a por una lechuga para la comida. A ver si hay suerte y encontramos también algún tomate maduro. —La anciana la miró—. Me parece que esto no te gusta demasiado.

—No es que no me guste, es que no lo he hecho nunca. —Tras una pausa, añadió—: Creía que íbamos a ir a la reunión del ayuntamiento.

—¿Quieres ir? —La mujer la miró sorprendida.

Lena asintió con firmeza, aunque imaginaba que Deirdre no tendría tantas ganas.

—Me gustaría llevarte, querida, pero no puedo dejar a Columba sola y de momento, prefiero que tú tampoco vayas sola.

—Estoy mucho mejor —dijo Columba detrás de ellas.

Se había acercado sigilosamente y estaba vestida para salir, con el pelo todavía húmedo por la ducha. Parecía aún más frágil que el día anterior.

—Creo que Lena tiene razón. Deberíamos ir.

—De todas formas —dijo Lena—, ¿cómo vamos a ir? No tenemos

coche.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Deirdre—. Columba tiene el suyo aparcado en la plaza del pueblo, pero el mío está ahí dentro.

Lena miró hacia la pequeña nave que señalaba Deirdre y que se alzaba junto a la casa. Había pensado que era el típico trastero, no un garaje.

—¡Ah! Como nos ha llevado y traído Julio... No sabía que conducías.

—Eso es porque es demasiado protector. Se piensa que las mujeres no podemos cuidar de nosotras mismas.

—No mientas, De —la interrumpió Columba—. No es así con todas, solo contigo. Créeme, Lena. Ha sido así con ella desde que se instaló en el pueblo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Deirdre? —preguntó ella—. Creía que habías venido de pequeña

Ladeó la cabeza y la miró fijamente. Esperaba que, ahora que Columba estaba delante, pudiera enterarse de más cosas sobre su vida.

—¡Qué va! Deirdre, ¿es que no le has contado nada a esta niña?

Deirdre miró a Columba alarmada y decidió que sería mejor contestar ella misma.

—No, hija. Vine de Irlanda en el 89, con treinta y tres años. Estuve viviendo en Madrid un tiempo. Luego descubrí este pueblo y me robó el corazón.

Deirdre miró a su alrededor y Lena la imitó. A ella también le parecía un lugar mágico. La casita en medio del bosque, el río discurriendo a pocos metros...

—¿Y Julio?

—Como ya te dije ayer, sus antepasados eran de aquí, pero sus padres nacieron y vivieron en León. Él también, hasta que se jubiló. Se instaló aquí hace cinco años

—No es exactamente así, Lena —aclaró Columba—. Vino al pueblo cuando se jubiló porque había enviudado. En el pueblo sabíamos que a su mujer no le gustaba esto y que, por eso, no venían nunca. Era una bruja, y seguro que le hizo la vida imposible. Antes

de instalarse, arregló la casa en la que hemos dormido, que era de su familia.

—Entonces, ¿vamos a la reunión? —preguntó Lena.

Deirdre suspiró. No podía pelear contra las dos.

—Está bien. Pero voy a ponerme una blusa. Columba, ¿vas a ir así?

—Claro. Una de las pocas cosas buenas que tiene ser vieja es que puedes hacer lo que te dé la gana. ¡Ah! A la vuelta puedes acercarme a mi coche y así lo recojo. Voy a por mis cosas.

Lena y Deirdre compartieron una sonrisa, porque la mujer parecía estar mejor. La siguieron hasta la casa.

En cuanto estuvo sola, Columba cambió su expresión. La única razón para querer ir al ayuntamiento era mirar a la cara a los vecinos y averiguar quién de todos ellos había matado a Ramón. Necesitaba saberlo.

* * *

El salón de plenos era más grande de lo que Lena había imaginado. A pesar de que llegaron pronto y casi todos los asientos estaban libres, Deirdre se dirigió a las últimas filas. Cuanto más lejos de Julio, mejor. El alcalde la siguió con la mirada mientras conversaba de pie con Mariano en la tarima, junto a la mesa donde iban a sentarse. Deirdre no lo miró en ningún momento, lo que provocó que frunciera el ceño.

—Deirdre, no seas pesada, vamos a la primera fila —propuso Columba—. No quiero perderme nada.

Deirdre respiró hondo.

—En la primera fila no podremos ver a los que se sienten detrás.

—Entonces, ¿qué propones?

Se encogió de hombros. Solo podía pensar en las miradas de Julio y en lo mal que la hacían sentir, aunque no sabía muy bien por qué. Seguía pensando que ella tenía razón.

—¿Por qué no nos sentamos allí?

Señaló la fila de asientos que había en la pared derecha del salón.

Desde allí podrían ver las caras de todos los vecinos, aunque viesen al alcalde y a Mariano solo de perfil. Era perfecto.

—Está bien —accedió su amiga.

Unos minutos después de tomar asiento, Lena vio llegar a un hombre rubio y atractivo de unos treinta años. Vestía vaqueros y un polo azul turquesa. Subió a la tarima y comenzó a hablar con Julio y Mariano.

—¿Quién es?

—Melchor, el cura del pueblo —respondió Deirdre con una sonrisa.

—Es guapo, ¿eh? —bromeó Columba y le dio un leve codazo. A Lena le asombró su picardía—. Bueno, es el cura de otros tres pueblos también. Este es tan pequeño que tenemos iglesia, pero no cura permanente.

Lena lo comparó con don Miguel, el viejo cura de su colegio. No tenían nada que ver. Al echar un vistazo por la sala, alguien llamó su atención. Lisa estaba sentada al fondo, en un rincón, y la saludaba con la mano.

—Voy a sentarme con una amiga, en la última fila —dijo a Deirdre.

La sorpresa brilló en los ojos de la anciana. ¿Cuándo le había dado tiempo a hacer amigos?

—Está bien. Pero, cuando esto termine, vuelves aquí.

—Claro.

Cruzó el salón de plenos hasta llegar junto a la niña y se volvió hacia Deirdre para indicarle que estuviera tranquila.

—¿Por qué te has sentado aquí? —le preguntó a Lisa—. Podías haberte sentado con nosotras.

—Ya estaba aquí cuando te he visto. Creía que no habías venido.

Lena le dio un beso en la mejilla.

—¿Tus padres no van a venir?

—No, les parece un rollo, pero les he dicho que quería venir y me han dejado. ¿Tus amigos vienen?

Lena había intercambiado mensajes con Felipe por la mañana, y él le había dicho que iría con su tía.

—Creo que sí. ¿Por qué? ¿No te gustan?

Lisa arrugó la nariz.

—Son simpáticos, pero demasiado mayores. No creo que les guste estar con niñas como yo.

—¿No hay chicos de tu edad en el pueblo?

—No muchos. Y a los pocos que hay, no les gusto. Dicen que soy rara.

Lena le tiró suavemente de un mechón de pelo.

—Seguro que los raros son ellos. Oye, Lisa, ¿me podrías hacer un favor? ¿Puedes ir diciéndome quiénes son los que se van sentando? Si los conoces, claro.

La niña asintió, encantada.

—No llevo mucho tiempo aquí, así que a lo mejor no conozco a todos.

—No pasa nada.

Había cerca de veinte personas de pie, hablando entre ellas, incluidos Julio, Mariano y Melchor.

—¡Ahí está tu amigo Felipe! La que va con él es la farmacéutica.

Felipe las vio y las saludó con una sonrisa antes de sentarse en primera fila. Lena había sentido mucha curiosidad por su tía y la mujer no la defraudó. Era bastante bajita —su cabeza apenas llegaba al hombro de su sobrino—, llevaba el pelo oscuro recogido en un moño e iba muy arreglada. Lo que más impresionó a Lena fue lo guapa que era. Parecía mucho más joven que Julio; mientras que él debía de rondar los setenta, ella no aparentaba más de cincuenta y cinco.

—Es muy guapa —dijo en voz alta sin darse cuenta.

—Sí, pero es mala. La he oído regañar a la chica que trabaja con ella, Fátima, y a Felipe también.

—¿Cómo?

—Paseaba con la bici por delante de la farmacia, y como la puerta siempre está abierta...

Lisa le recordaba a su hermano. Aunque era una niña, hablaba como una persona mayor. La niña inclinó su cuerpecito a los lados para ver mejor, hasta que identificó a más gente.

—Creo que los que se han sentado detrás de ellos son de Madrid, como tú. Sólo vienen de veraneo. Los mayores son los padres y la chica se llama Susana.

La tal Susana miraba a Lena fijamente y no parecía muy amable.

—¿La conoces? —le preguntó Lisa, confusa por cómo la miraba.

—No.

—Mira. A su lado se han sentado tu amigo y otro chico.

Eran Héctor y Chema. Susana se había girado hacia Chema, que conversaba con los padres de ella, y lo miraba con adoración. Héctor, por otra parte, permanecía callado mirando a Lena. Ella apartó la mirada, nerviosa.

—¡Ah!

La voz temblorosa de Lisa le hizo seguir el curso de su mirada. En la misma fila que ellas, a unas diez sillas a la derecha, se habían sentado dos mujeres con el pelo negro, largo y rizado. Las dos llevaban una especie de túnica que parecía de otra época. Dio un codazo a Lisa, que se había quedado como hipnotizada mirándolas.

—¿Quiénes son esas dos?

Lisa parecía asustada.

—Amelia y Belén, las brujas del pueblo.

Aunque era imposible que la hubieran escuchado, las dos mujeres se giraron hacia ellas y clavaron sus ojos en Lena. Pero a todas les distrajo un murmullo que recorrió la sala. En el umbral de la puerta estaba parada una chica, quieta como si no se atreviese a entrar. Deirdre se acercó a ella y Lena leyó una frase en sus labios: «¡Pobre muchacha!». Sonrió al ver que la llevaba hasta el lugar donde estaban sentadas ella y Columba.

—¿Quién es esa chica?

—Natalia, la hermana de Ramón.

—¡Ah! ¡Qué buena persona es Deirdre!

Al escucharla, Lisa pareció resplandecer, pero no contestó.

—¡Mira, Lena! Esos dos señores son los que tienen la palloza, y los chicos, los del bar.

La pareja parecía seria. Ambos llevaban vaqueros y camisetas de marca y el pelo, corto y canoso. Se sentaron en la tercera fila. La otra

pareja estaba compuesta por dos jóvenes: ella era pelirroja y él, entre castaño y rubio. Saludaban a todos los que se iban encontrando.

—¿Sabes si los del bar son novios?

La niña negó con la cabeza, insegura.

—Creo que son hermanos.

En ese momento, Julio tomó la palabra.

—Buenos días, ya sabéis que, lamentablemente, estamos aquí por un asunto terrible: el asesinato de nuestro vecino Ramón. La Guardia Civil está investigando el caso. Han recogido varias pruebas y están seguros de que podrán dar con el asesino, pero necesitan nuestra ayuda para hacerlo lo antes posible. Ahora, Mariano quiere decirnos unas cosas.

El guardia civil se acercó el micrófono.

—Lo primero: quiero que estéis tranquilos. Nada hace pensar que esto se vaya a repetir. Lo segundo y más importante: necesitamos que cualquiera que haya visto u oído algo que pueda ayudar a la investigación nos lo diga. Prefiero que me llaméis cien veces para darme una información que al final resulte irrelevante a que alguien, por vergüenza o reparo, no contacte con nosotros. Y, por favor, no dejéis de hacer vuestra vida habitual. Hemos visto que los chicos han dejado de ir a la playa fluvial. A ellos y a los padres os podemos asegurar que todo el pueblo, y especialmente la plaza, estará vigilado siempre por un par de agentes. Aunque no nos veáis, estaremos ahí. Si alguien tiene alguna pregunta...

—¿Se sabe algo de quién mató a Ramón? —preguntó el chico del bar, dando la impresión de no ser demasiado listo. Algunos vecinos se giraron hacia él y lo increparon por preguntar tonterías.

Mariano esbozó una sonrisita irónica.

—No puedo hablar sobre la investigación, pero os aseguro que estamos esforzándonos al máximo para descubrir al culpable. Por cierto, sé que algunos habéis visto algún guardia o policía desconocido en el pueblo. No os preocupéis, nos han mandado refuerzos desde León para resolver esto lo antes posible. ¿Alguna pregunta más?

—¿Se van a celebrar las fiestas? Quedan solo seis días —preguntó

Susana, y hasta Chema la miró mal. Lena vio que Natalia se movía con incomodidad en la silla y que Deirdre se inclinaba para susurrarle algo.

—Sí, Susana, puedes estar tranquila, habrá fiestas —contestó Julio con sarcasmo, pero algunos de los más jóvenes respiraron tranquilos al escucharlo—. Una última cosa: por si no la habéis visto, Natalia, la hermana de Ramón y secretaria del ayuntamiento, está sentada con Deirdre. Eso es todo.

Julio miraba con dureza a los vecinos, al igual que Deirdre, que seguía agarrando una de las manos de la chica.

Los asistentes se levantaron y se acercaron a ella para darle el pésame y Natalia se levantó para recibirlos. Lena observó sentada como la abrazaban y le susurraban palabras de consuelo. Felipe, al lado de los dos hermanos, le hizo un gesto a Lena para indicarle que hablarían después de darle el pésame a Natalia. Ella asintió. A pocos metros de ellos estaban Julio y la farmacéutica, que conversaban en un rincón cercano a la salida. Ella parecía pedirle algo insistentemente y él se negaba, hasta que Flo dijo algo que hizo que la actitud del alcalde cambiara y que se despidiera con cara de enfado. Por suerte, Felipe la agarró del brazo y consiguió sacarla de allí antes de que la cosa llegara más lejos. Lena ya había visto bastante.

—Voy a acercarme a hablar un momento con Deirdre —le dijo a Lisa—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo que ir a casa a comer.

—¿Nos vemos luego?

La niña asintió con una sonrisa, se despidió de ella con la mano y se perdió entre la gente. Lena apuntó mentalmente pedirle un número de teléfono la próxima vez. Si le pasaba algo y había que avisar a sus padres, no tenía ni idea de quiénes eran ni de dónde vivían.

Se levantó y se acercó a Deirdre.

—Natalia, te presento a Lena. Es la nieta de unos amigos y se va a quedar conmigo unas semanas.

Se dieron dos besos y a Lena la sorprendió lo fría que tenía la piel.

—Siento mucho lo de tu hermano.

Natalia murmuró algo, pero Lena no logró entenderlo. Las palabras de Columba le habían hecho pensar que era una arpía, pero a ella solo le parecía una chica triste. Lena miró a Columba, que tenía la mandíbula tensa y rostro crispado.

Cuando casi todos se hubieron marchado, Lena se quedó un momento a solas con Natalia.

—No conocía a tu hermano, pero he oído hablar muy bien de él.

Ella asintió y se colocó un mechón de pelo castaño detrás de la oreja.

—Sí, era un buen chico, me siento como si nada de esto fuera real. Deirdre ha dicho que te vas a quedar unos días. Espero que lo pases muy bien.

Lena no quería meter el dedo en la llaga, pero no iba a encontrar una oportunidad mejor que esa.

—Por lo visto, tu hermano llevaba un tiempo preocupado por algo, ¿no?

La chica la miró, sorprendida, y luego se puso muy roja. Lena reparó entonces en dos cosas: Ramón sabía algo y por eso lo habían matado, y Natalia era muy consciente de ello.

—No sé, no tengo ni idea de qué hablas.

En ese momento, apareció Julio. El alcalde abrazó a Natalia y le preguntó si quería que la llevara a casa. Ella aceptó y se despidió con la mano.

Lena observó que Deirdre los miraba irse.

—Menos mal que os tiene a vosotros, ¿verdad? —dijo Lena.

Deirdre asintió. Su mirada era intensa, pero no dijo nada.

Columba insistió en llevarse el coche y volver a su casa, así que la acompañaron conduciendo detrás de ella. La casa estaba a un par de kilómetros de la de Deirdre, en la misma carretera. Columba aparcó en el patio delantero de su casa y Deirdre se detuvo en el arcén y esperó a que su amiga se acercara para despedirse.

—Muchas gracias, De. No te enfades, pero tengo que ver cómo están las gallinas y, además, no duermo bien si no estoy en mi cama.

—No me enfado, solo me preocupo.

Columba se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Bueno, pues no lo hagas. ¿Hablamos mañana?

—Espero que no se te ocurra abrir tan pronto como antes. De momento vas a estar sola y no creo que debas estar tantas horas seguidas en la tienda.

—Si no lo hago, estaré todo el día dándole vueltas a la cabeza.

Entró en el jardín, cerró la puerta de la valla de madera roja y se dirigió a la pequeña casa. Antes de entrar, las miró y agitó la mano.

—¡Marchaos ya!

Acto seguido, entró en la casa.

Deirdre estaba a punto de arrancar cuando le sonó el móvil. Lena estaba mirando el suyo; había recibido varios mensajes y se disponía a contestar a uno de su padre, en el que le preguntaba cómo iba todo, pero el tono de su voz de Deirdre le llamó la atención.

—Flo, no es asunto mío lo que tú opines. Eres muy libre de pensar lo que quieras sobre mí.

Lena abrió los ojos como una lechuza cuando escuchó que la farmacéutica la llamaba «puta» al otro lado del teléfono. Deirdre la miró para constatar si lo había oído y, como Flo seguía gritando, bajó del coche. Lena, que estaba descubriendo que era tan cotilla como la vieja del visillo, bajó la ventanilla discretamente a tiempo para seguir la conversación.

—Es ruin que alguien insulte a otra persona de esta manera. Y, además, no te molestes en hacerlo, porque me la trae al paio lo que digas de mí. Si duermo en su casa, es asunto mío, no tuyo. Y si tienes algo que reprochar a Julio, díselo a él. Que yo sepa, es un hombre libre. ¿Perdón? Te voy a aclarar un par de cosas: no lo he perseguido nunca y, si no estamos juntos, no es porque él no quiera, es porque así lo he decidido yo.

Colgó y entró en el vehículo mascullando entre dientes.

—¡Maldita sea! No puedo con esa mujer, siempre consigue sacarme de mis casillas. Lo siento, todo esto es muy desagradable.

—¿Está celosa?

—Se podría decir que sí, pero es más complicado.

—No, si lo entiendo, a ella le gusta Julio y él no le hace caso.

—Eso no es del todo cierto. Creo que el problema es que un día se lo hizo, ella creyó que iba en serio y desde entonces no acepta un no por respuesta.

—Entonces, ¿es culpa de él?

—No, cariño. Aunque yo a veces me enfade con Julio, él no engaña a ninguna mujer haciéndole creer algo que no es. Somos nosotras las que nos hacemos ilusiones que se alejan de la realidad.

—Entiendo, pero a lo mejor no tendría que haberse acostado con ella.

Deirdre la miró sorprendida, porque ella no le había dicho nada de eso.

—Ya veo que no te andas por las ramas. —Apagó el motor para poder hablar tranquilamente—. Voy a ser sincera contigo. Creo que, en parte, lo que pasó aquella noche fue culpa mía. El día anterior, Julio y yo nos habíamos peleado y un amigo del pueblo me invitó a cenar. En otra ocasión, no habría aceptado, pero estaba tan enfadada que lo hice porque sabía que eso le molestaría. No pasó nada y se lo dije a Julio, pero a los pocos días, después de una fiesta, él se acostó con Flo. Me ha dicho varias veces que había bebido bastante por lo que había pasado entre nosotros y que no se acuerda de casi nada. Pero desde entonces, Flo está insoportable.

—¿Cuando se acostó con ella ya estabais saliendo juntos?

—No. En realidad, nunca hemos llegado a salir. Solo somos amigos.

Arrancó y se encogió de hombros mientras maniobraba con la marcha atrás para incorporarse a la carretera y volver a casa.

—Deirdre, eso no es cierto. Tú huyes y él te persigue, pero a ti también te gusta.

No podía confesar que había escuchado su discusión en el pasillo el día anterior. Aunque era una supercotilla, no era necesario que todo el mundo lo supiera.

Deirdre no contestó; parecía dedicar toda su atención a conducir y Lena decidió no seguir preguntando. Consideraba que ya había tenido bastante suerte.

—Creo que deberíamos comer algo. Si quieres, luego puedes

quedar con tus amigos, pero no te alejes de la casa. Y otra cosa. ¿Has hablado con tu padre? No quiero que se preocupe.

Lena frunció el ceño, sorprendida, y no por el comentario sobre su padre.

—Sí, acabo de mandarle un mensaje. ¿A qué amigos te refieres?

—Héctor y Felipe. He visto que te hacían señas para quedar más tarde. Si yo fuera tú, no desperdiciaría la oportunidad de conocerlos mejor. Son buenos chicos, a pesar de que Felipe sea sobrino de Flo — añadió con una mueca.

Lena rio divertida mientras se quitaba el cinturón de seguridad, porque ya habían llegado. Recordó algo que le había llamado la atención.

—Deirdre ¿por qué los del pueblo no querían saludar a Natalia?

Ella apretó los labios en una fina línea antes de responder. Se bajaron del coche y entraron en la casa. Se estaba mucho más fresco que en la calle; estaba siendo un día muy caluroso.

—La mayor parte de la gente piensa que no se portó bien con Ramón. Saben que él no quería vivir con ella.

—¿Por qué?

Deirdre se encogió de hombros.

—No lo sé. Según Columba, la hermana no lo trataba bien.

—¿Lo maltrataba?

—No. Puede que no le hiciera demasiado caso, pero no creo que lo tratara mal. Cuando la he visto esperando en la puerta sin atreverse a entrar, me ha dado una pena enorme. ¡Se la veía tan sola, con todos mirándola!

* * *

Estaban comiendo una ensalada en el porche, escuchando el viento y el arrullo del agua, cuando sonó de nuevo el teléfono de Deirdre. La anciana apretó los labios.

—Perdona un momento.

Se dirigió a la puerta para que no la escuchara, por lo que Lena supo que era Julio. Aprovechó para contestar el mensaje que había

recibido de Felipe, en el que le decía que pasarían a buscarla en un par de horas. Aceptó con una sonrisa.

Capítulo 6

— **A**ve María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Flo, estás en la casa de Dios. Cuéntame qué te aflige. —Las palabras de don Melchor sonaron a una advertencia, pero los dos sabían por qué el cura la recibía así.

La farmacéutica le lanzó una mirada asesina a través del enrejado del confesionario, pero se mordió la lengua. Necesitaba contarle lo que sabía a alguien y aún no quería hablar con la policía. Si lo hacía, no conseguiría nada, y ella siempre sacaba el máximo partido a cualquier circunstancia.

Acudía a menudo a confesarse, pero no utilizaba el servicio de la manera tradicional, sino como un consultorio que le servía para aclarar sus ideas. Le parecía perfecto que el cura, después de hablar con ella, no pudiera contarle a nadie su conversación.

—Ayer vi a algunas personas en el castañar. No sé exactamente lo que hacían, pero era algo ilegal. Estoy segura.

—¿Alguien estaba cometiendo algún delito?

—Creo que sí.

No quiso darle más datos, ya que no se fiaba de Melchor tanto como del difunto don Agapito.

—¿Y reconociste a la persona que lo hacía?

—Sí.

—Entonces debes ir inmediatamente a denunciarlo, más teniendo en cuenta lo que ha ocurrido con el pobre Ramón. Si quieres, te

acompañaré.

—No tiene nada que ver con el asesinato, se lo aseguro. Además, es muy posible que, si hablo con el tonto de Mariano, complique las cosas. He intentado hablar con Julio, pero solo tiene ojos para esa furcia irlandesa...

—¡Por favor! —susurró el sacerdote—. Recuerda dónde estás. Te ruego que no levantes la voz ni insultes a nadie. De lo contrario, tendré que pedirte que te vayas y que no vuelvas hasta haberte tranquilizado.

Pero Flo ya no lo escuchaba. Se había levantado y se enfrentaba a una mujer que esperaba para confesarse.

—Y tú, ¿qué miras? ¿Estabas escuchando? Debería darte vergüenza, Benita.

Se alejó y el sacerdote salió del confesionario a tiempo para ver cómo salía de la iglesia. Suspiró porque siempre que venía sucedía algo desagradable. Pidió paciencia e hizo un gesto a Benita para que se adelantara.

* * *

Sacaron los refrescos de la nevera portátil que les había dado Deirdre y se sentaron a la orilla del río. Todos llevaban debajo de la ropa el bañador, porque hacía mucho calor y no descartaban bañarse en algún momento. Lena paseó la mirada por Héctor, Felipe, Chema, Lisa y Susana, que se había presentado con los dos hermanos y que seguía dirigiéndole miradas de desprecio. Cuando habían empezado a caminar hacia el río desde casa de Deirdre, Lisa había aparecido con su bicicleta rosa. Lena le había preguntado si llevaba bañador y la niña había asentido con energía, lo que hizo que todos rieran.

Lena decidió plantear la gran pregunta que le rondaba la cabeza desde el día anterior.

—¿Os gustaría que investigáramos la muerte de Ramón?

Felipe la miró sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. ¿No te gustan las historias de crímenes?

—Sí.

—¿Entonces?

—Pues no sé, que esto es la vida real. Y no tenemos ni idea de lo que tenemos que hacer.

—Podemos pensarlo sobre la marcha. —Estaba decidida a hacerlo, pero sería más fácil con ayuda—. ¿A los demás os apetece?

Asintieron uno a uno, incluida la niña, que empezó a dar palmas.

—Vale, pues tengo una idea. Todos tenemos que decir en voz alta lo que sepamos sobre el asesinato, para reunir toda la información posible. Y luego decidiremos cómo seguir. Lisa, ¿quieres empezar tú?

Ella pareció encantada. Lena intentó hacer caso omiso a la mirada que Susana le lanzó a la niña. Esa chica parecía odiar al mundo entero. Al ver que susurraba algo al oído de Chema y que este se ponía rígido y bajaba la cara, avergonzado, no aguantó más.

—Espera un momento, Lisa.

Estaba sentada con la espalda apoyada en un chopo y se encaró con Susana, que estaba justo delante de ella.

—Susana, ¿tienes algún problema conmigo? —preguntó Lena.

Fue consciente de cómo la miraba Héctor, que pareció darse cuenta de lo que pretendía hacer. Chema dio un codazo a Susana para que se callara, pero ella se levantó y gritó con la cara muy roja:

—¡Sí, sí lo tengo! No te soporto. Te crees más que las chicas de aquí. Desde que has venido todo es ¡Lena esto y Lena lo otro! — Cuando se le quebró la voz, a Lena se le pasó el enfado. Aquella parecía una rabieta provocada por celos, seguramente porque le gustaba Chema—. Además ¿qué nombre es Lena? Aparte de hortera, eres una creída.

Lena miró a los demás. Todos menos Héctor apartaron la vista, avergonzados. Al llegar, Héctor se había tumbado algo apartado aludiendo que estaba cansado, pero en ese momento se incorporó apoyándose en los codos, se quitó las gafas de sol y encaró a Susana.

—Susana, es mejor que te vayas —dijo con voz grave—. Y si no te disculpas con Lena, no te molestes en volver

—No creo que... —empezó Lena, pero él la miró con el ceño fruncido.

Susana se quedó mirando a Chema y, al ver que este no movía un dedo por ella, sino que parecía avergonzado por su actitud, se fue corriendo. Lena se levantó enfadada y fue hacia Héctor, que se había vuelto a poner las gafas.

—¿Vienes un momento, por favor? Quiero hablar contigo.

Él asintió con una sonrisa irónica, porque le había sonado como cuando su madre quería echarle la bronca.

Anduvieron unos pasos hasta esconderse detrás de un grupo de chopos y, entonces, ella se volvió hacia él; pero Héctor se acercó más y ella reuló dos pasos, hasta que su espalda chocó con uno de los árboles. Él se pegó a ella.

—¿Qué quieres?

Lena tragó saliva.

—No tendrías que haber hablado así a Susana, ahora me odia a muerte. Yo iba a intentar tranquilizarla —susurró.

Él se quitó las gafas y apoyó una mano sobre el hombro de ella, rozándole el cuello.

—No habría servido de nada. Es una niña mimada que cree que le vas a quitar a Chema. Nada de lo que le hubieras dicho habría conseguido que cambiara de opinión. Además, no me daba la gana que siguiera insultándote.

Lena abrió la boca para replicar, pero entonces él la besó.

Al principio fue un beso suave, vacilante. Luego la sujetó por la cintura con una mano y, con la otra, la cogió por la nuca para acercarla más a él. Cuando Lena sintió como su lengua rozaba la suya, pensó que iba a darle un ataque. Parecía que había pasado toda una vida cuando él se separó y la miró con cara de sorpresa.

—¿Es tu primer beso?

Ella negó con la cabeza. Había besado a un par de chicos antes, pero nada la había preparado para eso. Hizo ademán de irse, abochornada porque creía que no le había gustado, pero él la sujetó del brazo con suavidad.

—Estate quieta, no te enfades. Eres como una gatita salvaje —bromeó—. Deja que te abrace un momento.

Le dio un beso en la coronilla. Mientras Lena apoyaba la cabeza

en el pecho de él, escuchó el latido del corazón del chico y se dio cuenta de que no estaba tan tranquilo como aparentaba.

—Tienes el pelo más bonito que he visto nunca —dijo antes de separarse de ella y levantarle la cara por la barbilla—. Me gustas Lena, me gustas mucho. —Le dio un beso rápido en la nariz—. Vámonos, si no, vendrán a buscarnos.

La cogió de la mano, pero la soltó antes de que los demás los vieran. A ella le pareció estupendo, porque ya estaba bastante nerviosa.

Lisa, que estaba tirada en la hierba encima de una toalla con unos pantalones cortos y una camiseta, se levantó enseguida y corrió hacia ella.

—¡Ya era hora! ¡Daos prisa, venga!

Tiró de Lena para que se sentara a su lado.

—¿Quién quiere empezar a contar lo que sabe?

—Esta mañana he oído al alcalde hablar con Mariano —dijo Héctor mirándola a los ojos, como si quisiera provocarla—. Decían que no tenían ninguna pista y que ni siquiera se les ocurría un móvil que...

—¿Qué es un móvil? —lo interrumpió Lisa.

—El motivo que empuja a alguien a hacer algo. Se refería a que no saben por qué han matado a Ramón.

—¡Ah!

La niña estaba sentada con los codos apoyados sobre sus rodillas regordetas y lo miraba fijamente.

—Y luego han hablado sobre el cartel que tenía en el pecho. Han comentado que el crimen es exactamente igual a uno que se cometió hace años en un pueblo de Galicia.

—¿Qué? —Lena lo miró sorprendida—. ¡Eso es muy importante!

—Sí, estoy de acuerdo.

—Habría que enterarse de los detalles de ese crimen. Seguramente saliera en los periódicos de la época.

—Podríamos ir mañana a la biblioteca —sugirió Felipe.

—¿Tenéis biblioteca?

—Sí, es pequeña y pertenece al Ayuntamiento, pero tiene el wifi

más rápido de toda la zona. Al parecer, el alcalde pagó un montón de pasta de su bolsillo para que llevaran la fibra hasta allí.

—¡Estupendo! Es un buen sitio para empezar.

—Hay algo que se le ha olvidado contar a mi hermano —dijo Chema, que no había abierto la boca desde lo de Susana.

La tensión entre los dos hermanos podía cortarse con un cuchillo. Chema le lanzó a Héctor una mirada vengativa y el mayor le hizo un gesto para que se callara, pero Chema no lo hizo.

—Estas últimas semanas, Héctor y yo nos hemos encontrado a Ramón un par de veces paseando junto al río por la tarde. Nunca lo habíamos visto por allí hasta entonces. Nos contó que muchos días dormía en casa de Columba, cuando su hermana tenía visita en casa.

—¿Visita? —preguntó Lena.

Héctor se encogió de hombros y miró hacia el río. Chema no contestó. Lena frunció el ceño. Le daba la sensación de que subyacía un asunto personal que Héctor no quería que se supiera.

El silencio se abrió paso entre ellos, hasta que Lena miró a Felipe y le preguntó:

—¿Tú sabes de qué están hablando?

Felipe también se encogió de hombros. Arrancó una brizna de hierba y se la metió en la boca. Sí lo sabía... Lena miró a Héctor, pero este seguía esquivando su mirada. Abrió la boca para volver a preguntar, pero Felipe le rozó la muñeca con el dedo índice, con lo que consiguió que lo mirara, y negó con la cabeza.

—Está bien. ¿Alguien quiere decir algo más?

Intentó superar la sensación de que todos le mentían y decidió probar a ganarse su confianza aportando su granito de arena.

—Hace dos noches oímos un camión grande aparcando junto a la nave de ganado abandonada. Había varios hombres rondando. Deirdre dio un aviso y vino la guardia civil. No encontraron a nadie, pero al día siguiente, Ramón apareció muerto. No sé si tiene algo que ver, pero Deirdre dice que es raro, porque aquí nunca pasa nada.

Todos se quedaron en silencio, hasta que Lisa, que no podía estarse quieta más de dos minutos, dijo:

—¿No nos íbamos a bañar en el río? ¡Hace mucho calor!

Lena estaba de acuerdo, hacía un calor horroroso.

—¡Claro, vamos!

Antes de que empezara a desabrocharse los pantalones cortos, los chicos ya se habían quedado en bañador y se tiraban al agua entre gritos. Lisa corrió tras ellos. Poco después, Lena andaba en bikini hacia la orilla. Al meter el pie en el agua, le sorprendió lo fría que estaba. Se sumergió poco a poco, haciendo aspavientos hasta que la niña la salpicó y corrió entre risas hacia la orilla. Lena no tuvo piedad y la persiguió hasta cogerla en brazos y llevarla a lo más hondo, mientras la niña se resistía gritando y riéndose, como si fuera lo más divertido del mundo.

—¡Te vas a enterar, bichito! ¡No grites tanto, que me vas a dejar sorda! ¿Sabes taparte la nariz para que no te entre agua?

— ¡Claro!

—Vale, toma aire.

Cuando lo hicieron, Lena flexionó las piernas para sumergirse por completo y se quedaron mirándose durante unos segundos debajo del agua, con las mejillas hinchadas de forma cómica por el aire que contenían. Entonces ocurrió algo extraño. Durante un instante, Lena sintió una conexión con esa niña distinta a cualquiera que hubiera sentido hasta ese momento. Pero se quedó sin aire y tuvo que dar un salto para salir. Lisa soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás, como si jamás se hubiera divertido tanto.

—Lisa, ¿quieres que te suba a hombros y te lleve a dar un paseo por el agua? —preguntó Felipe.

—¡Sííí! ¡Qué divertido!

Alargó los brazos y Felipe la alzó y la sentó sobre sus hombros mientras le explicaba cómo tenía que sujetarse. Echó a andar y Lisa tuvo que agarrarse a su cabeza cada vez que él se inclinaba peligrosamente a un lado. Lena aprovechó para nadar y entrar en calor, porque le parecía que el agua estaba cada vez más fría. En una de sus brazadas se topó con el pecho de Héctor. Estaban en la parte más profunda del río. A ella le llegaba el agua por el cuello y a él, solo por la mitad del torso.

Mojado, Héctor era todavía más impresionante que seco. El chico

sonrió al ver su reacción y se acercó aún más. Lena buscó a los demás, pero Lisa seguía subida en los hombros de Felipe y ahora los dos peleaban contra Chema. Al ver a los dos chicos jugando con una niña tan pequeña, se sintió extrañamente feliz.

—Están algo lejos. ¿Tienes miedo de estar a solas conmigo?

Lena alzó cabeza para mirarlo. Tenía el cabello rojo oscuro echado hacia atrás, lo que acentuaba sus pómulos y sus grandes ojos verdes.

—Pareces una sirena —susurró.

—No me tomes el pelo.

Él frunció el ceño.

—No lo hago, eres una chica guapísima. Los madrileños deben de estar ciegos, pero tu familia te lo habrá dicho mil veces.

Héctor le rozó la mejilla con el dorso de su mano y recorrió de nuevo su cara con la mirada. Se inclinó y le dio un rápido beso en los labios.

—No sé quién te ha hecho pensar que no eres especial, pero lo eres. Además de guapa, eres buena persona y muy inteligente, no dejes que nadie te haga creer lo contrario.

Le dio un apretón en la mano y se alejó nadando. Lena se quedó inmóvil, ruborizada y con la respiración agitada.

—¿Qué haces?

Se volvió hacia Felipe, que había conseguido desembarazarse de la pequeña Lisa y se había acercado a ella. La niña estaba intentando hacerle una ahogadilla a Chema, que mantenía los brazos cruzados y se reía porque ella no conseguía moverle ni un centímetro.

—Nada, intentando no congelarme —dijo Lena.

—No estás acostumbrada a bañarte en el río. Quizá deberías salir ya.

Felipe parecía preocupado, pero ella no estaba segura de que fuera por el frío.

—Sí, creo que voy a salir.

Una vez fuera, cogió la toalla de la bolsa y se sentó en una zona sin piedras. Felipe lo hizo a su lado y ella lo miró, envuelta en su toalla, mientras se escurría el pelo.

—Es una pasada —dijo.

Él chorreaba agua, pero no parecía molesto.

—¿No tienes frío?

—Estoy acostumbrado.

—¿Por qué Héctor no aguanta a Susana?

—No sé si te has dado cuenta de que a Chema le gusta Susana. Bueno, al menos le gustaba hasta que llegaste tú —bromeó.

—¡No seas tonto! Se nota que le gusta.

—Hasta hace pocas semanas, Susana iba detrás de Héctor, pero, cuando Héctor le dijo que no tenía nada que hacer, dejó de intentarlo. Yo creo que en realidad lo de perseguir a Héctor lo hacía para dar celos a Chema. Héctor tiene miedo de que haga daño a su hermano, porque no se fía de ella.

—¡Qué mal rollo!

Héctor se había sentado a pocos metros de ellos y los miraba mientras bebía un refresco.

—¿Sabes que eres un chico muy majo? Me siento muy a gusto contigo.

Sus ojos eran preciosos sin las gafas.

—No me digas que me ves como a un hermano, porque no me gustaría nada.

Intentó sonreír, pero se puso nerviosa.

—No sé qué contestar a eso.

—De momento, me vale con que sepas que estoy aquí y que, si necesitas a alguien con quien hablar, cuentes conmigo.

—¿Por qué dices eso?

Él vaciló.

—Por nada en concreto, pero tengo la sensación de que lo de Ramón es solo el principio. —A Lena se le puso la carne de gallina—. Ten cuidado, Lena. Héctor y yo lo hemos hablado. Hay algo en el pueblo que no había antes, aunque no sabemos qué es. Algo malvado. Los dos lo sentimos.

Lena lo miró asustada. Ya no se sentía tan segura como unos minutos antes.

* * *

Los últimos en marcharse fueron Felipe y ella. Él la acompañó porque había dejado la moto en casa de Deirdre. Seguían en bañador; se habían dado un último chapuzón y no habían tenido tiempo de secarse. Él cargaba con la nevera y ella, con la bolsa donde llevaba su ropa y la toalla. Caminaban en silencio. Sin previo aviso, el cielo se nubló y los colores radiantes que había a su alrededor se transformaron en un tono gris plomizo. Felipe miró al cielo.

—¡Corre! Es una tormenta.

Aunque lo hicieron, cuando llegaron a la verja de la casa de Deirdre ya estaban empapados. Entonces Felipe se fijó en el coche que había aparcado junto a la entrada.

—Es el coche el de mi tía. Qué raro.

Escucharon los gritos según subían los escalones del porche. Entraron y siguieron las voces hasta la cocina. Flo y Deirdre estaban de pie; la primera gritaba y señalaba con el dedo a la segunda.

—¡Tía! ¿Qué te pasa?

Ella lo fulminó con la mirada, pero no contestó.

—Vámonos a casa. —Miró a Lena y a Deirdre e intentó disculparse—. Se pone muy nerviosa, pero es inofensiva.

—La estaba llamando puta y no es la primera vez. A mí no me parece inofensiva. Lo siento, Felipe, pero Deirdre no se merece que la traten así.

La aludida se dejó caer en una silla y Flo hizo ademán de acercarse a ella, pero Lena se interpuso y la mujer se la quedó mirando fijamente, alzando la cabeza porque Lena medía al menos veinte centímetros más que ella.

—Déjela en paz, ya está bien. Deirdre no ha hecho nada. Si tiene algo que decirle a Julio, hable con él. Debería calmarse y no seguir poniéndose en ridículo.

—¿Quién te has creído que eres, niña?

Intentó rodearla, pero Lena la sujetó por el brazo. Flo, que tenía la cara muy roja, comenzó a gritar otra vez, haciendo caso omiso a los esfuerzos de Felipe por hacer que se calmara.

—Vamos, tía. Luego te arrepentirás de haber montado este

número. Tranquilízate, por favor.

—¡No! ¡Déjame! No voy a consentir que se salga con la suya.

Entonces se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Felipe la guio hasta la silla más alejada e hizo que se sentara. Lena observó a la mujer, que estaba muy pálida, y le cogió la mano.

—Estás mojada —señaló la anciana.

—Sí, nos hemos bañado en el río y luego nos ha pillado la tormenta.

Entonces vio el teléfono de Deirdre sobre la encimera de la cocina y se le ocurrió una idea. Buscó un nombre en los contactos disimuladamente y le mandó un mensaje contándole lo que ocurría. Recibió la contestación cinco segundos después, por lo que, algo más tranquila, volvió a dejarlo en su sitio.

—Tía, cálmate. No puedes conducir en este estado, así que llevaré yo el coche y dejaré aquí la moto. Ya la recogeré.

Felipe miró a Lena, pidiéndole ayuda.

—Deirdre, ¿no tienes tila? —preguntó ella.

La anciana asintió y se levantó para prepararla. Poco después, Flo discutía con Felipe porque se negaba a beber. Hasta Lena tenía dolor de cabeza. Cuando, minutos después, oyó el rugido de un motor, salió al porche a toda prisa. Quería hablar con Julio antes de que entrara.

—¿Qué ha pasado?

—Flo ha venido a montarle un pollo a Deirdre y ella ha aguantado como ha podido. Ahora está más tranquila, pero cuando te he puesto el mensaje no sabía lo que iba a ocurrir. Siento haberte molestado. Ya sé que no es asunto mío, pero esto no puede seguir así. Deberías intentar solucionarlo.

—Lo sé. Escúchame, Lena. Yo quiero a Deirdre y se lo he dicho mil veces, pero no me cree.

—Pues tendrás que ver cómo lo consigues en otro momento, porque ahora tienes que solucionar lo de Flo.

—Ya.

Entró en la cocina.

—Chicos, por favor, dejadnos solos. Deirdre, tú no. Por favor,

necesito que tú también te quedes.

La mujer clavó la mirada en el mantel de flores que cubría la mesa.

Lena y Felipe salieron al porche y se sentaron en el columpio.

—La ventana está entreabierta, desde aquí podremos escucharlo todo —dijo ella.

—Eres bastante cotilla, ¿no?

Lena le dedicó una sonrisa traviesa y se encogió de hombros.

—Sí, no me había dado cuenta hasta que he llegado al pueblo. Me justifico a mí misma diciéndome que un buen investigador tiene que serlo.

* * *

Julio se sentó con un fuerte suspiro frente a las dos mujeres y se dirigió a Flo.

—Esto tiene que acabar. Espero que, después de lo que te voy a decir, no vuelvas a molestar a Deirdre.

—Quiero que se vaya.

Flo señaló a Deirdre como si fuera una niña.

—Si Deirdre se va, yo me voy con ella. Lo que tengo que decirte lo haré solo si ella está delante. Flo, me obligas a ser desagradable contigo.

Deirdre, al ver el cariz que estaba tomando la conversación, hizo ademán de levantarse.

—Creo que yo no debería estar delante.

—Por favor, Deirdre, siéntate.

Ella se mordió los labios, incómoda al ver la palidez de la otra mujer, y lanzó una mirada suplicante a Julio para que lo dejara estar, pero el alcalde volvió a dirigirse a Flo.

—Si hubieras dejado en paz a Deirdre, no te hablaría así, pero hace varios meses que te lo estás buscando. Siempre te he rechazado con amabilidad, pero así no te das por enterada, por lo que no tengo más remedio que ser brutalmente sincero contigo. Escúchame bien, Flo: no te quiero y nunca voy a hacerlo. Solo hay una mujer para mí y

está sentada a tu lado. Es ella o ninguna.

Deirdre lo miró asombrada. En el porche, Lena advirtió en los ojos de Felipe el dolor que sentía por la humillación de su tía.

—Estoy esperando a que ella me acepte. Que no me dé la oportunidad de demostrarle lo que siento es, en parte, culpa tuya. Pero no voy a consentirlo más. ¿Lo entiendes?

Flo asintió.

—Si ella no estuviera, ¿podrías quererme a mí?

Un escalofrío recorrió a Deirdre. Julio se levantó con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? ¿La estás amenazando?

—No, no. Era solo una forma de hablar —respondió, y se echó a llorar otra vez.

Deirdre, apenada, se acercó para intentar consolarla, pero Flo la empujó. Julio consiguió sujetarla por la cintura para que no se cayera y fulminó a la farmacéutica con la mirada, pero ella solo miraba a Deirdre.

—¡Suéltalo, puta!

—Fuera de aquí ahora mismo, Flo —dijo Julio con una voz letal—. Será mejor que no me entere de que has vuelto a molestarla.

La farmacéutica pasó corriendo ante los dos adolescentes y no se detuvo hasta llegar a su coche. Arrancó y salió derrapando al camino de tierra. Lena observó los ojos húmedos de Felipe y se sintió tan conmovida que lo abrazó. En la cocina, Julio hizo lo mismo con Deirdre.

Capítulo 7

— ¿Por qué no lo hacemos hoy?

Al escuchar la pregunta, dejó de afeitarse y puso los ojos en blanco.

— ¿Tú tienes la cabeza hueca o qué?

Buscó sus ojos en el espejo y le lanzó una mirada de desprecio.

— Luego dices que me cabreo... ¿Eso no es un insulto?

— Claro que no, es la realidad.

Estaba hasta las narices. Lo mejor era terminar de afeitarse y salir de la habitación para evitar liarse a guantazos, pero se le adelantó.

— Me voy a desayunar.

Lo persiguió intentando no gritar, porque lo que menos les interesaba era que los vecinos los escucharan.

— ¡Ni se te ocurra hacer algo sin que lo decidamos los dos! Piénsalo bien, es una locura. No podemos matar a nadie en un entierro.

— Puede que sea la mejor oportunidad que se nos presente para terminar el trabajo. No entiendo por qué te parece tan mal.

— Porque todo el mundo estará en el cementerio, pendiente de quién aparece y quién no. Seguro que también estará la guardia civil. Mira, ya sé que estás deseando acabar con esto, y lo haremos muy pronto, te lo prometo. Solo deja que lo planifique bien, como lo de Ramón.

Como había terminado de afeitarse, se puso la camisa.

— Está bien, pero si no se te ocurre algo pronto, actuaré por mi

cuenta. No voy a dejar que esto se nos escape de las manos, hay demasiado en juego.

—De acuerdo.

Le dio un beso y luego se cogieron de la mano para dirigirse al coche. Tendrían que darse prisa, solo faltaban quince minutos para las diez.

* * *

—¡Lena, cariño! ¡Tenemos que salir ya! —gritó Deirdre por el hueco de las escaleras, en dirección a la buhardilla.

—¡Cinco minutos!

Julio, que se había colocado detrás de Deirdre, sonrió.

—Mmm... El tiempo justo para besarte como es debido —dijo.

Deirdre intentó no reírse como una tonta mientras la arrastraba hacia la cocina. Una vez allí, cerró la puerta y la besó a conciencia, hasta que sintió que los labios le hormigueaban. Se los tocó con cuidado mientras él la mantenía abrazada.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella.

—Porque soy feliz.

—No deberías cantar victoria, todavía no he terminado contigo.

Él sonrió aún más.

—Lo sé, me vas a dar mucho trabajo. Probablemente hasta que me muera, pero eso también me hace feliz —contestó Julio.

—¡Vaya labia! No me extraña que te persigan las mujeres...

—En mis tiempos no tenía que esforzarme tanto, pero eres un hueso duro de roer y he tenido que sacar la artillería pesada.

Deirdre le pegó un tirón de oreja, pero solo consiguió que la levantara por la cintura para colocar sus caras a la misma altura y la volviera a besar.

—¡Bájame, Julio! —dijo cuando se separaron y pudo volver a respirar—. Tenemos que irnos y Lena nos va a sorprender.

Él la dejó con cuidado en el suelo.

—Es una gran chica. ¿Sabes que anoche me dijo que hablara contigo para explicarte lo que siento? —Las lágrimas en los ojos de

Deirdre le sorprendieron—. ¿Qué pasa?

—Nada...

Escucharon dos suaves golpes en la puerta de la cocina y Deirdre fue a abrir mientras él susurraba:

—Sí, es una cría muy inteligente.

Lena se había dado cuenta de que Julio había dormido en la casa y no precisamente en la habitación de invitados. La noche anterior había hablado con él sobre Deirdre y, en cuanto pudo, se escabulló a su habitación para dejarlos solos. Cuando bajó, una hora después, estaban preparando la cena juntos y tranquilos. Lena subió a su habitación en cuanto terminó de cenar para darles toda la intimidad posible. No le importó hacerlo, porque quería apuntar en la tableta lo que habían dicho todos en el río, mientras todavía se acordaba. Se había quedado dormida con ella en la mano.

Lena se subió a los asientos traseros del coche, enchufó los cascos en su móvil para poner música y cerró los ojos intentando tranquilizarse. Era la primera vez que asistía a un entierro. Deirdre le había asegurado que no era necesario que fuera, pero quería hacerlo. En todas las novelas de misterio, el asesino acude al entierro y luego empieza a correr la sangre.

Conocía a gente que había fallecido, un vecino y una amiga de sus padres, pero aún no había perdido a ningún familiar, afortunadamente. Cuando alguien cercano a ella había muerto, sus padres no le habían dejado ir al cementerio. Decían que era demasiado joven y que no tenía por qué ver algo tan desagradable.

En el chat que había abierto Felipe, al que había llamado «La pandilla de la ardilla» por los cuentos infantiles (algo que a Lena le había parecido gracioso), había visto que los demás también iban a acudir. Además, aunque estaban siendo los días más emocionantes de su vida, no le habría gustado quedarse sola en casa de Deirdre por nada del mundo.

Para llegar al cementerio había que atravesar el pueblo y, dos kilómetros después, desviarse por un camino de tierra. Pasaron por delante de una cabaña de madera, construida en medio de la nada. Se quitó los cascos y preguntó:

—¿Vive alguien ahí?

Deirdre cruzó una mirada con Julio y se giró hacia ella.

—Es de dos amigas, Belén y Amelia —respondió cautelosa—. Rehabilitaron la antigua cabaña hace un par de años para abrir un albergue. No las vemos demasiado por el pueblo, no creo que vayan al entierro.

Lisa había avisado a Lena de lo que Deirdre estaba ocultando. Miró la puerta de la cabaña con insistencia, deseando que salieran las brujas, y se asustó al ver cumplidos sus deseos. Seguramente habían escuchado el motor del coche. Sintió como clavaban sus miradas en ella.

Frente a la cabaña había cinco coches de lujo.

—Parece que les va bien. ¡Vaya cochazos!

El cementerio estaba al lado de la cabaña. Lena se volvió a mirar por el cristal trasero cuando aparcaron; la construcción se veía perfectamente desde allí. ¿Quién abría un albergue rural junto a un cementerio, con todas las hectáreas disponibles que había alrededor del pueblo?

Cuando se bajó del coche, todavía la observaban, pero Deirdre se colocó delante de ella y las miró con actitud desafiante. Las dos mujeres volvieron a la cabaña. Mientras entraban en el cementerio, Lena volvió la vista atrás un par de veces y vio a Amelia, la más alta, asomada en la puerta de la cabaña.

—¡Lena, no la mires! —susurró Deirdre.

Una vez dentro, se acercaron a saludar a Natalia, de pie junto a don Melchor. El ataúd se encontraba a su lado, dispuesto sobre dos caballetes.

Deirdre y Lena se colocaron detrás de Natalia, y Julio a su lado, donde se mantuvo toda la ceremonia. Mariano acudió acompañado por un compañero de la Guardia Civil y, tras aparcar el coche, se quedó observando desde lejos.

—Natalia es la secretaria de Julio —comentó Deirdre.

—Sí, lo sé.

Aunque ya tenía una buena opinión de Julio, esta mejoró al ver con qué cariño la trataba.

—Oye, ¿no tendríamos que haber ido a por Columba?

Deirdre suspiró.

—¡No ha querido! Ha insistido en venir sola, la muy cabezota.

—Felipe y Héctor me dijeron que Ramón era especial y un buen chico. ¿Quién puede haberle hecho esto?

—No lo sé hija, no lo entiendo. Era un ser inocente a pesar de su edad, como un niño.

Escucharon cómo aparcaban varios coches en el camino de tierra y el resto de los asistentes se fueron colocando alrededor de la sepultura. Lena no conocía a muchos de ellos. De los que conocía, los primeros en aparecer fueron Flo y Felipe, que se colocaron enfrente, al otro lado del hueco abierto en el suelo. Felipe sonrió tristemente hacia Lena, que le devolvió la sonrisa. Flo permaneció con la vista clavada en el suelo. Tenía los ojos rojos y unas bolsas enormes debajo. Entonces llegó un hombre moreno y alto, bastante atractivo y que, al contrario que todos los hombres presentes, vestía traje. Inclino la cabeza en dirección a Natalia y Lena notó que esta se ponía rígida al verlo. El hombre se situó junto a un árbol.

—¿Quién es?

Deirdre dudó un momento

—Creo que se llama Miguel. Es... Bueno, es un amigo de Natalia. Él y su familia tienen una casa aquí y vienen a pasar las vacaciones. Me extraña que haya venido. Creo que no debería haberlo hecho. Lo único que va a conseguir es que la gente hable más. ¡Ah, mira! Ahí está Columba.

La anciana sonrió al verlas y se acercó apoyándose en un bastón. Parecía que una racha de viento fuerte podía llevársela volando. Le hicieron un hueco entre las dos y Lena pensó que, a pesar de todo, parecía algo más tranquila.

Eloi y Máximo, los dueños de la palloza, llegaron seguidos de Chema y Héctor. Estos últimos venían acompañados de una señora que parecía su madre. Lena se dio cuenta de que Héctor se sobresaltó al ver al hombre del traje y de que lo saludó con un gesto. Los recién llegados se distribuyeron alrededor de la sepultura y, en el último momento, casi corriendo, llegaron Bea y Martín, los hermanos

dueños del bar, que venían culpándose entre ellos en voz baja por llegar tarde.

Don Melchor comenzó a rezar, por decir algo, porque en realidad leyó un libro que no era la Biblia, y terminó muy pronto. Natalia estaba muy pálida y tembló cuando autorizó que bajaran el ataúd. Lena miró fijamente al hombre del traje para no ver como lo hacían, pero él estaba ocupado escribiendo en el móvil.

Entonces cerró los ojos y escuchó piar a unos pájaros en un árbol cercano. Una brisa le acarició la cara y le llevó un olor a tierra y a verde. Su espíritu se llenó de calma gracias al lugar y al silencio, roto solo por las paladas de tierra que caían sobre el ataúd. Entonces, sintiéndose en paz, deseó que Ramón fuera feliz en el nuevo lugar en el que se encontraba.

—Lena. —Abrió los ojos para ver los ojos preocupados de Deirdre —. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Estaba deseando que Ramón fuera feliz.

—¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

—Nadie, no es nada especial, solo una especie de plegaria.

Deirdre le lanzó una mirada extraña antes de centrar su atención en Columba.

—¿Cómo te encuentras hoy, querida?

—Mejor. Ayer estuve descansando, tuve la tienda cerrada todo el día.

—Es lo que tenías que hacer. Todo el mundo lo entenderá. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Hoy sí que abriré.

Deirdre se mordió la lengua porque sabía que era mejor no llevar la contraria a su amiga cuando tenía esa expresión en el rostro.

De camino al coche, Lena vio que el hombre del traje miraba a Natalia con atención, como si quisiera acercarse a ella, pero, al ver lo solicitada que estaba por la gente, se marchó.

* * *

La biblioteca fue todo un descubrimiento. Había varios escritorios

de madera oscura, casi negra, y, al final de la sala, una pared cubierta de estanterías repletas de tomos antiguos. La luz entraba por dos ventanales que estaban a la izquierda y sobre cada uno de los escritorios descansaba un portátil último modelo. Lena arqueó las cejas, impresionada. Pero lo más llamativo era la estrecha y oscura escalera de caracol que conducía al piso superior, donde se guardaba la valiosa colección de libros que había donado el alcalde.

—¡Qué suerte tenéis! Nunca he visto algo parecido. ¡Y es del ayuntamiento!

—Sí, todo esto estaba en la casa del alcalde. Lo trajeron aquí para que pudieran disfrutarlo todos los vecinos.

Héctor sonreía con las manos en los bolsillos, observando divertido su reacción. Felipe, al contrario, estaba cruzado de brazos y no parecía especialmente contento.

—¿Tu hermano no va a venir? —preguntó Lena.

Héctor se encogió de hombros, aparentando que todo iba bien entre ellos, pero seguía enfadado con Chema, aunque no podía explicarle a Lena por qué. Todavía no.

—¿Qué ha pasado? —Al ver su expresión, se arrepintió de haber hablado—. Lo siento, no es asunto mío.

—No quiero hablar del tema.

Ella asintió.

—Muy bien, pues vamos a trabajar.

Felipe se sentó ante uno de los escritorios y ellos dos acercaron unas sillas para sentarse a su lado, frente a la gran pantalla. Estaba encendiendo el ordenador cuando oyeron una vocecita.

—¡Ya estoy aquí!

Lena se giró para ver la carita sonriente de Lisa.

—¿Cómo sabes siempre dónde estamos? —preguntó Felipe.

—¡Por favor, esto es un pueblo! —contestó entre risas, como si él fuera el niño y ella la adulta—. Siempre hay alguien que sabe dónde estáis.

—Me alegro mucho de verte Lisa —intervino Lena—. ¿Quieres sentarte conmigo?

La niña acercó una silla.

—No creo que en internet podamos encontrar el artículo que nos interesa, seguro que los periódicos antiguos no están digitalizados — dijo Lena, dando voz a un pensamiento al que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Anoche estuve investigando por mi cuenta —dijo Felipe— y encontré, dentro de la página de la Biblioteca Nacional de España, una parte dedicada a la Hemeroteca Nacional Digital, donde se pueden buscar periódicos desde el siglo xix. Mirad, se puede filtrar por criterios de búsqueda, así que podemos empezar cuando queráis. Voy a probar con «muerto», «cartel» y «chivato».

Media hora después, seguían sin tener nada, aunque habían usado todas las palabras clave que se les habían ocurrido. Lena decidió que había que modificar la manera de buscar.

—¿Por qué no buscamos por año? Es decir, busquemos los asesinatos cometidos en Galicia en los últimos treinta años. Podemos asignarnos una década a cada uno. ¿Qué os parece? Necesitaremos un ordenador para cada uno.

Héctor y ella se cambiaron de mesa.

—Tenemos que buscar «hombre asesinado en Galicia» y fijar el intervalo de tiempo, ¿de acuerdo?

A ella le tocó el segundo intervalo, por lo que entró en la Biblioteca Nacional y comenzó a buscar asesinatos cometidos desde el año 1998 hasta el 2007. A los pocos minutos, Lisa estaba aburrida y Lena le dejó que jugara con su móvil al Candy Crash, aunque sin volumen.

Cerca de una hora después, Lena se frotaba el cuello, cansada. Había entrado en más de cien artículos de asesinatos y ninguno de ellos se parecía al de Ramón. Entonces, escucharon el grito de júbilo de Héctor.

—¡Lo tengo!

Se acercaron corriendo a su mesa. Lena no se podía creer que el plan hubiera funcionado.

—Es un artículo de *El País*, de septiembre del 94. ¡Sentaos, que os lo leo! —Felipe lo hizo a su lado y Lena y Lisa, en la mesa más cercana—. «La mafia de la droga se cobró ayer otra víctima en una

sangrienta *vendetta* en la ría de Arosa, y lo hizo al más puro estilo de los gánsteres de Chicago, con un asesinato rápido, certero y a sangre fría. Cuando Mejías Bermúdez, de sesenta y dos años, jefe de un conocido clan familiar dedicado desde hace años al tráfico de estupefacientes, salía de su casa en Cambados (Pontevedra), se encontró frente a frente con la muerte. El asesino, cuya identidad se desconoce, lo disparó en el pecho y lo remató con un segundo tiro en la cabeza. Después trasladó el cuerpo a una mesa de piedra situada en un parque cercano. Por último, pegó a su pecho una hoja en la que había solo escrita una palabra: chivato. Como es habitual en estos casos, no hay testigos. La principal hipótesis de la investigación señala que el narco fallecido había suministrado datos comprometedores sobre uno de sus antiguos jefes —uno de los principales capos de la ría de Arosa— a un conocido juez en un intento desesperado por evitar la cárcel para él y para tres de sus hijos. Eso explicaría el apelativo utilizado por el asesino, al que la Guardia Civil sigue buscando en estos momentos».

—Déjame hacer una foto —dijo Lena, espantada y emocionada a la vez.

Se sentó en el asiento de Héctor y, tras hacerle una foto con el móvil, lo leyó tranquilamente. El corazón se le iba a salir por la boca.

—Es imposible que los asesinatos no estén relacionados. A los dos los han matado exactamente igual. Les ponen el cartel de chivato y los abandonan en la calle, encima de una mesa.

Lisa los miraba absorta, como si estuviera viendo una película.

—Tienes razón —concedió Felipe.

—¿Habéis visto la fecha del periódico? —preguntó Lena.

—14 de septiembre de 1994 —respondió Héctor.

—O sea, que ocurrió hace veinticuatro años. Podemos hacer una lista de las personas del pueblo con edad suficiente para haber cometido el asesinato, aunque no tienen por qué vivir aquí. Puede ser alguien de un pueblo cercano...

—¿Y si no es el asesino, sino un imitador? —preguntó Héctor—. ¿O su hijo? ¿O algún amigo de la víctima que quiere vengarse del asesino del 94?

Se miraron entre ellos. Fue Felipe quien contestó:

—Es posible, pero creo que Lena tiene razón. Por algún sitio tenemos que empezar.

—Tengo hambre —dijo Lisa entonces, para sorpresa de todos.

Lena sonrió, porque no le extrañaba que la niña estuviera aburrida.

—No llevamos mucho tiempo —dijo Lena.

Lisa miró la hora en la pantalla del ordenador.

—¡Son las dos! —protestó—. Y yo suelo comer a la una.

—¡Qué dices! Tengo que llamar a Deirdre, le había dicho que comería con ella. —Se mordió el labio inferior—. ¿Queréis que almorcemos por aquí? ¿Tú te puedes quedar?

Lisa sonrió como si le hiciera gracia la pregunta.

—Sí, saben que estoy contigo.

—Por mí bien —dijo Héctor

—Y por mí —contestó Felipe mientras tecleaba en el móvil.

—Pero no tengo dinero.

—No te preocupes por eso, Lisa —la tranquilizó Lena.

Se apartó unos pasos para hablar con Deirdre. Le parecía increíble que durante las horas que habían pasado allí no hubiera aparecido nadie por la biblioteca. Deirdre le pidió que volviera pronto, porque iban a salir a cenar.

—Vale, solucionado. Además de la lista de personas que pudieron haber cometido el asesinato del 94, quiero que me habléis de todos los vecinos del pueblo. No solo de los raros o lo que os parezcan sospechosos, sino de todos. Yo los iré apuntando. Incluso me voy a comprar un cuaderno. Cuando empiezo un proyecto nuevo, me gusta estrenar una libreta.

Los chicos la miraron como si tuviera dos cabezas.

—¡Yo también quiero uno! —dijo Lisa mientras la agarraba de la mano y salían juntas.

Héctor cerró la puerta de la biblioteca y se guardó la llave en el bolsillo del vaquero.

—¿De dónde la has sacado?

—La he pedido en el ayuntamiento. Luego hay que ir a devolverla

o dejarla en el buzón. Aunque no te lo creas, aquí la gente suele ser bastante responsable.

—¿A mí también me vas a comprar un cuaderno? —Lisa no permitía que dejaran de prestarle atención.

—¡Claro! Después de comer, iremos a comprarlos a la tienda de Columba.

—¿Dónde queréis ir que vayamos a comer? —preguntó Héctor—. Tampoco hay muchos sitios entre los que elegir.

Lena miró hacia el río, donde se reflejaba la luz del sol. Hacía un día estupendo.

—¿Por qué no pedimos unos bocadillos en el bar y nos los tomamos en la playa? Al menos estaremos un rato con los pies en el agua y nos dará un poco el sol.

Siguieron a Héctor hasta el bar de los hermanos, que estaba en la otra ribera, cruzando el puente.

* * *

Al final, debido a la insistencia de Martín, el dueño, se habían sentado en una mesa de la terraza, protegidos del sol por una pérgola de madera. Lena se alegró de contar con algo de sombra, porque no se podía estar cinco minutos al sol sin achicharrarse, y desde allí la vista era preciosa. Tenían el río a unos cinco metros, y enfrente de ellos se veían el ayuntamiento y la biblioteca y, a su derecha, el enorme bosque de castaños.

—Ese bosque es precioso —comentó Lena.

Entonces se fijó en que Felipe parecía incómodo, quizá porque estaban sentados junto a la farmacia.

—¿Has avisado a tu tía de que no ibas a ir a comer?

—Le he mandado un mensaje, pero no me ha contestado.

Martín volvió con los bocadillos y las bebidas y, mientras los dejaba sobre la mesa, sonrió a Lena. Los demás estaban distraídos cogiendo la comida. Ella le devolvió la sonrisa, pero sintió un estremecimiento al hacerlo.

—¿Tu tía abre a las cinco? —se lo preguntó Felipe para que Martín

no siguiera mirándola.

—Normalmente, sí. Hasta las ocho y media o las nueve, depende.

—¡Ah!

—No te preocupes, entiendo que no quieras verla.

Ella lo miró sorprendida y aprovechó que Héctor había entrado al bar con Lisa para comprar un helado.

—Lo siento, pero no me gustan las discusiones, y menos por algo en lo que no tengo nada que ver —dijo Lena.

—Lo entiendo. Está claro que ha perdido la cabeza por el alcalde, y lo peor de todo es que no creo que él tenga ninguna culpa. Mi madre me ha dicho que siempre ha sido así, se ponía como una moto cuando no conseguía salirse con la suya, pero lo de ahora no es normal. Anoche pensé en llamarla para contárselo, pero al final no lo hice.

—¿Cuando llegaste a casa estaba muy enfadada contigo?

—Imagino que sí. Estaba en su habitación y, aunque llamé a la puerta y le dije que ya había llegado, no me contestó. Esta mañana, cuando he salido, ya se había ido a la farmacia.

—Lo siento.

Se quedaron en silencio observando a Héctor, que estaba abriendo el helado para dárselo a la pequeña Lisa. Felipe iba a hacer un comentario divertido sobre la escena, pero las palabras se quedaron congeladas en su boca al percatarse de cómo miraba Lena a Héctor. Eso hizo que se decidiera a hacer algo que, de otra manera, jamás habría hecho.

Cuando Lisa volvió, Lena la acompañó al colmado. Columba estaba sentada en un taburete, leyendo un periódico sin las gafas que llevaba siempre. Lena se sorprendió al verla vestida de negro todavía, como en el entierro.

—¿Qué haces por aquí, bonita?

Lena se apoyó en el viejo mostrador y observó que Lisa paseaba entre las estanterías llenas de comestibles, material de papelería y productos que ninguna de las dos sabía para qué servían.

—Necesitamos unos cuadernos y unos bolis, ¿verdad, Lisa?

La niña asintió y siguió observando las estanterías abarrotadas.

Columba se inclinó hacia Lena.

—Esa niña me recuerda a alguien... —susurró—. ¿Quiénes son sus padres?

Lena hizo un gesto de extrañeza.

—Todavía no los conozco, pero no son del pueblo, son unos veraneantes.

—Ve a ayudarla, porque si no os vais a quedar aquí toda la tarde. Los cuadernos están debajo de las latas de fabada.

Mientras Lena se dirigía hacia la pequeña, Amelia y Belén entraron y se acercaron a Columba, sonriendo como dos serpientes a punto de atacar. Lisa tiró de la camiseta de Lena para que se agachara.

—¡Son las brujas! —susurró.

Lena asintió y frunció el ceño en su dirección, pendiente de ellas por si le hacían algo a la anciana. Tenían el pelo más negro que había visto nunca y su textura le recordó a las plumas de un cuervo. Entonces la más alta de las dos (¿Amelia?) se volvió hacia ella como si hubiera escuchado algo. Lisa, asustada, se abrazó a su cintura.

—¡Qué monas! —exclamó una de las mujeres sin dejar de mirar a Lena.

Columba entrecerró los ojos ante el tono de desprecio. Iba a decir algo cuando Belén le susurró algo a Amelia que hizo que la mirada despectiva de esta se transformara en miedo. Entonces se dieron la vuelta y se marcharon.

Cuando Lena y Lisa se acercaron a Columba, esta seguía mirando la puerta por donde se habían marchado.

—¿Qué querían?

—No lo sé, no han llegado a pedir nada

—¡Qué raro!

—Sí, esas dos me dan muy mala espina. No me han gustado desde el primer momento en que las vi. Bueno, no le gustan a nadie.

—¿Llevan mucho aquí?

—Unos meses, pocos. Pero no son buenas, y te han mirado de una forma muy extraña.

—Sí, muy rara. Bueno, vamos a buscar esos cuadernos, Lisa.

Eligió dos aconsejada por la niña, así como dos bolis, y pagó a Columba, que le regaló a Lisa una libreta pequeña.

—Para que escribas lo que quieras.

—¡Qué bonita! ¡Gracias!

Columba le entregó a Lena una bolsa con las compras.

—¿Dónde está Deirdre?

—Se ha quedado en casa, creo que esta noche saldremos a cenar.

—¡Qué bien! Dile que me llame.

—¿Y tú cómo estás?

Columba la miró a través de los gruesos cristales de las gafas, que de nuevo llevaba puestas.

—Echándolo mucho de menos, pero la vida es así. ¿Has visto a los guardias? Están siempre en el merendero. Deben de creer que por estar ahí van a pillar al asesino. Ese cerdo ya debe de estar en Brasil.

—¿Tú crees?

La vieja asintió con convencimiento.

—Con la cantidad de inútiles que tenemos ahí fuera...

Al salir, Lena miró hacia el merendero, pero la palloza bloqueaba la visión casi por completo.

Después de la comida, el espíritu investigador del grupo había desaparecido, así que al cabo de un rato se fueron a casa. Estaba dejando la bici en el jardín delante de la casa de Deirdre cuando recibió un mensaje de Felipe, en el que él decía que tenía que hablar urgentemente con ella y que no se lo contara a nadie. Miró el reloj, eran las cinco y media y, aunque no le apetecía nada, accedió y le preguntó dónde quería quedar.

Deirdre estaba distraída en el huerto, así que volvió a coger la bici sin decir nada y condujo hasta la parada del autobús de la carretera. Pedaleó despacio, disfrutando del sol en la cara y del aire que se había levantado. Cuando llegó, se sentó a esperar en el banco de la parada. La moto de Felipe apareció poco después y frenó a su lado, haciendo saltar algunas piedras y tierra del camino.

Felipe la saludó después de quitarse el casco. Al ver su cara, Lena adoptó un semblante serio.

—¿Ocurre algo?

Él asintió y se sentó a su lado con la mirada perdida en el horizonte.

—Hay algo que tengo que decirte. No te va a gustar, pero me siento horrible por ocultártelo.

—¿Es algo malo?

—Quizá para ti, sí. Sé que me voy a llevar todos los palos del mundo por esto, pero no puedo seguir viendo como te toma el pelo. ¡Joder, sabía que esto iba a pasar! En cuanto te conocimos y vi cómo te miraba...

—¿De quién hablas?

—¿De quién va a ser? De Héctor.

Lena se puso colorada, convencida de que iba a decirle que le gustaba a su amigo y azorada porque veía cómo la miraba Felipe, pero estaba equivocada.

—Escucha, Lena, él no es como tú crees. Está acostumbrado a que lo persigan las chicas, y no se toma a ninguna en serio. Hasta ahora eso no me había importado, pero...

—Felipe, no sigas. Sé que ha debido de salir con muchas chicas, ni me imagino cuántas, y te agradezco que me avises...

—¡Tiene novia! —exclamó, y luego bajó la voz para añadir—: Y no va a dejarla, Lena.

Ella lo miró, incrédula.

—¡Alguien del pueblo me lo habría dicho!

—Olvidas que nadie piensa que tengáis nada, porque las veces que os habéis visto, hemos ido todos juntos. Vi cómo te besaba el otro día, pero los otros no lo saben. Les dije que tenía ganas de mear y os seguí. Vi cómo te acorralaba contra un árbol hasta que cediste. Es amigo mío, Lena, pero no te fíes de él.

—Está bien, ya me lo has dicho.

No quería derrumbarse, pero en ese momento se sentía humillada y avergonzada. Necesitaba estar a solas.

—Hay algo más.

—¿Más?

—Sí, te ha estado utilizando para conseguir información porque el padre de Diana, su novia, está liado con Natalia y quieren saber lo

que piensa la poli. Es un arquitecto leonés muy conocido y sigue casado a pesar de que está con Natalia desde hace varios años.

Lena se levantó decidida y cogió su bici. No aguantaba más mentiras.

—¿Qué haces?

Se colocó delante de ella para impedir que se marchara.

—Tengo que irme, Felipe. Déjame.

Él sujetaba con fuerza el manillar de la bicicleta, enfadado al verla llorar.

—¡Olvídate de él! No es buen tío, Lena, te mereces a alguien mejor. —Ella asintió, mordiéndose el labio, y él se inclinó para que viera la verdad en sus ojos—. Yo estoy aquí, Lena, y no te haré sufrir. Nunca.

Luego se apartó para que pudiera irse, y ella pedaleó con furia hasta la casa de Deirdre.

Capítulo 8

Estaba oscureciendo y tenían que volver al pueblo, pero no lo harían hasta ponerse de acuerdo. Ninguno de los dos entendía cómo era posible que Flo los hubiera visto en el castañar sin que se dieran cuenta.

—Vamos a tranquilizarnos. Aunque haya visto las cajas, no sabe lo que hay dentro. ¿Qué puede contar? —Frunció el ceño mientras golpeaba suavemente el volante con el índice y daba una larga calada al cigarro—. Es raro que no viéramos su coche y, conociendo a la farmacéutica, no creo que viniera hasta aquí andando...

—¡Déjate de rollos! ¡Esto es un problema, y gordo! No sé a qué viene tanta historia, nos la cargamos y ya está. Mira, ahora estamos en el momento más delicado del negocio y encima tenemos que solucionar lo del castañar antes de que lleguen las subvenciones. ¡No voy a consentir que nos quiten todo esto!

Señaló los árboles que los rodeaban.

—Lo sé, lo sé, tranquilízate. Esto es nuestro y nadie va a quitárnoslo.

—Estamos de acuerdo, entonces.

—¿Pero tú crees que podemos fiarnos? La paleta que lo va contando es medio tonta...

—Sabes que sí.

—Tienes razón, a nosotros no nos mentiría. —Pegó una última calada al cigarro y lo tiró por la ventanilla—. Muy bien, ¡hagámoslo! Aunque no creo que, después de lo ocurrido con el retrasado, sea

buena idea atraer más atención sobre el pueblo.

—Ya, ¿pero y si por esperar descubren el tinglado?

El hombre se lo pensó un minuto.

—Sí, tienes razón. No nos podemos arriesgar.

Arrancó el coche y salieron del bosque en dirección al pueblo.

* * *

—¿Estás segura de que queréis que os acompañe?

Lena no tenía ganas de salir después de la confesión de Felipe. Aunque creía que le había dicho la verdad, esperaría a hablar con Héctor antes de coronarlo como el mayor cerdo de la localidad, y seguramente de la provincia. Mientras tanto, intentaría apartar la humillación a un rincón de su mente.

—¡Sí!

Deirdre estaba en el aseo del pasillo pintándose los labios. Hacía mucho que no se maquillaba y estaba usando, con cuidado, parte de lo que había en su olvidada bolsa de maquillaje.

—¡Qué guapa! —Lena se colocó detrás de ella—. ¿Al final viene Columba?

—No, dice que está cansada y que se va a acostar pronto. ¡Ya está!

Se miró los labios, ahora de un suave color rosa. También se había puesto un poco de sombra de ojos y se había echado perfume. Giró la cabeza para examinar su cara desde todos los ángulos.

—¿Seguro que no me he pasado?

—Estás muy guapa, tienes un pelo precioso.

—Sí, seguro. Todo blanco, precioso.

—¡Es bonito! Suave y esponjoso.

Lena escuchó su teléfono y no pudo evitar hacer una mueca.

—Cógelo, será tu padre.

Ya la había llamado dos veces ese día para decirle que quería ir a buscarla, por eso se tranquilizó al ver el nombre de su hermano en la pantalla. El día anterior la había llamado para decirle, muy emocionado, que era la primera persona a la que llamaba con su nuevo móvil. Sus padres se lo habían comprado para que hablara con

Lena cuando quisiera.

—¿Qué pasa, pequeñajo?

Rio a carcajadas al escuchar su contestación. Deirdre, que la miraba sonriendo, se sobresaltó al oír el timbre de la puerta. Julio venía a buscarlas. Sonrió al verla maquillada.

—Estás muy guapa. ¿Estáis listas?

—Sí, pero tenemos que esperar un momento. Lena está hablando por teléfono.

—¡Ah! ¿Está distraída? —Miró hacia la cocina, desde donde les llegaban las risas de la chica, y sonrió con travesura—. Entonces, ven aquí.

El alcalde la agarró de la cintura y entró con ella en el salón para robarle un beso, pero ella se separó de él sonriendo.

—¡Estate quieto, por favor! Mira, ahora tú también llevas los labios pintados. —Le limpió el color con el pulgar—. Pareces un adolescente.

—No me extraña, porque así es como me siento, teniendo que robarte los besos a escondidas. Solo lo aguanto porque sé que luego dormiremos juntos.

Deirdre le pidió que se callara con la mirada, porque no quería que Lena supiera que, desde lo ocurrido con Flo, Julio pasaba todas las noches en su cama. Oficialmente era para protegerlas, pero a estas alturas ella ya no necesitaba ninguna justificación.

Salió al pasillo seguida por Julio, que sonreía enamorado hasta las trancas, admirando su esbelta figura embutida en unos vaqueros y una camiseta rosa con lentejuelas.

—Lena, Julio ya está aquí.

La adolescente se despidió de Conlan y le prometió que lo llamaría al día siguiente. Como siempre, se montó en el asiento trasero del coche de Julio y comprobó su móvil. No había ningún mensaje del grupo de la Pandilla de la Ardilla, pero sí uno personal de Felipe en el que le decía que iba a salir con unos amigos por León. Ella le había contado que iban a cenar a la palloza, muy cerca de la farmacia. Mientras guardaba el móvil en el bolso, escuchó la conversación de Deirdre y Julio.

—¿Se sabe algo más?

—No, y pueden tardar meses en averiguar algo. Ahora están investigando aquel asesinato de Galicia. La víctima fue un capo gallego, y el entorno de esa gente no olvida. Lo de Ramón podría ser una venganza. De hecho, es lo que parece. Aquí hay mucha gente que ha trabajado en Galicia y ha vuelto al pueblo tras jubilarse.

Deirdre lo miró extrañada.

—El asesinato de Galicia fue hace veinticuatro años, ¿no?

Él asintió sin mirarla, concentrado en conducir por la oscura carretera. Había que ir con cuidado, porque a veces se cruzaban ardillas, zorros e incluso algún jabalí en el camino.

—Ya sé que a los vecinos del pueblo no les importa que aquí no se vea nada y que se niegan a que instalemos farolas por el coste, pero me da igual. Esto no puede seguir así. En estas urbanizaciones vive el doble de gente que en el casco urbano, así que después del verano ordenaré que las instalen, aunque se cabreen.

—Me contaste que estuviste trabajando en Pontevedra bastantes años, ¿no? —preguntó Deirdre.

—Sí. Pasé más de diez años allí con mi mujer y mis hijos, al comienzo de mi carrera.

A Lena, que miraba por la ventanilla, se le pusieron los pelos de punta. Al mirar a Julio y ver su expresión, su preocupación aumentó.

—¿Qué quieres decir, Deirdre?

—Nada, solo tenía curiosidad por saber si vivías allí cuando ocurrió el asesinato —dijo la anciana, sorprendida al ver que él se había enfadado.

Su voz fue extremadamente monótona cuando contestó:

—Sí, con mi familia —recalcó—. Te recuerdo que yo fui quien le dijo a Mariano que este asesinato me recordaba a otro ocurrido en Galicia, por eso lo están investigando.

—No te enfades, Julio. Era solo curiosidad.

Él no contestó y enseguida llegaron al aparcamiento de la palloza. Lena decidió que pensaría más tarde en esa conversación y decidiría si se había equivocado con el alcalde.

Eloi y Máximo eran dos anfitriones encantadores, elegantes y

simpáticos que siempre tenían una sonrisa en la boca. Los sentaron en la mejor mesa y Eloi les tomó nota mientras Máximo les traía una botella de vino, que según dijo era la mejor que tenían.

—No sabía que os llevarais tan bien —dijo Deirdre.

Lena aprovechó para observar la extraña construcción circular. El suelo estaba cubierto por baldosas de barro y el tejado se componía de ramas y paja, exactamente igual a como se hubiera construido siglos atrás, según le explicaron. Era más grande de lo que parecía por fuera; había por lo menos cincuenta personas cenando.

En el centro del comedor había un único fuego, bastante alejado de las mesas, sobre el que descansaban una parrilla y un horno. Pero lo más sorprendente fue ver a Benita delante de la lumbre. La asistente de Julio se había puesto un delantal rosa y estaba muy colorada debido al calor. Los saludó con la mano al verlos.

—Llevan bastante tiempo pidiéndome que les venda el soto que heredé de mi familia —dijo Julio, respondiendo al comentario de Deirdre.

Lena decidió no preguntar y lo buscó en Google: «Soto: terreno poblado de árboles y arbustos generalmente situado a la orilla de un río». Volvió a leerlo, incrédula. Tenía que referirse al enorme bosque que poblaba toda la zona. Ahora entendía el nombre del pueblo: Soto del Castañar. Cuando volvió a la realidad, Deirdre miraba a Julio con el ceño fruncido.

—¿Y eso? ¿Para qué lo quieren? —preguntó mientras trataba de ensartar una enorme aceituna que les habían traído como aperitivo con un palillo—. Creía que los castaños no eran un buen negocio.

Julio sonrió al pinchar una de las aceitunas y le guiñó un ojo antes de entregársela. Luego hizo lo mismo con otra y se la dio a Lena.

—Hasta ahora, no. Pero la situación está cambiando. —Bajó la voz para que no lo escucharan en el resto de las mesas—. Desde hace unos años, los castaños de toda Europa están enfermando por culpa de una avispa procedente de China. Han ido invadiendo nuestro continente poco a poco hasta llegar a España, donde han entrado por Galicia, que ya está afectada en un 95 por ciento. Afortunadamente, la zona de El Bierzo todavía no está perjudicada. —Se calló cuando

apareció Máximo con el vino.

Deirdre colocó la mano sobre la copa de Lena y negó con la cabeza para que no la sirviera y, a pesar de que ella le puso cara de pena, no coló. Cuando Máximo se fue, Julio continuó en voz baja:

—Enseguida entenderéis por qué os explico todo esto. Los bosques afectados por ese bicho se ven perjudicados en un 80 por ciento, por lo que los castaños sanos de Europa han multiplicado su valor. Se espera que en pocos meses la Unión Europea entregue subvenciones importantes a los propietarios para incentivar su protección.

—Por eso son tan amables contigo.

Julio asintió mientras saboreaba el vino con cara de placer.

—Hay que reconocer que Máximo sabe de vinos. Pruébalo, Deirdre.

Ella lo hizo y arrugó un poco la nariz.

—Lo siento, me acabo de acordar de que no te gusta.

—No demasiado, pero no importa —contestó.

Los dos se giraron al escuchar a Benita, que estaba de pie junto a la mesa.

—¡Buenas noches! Creía que no podría separarme ni un momento del fuego, pero ya estoy aquí. No sabes las ganas que tenía de hablar contigo desde ayer, Deirdre, pero me ha sido imposible. Así que cuando te he visto, me he llevado una alegría. ¿Os importa que me siente un momento?

Lo hizo sin esperar contestación.

Lena no podía ni imaginarse lo que ocurriría en su casa si la señora de la limpieza se encontraba con su madre en un restaurante y le pedía sentarse a la mesa. Estaba segura de que le daría un ataque, pero esto parecía normal en el universo paralelo en el que estaba pasando esos días.

—Perdonad que os moleste, pero en la temporada de verano estoy muy liada por las noches, así que es difícil que nos veamos. Y esto no es algo que se pueda hablar por teléfono.

Julio apretó los labios, intentando contenerse para no pedirle que se levantara de la mesa, porque estaba seguro de que iba a contar

algún cotilleo y, por cómo miraba a Deirdre, se imaginaba lo peor. Benita era buena persona, pero no podía resistirse ante un chismorro.

—Di lo que tengas que decir, Benita. —Era evidente que Deirdre tampoco tenía ninguna esperanza acerca de las palabras de Benita.

Deirdre bebió un poco de agua y Lena hizo lo mismo con su refresco, muy intrigada.

—Verás, ayer estuve en la iglesia, ya sabes que era día de confesión. Como don Melchor tiene que repartirse entre cuatro pueblos, solo viene un día a la semana, y yo aprovecho para ir. —Lena puso los ojos en blanco, esperando que llegara al tema antes de que terminara el siglo—. Bueno, el caso es que delante de mí estaba confesándose la farmacéutica y, aunque me senté a una distancia normal, no pude evitar escucharla, porque se levantó y empezó a gritar. —Miró a su alrededor antes de continuar y a Lena le pareció que lo hacía para asegurarse de que la escuchaban en las mesas cercanas—. Te llamó furcia irlandesa.

Los ojos de Deirdre llamearon un segundo.

—¿Algo más? —preguntó con voz tranquila.

Benita, decepcionada por la poca emoción que había despertado su confidencia, hizo un gesto con la mano, como si el resto de la conversación no fuera tan jugosa.

—Bueno... También dijo que había presenciado un delito en el castañar, aunque no aclaró cuál y yo creo que se lo inventó para darse importancia. Don Melchor intentó que se explicara, pero ella no supo qué decir, por eso creo que estaba mintiendo. El cura también se dio cuenta y le dijo que lo denunciara a la policía, pero Flo se enfadó mucho y le contestó que ya había intentado hablar con Julio, pero que él no había querido escucharla porque estaba obsesionado contigo. Entonces fue cuando te insultó.

Julio tenía las manos apretadas en sendos puños y Deirdre, para evitar montar una escena, decidió centrar la conversación en el otro tema.

—¿No recuerdas si dijo a quién había visto en el castañar?

Benita pareció decepcionada por la pregunta.

—Solo escuché lo que os he contado. Después se fue; daba miedo verla, parecía estar endemoniada. Todos sabemos por qué se comporta así.

Miró a Julio y a Deirdre, pero, al ver que no conseguía ninguna reacción, se levantó con un suspiro.

—Bueno, tengo que seguir con mi trabajo. Espero que hayáis pedido carne, porque hoy está buenísima.

Se marchó después de sonreír a Lena, dejando un gran silencio tras ella que rompió Deirdre.

—No le hagas caso, es posible que se haya inventado la mitad.

Deirdre dio un buen trago al vino sin pensar.

—Estoy harto de este tema —contestó Julio con los ojos entrecerrados.

—Ya se cansarán.

—Sí, eso pensaba yo, que me dejaría en paz tarde o temprano.

Deirdre le miró y, por primera vez, se puso en su lugar.

—Lo siento, nunca me había dado cuenta de lo incómodo que debe de ser para ti.

—Bastante. Y ni siquiera sabes todo lo que ha pasado. Una vez me la encontré medio desnuda en mi habitación...

Lena pensó que se le saldrían los ojos de las órbitas, pero a Julio no le dio tiempo de terminar la anécdota.

—Buenas noches —los saludó Mariano—. He pasado a tomar un café. ¿Os importa que me siente con vosotros?

Lena no podía creer en su suerte. ¡Quizá se le escapara algo sobre la investigación!

—¡Claro, siéntate! ¿No quieres cenar algo? —Julio señaló la cuarta silla, que acababa de dejar libre Benita, y levantó una mano para pedir su café.

—No, no. Muchas gracias, pero no puedo. Tengo guardia en la plaza y si como algo, me entrará sueño.

Él y Julio intercambiaron una mirada y Lena estuvo segura de que se comunicaron de alguna manera sin mediar palabras, algo que ya los había visto hacer en otra ocasión.

—No sabía que ibais a vigilar la zona tantos días. ¿Es normal? —

preguntó Deirdre.

Mariano no contestó, porque los distrajo una pequeña explosión procedente del fuego. Vieron a Benita gritar y correr aterrorizada lejos de las llamas, que habían crecido y alcanzaban el techo del restaurante.

—¿Qué ha sido eso?

Julio y él ya se habían levantado cuando se escuchó una segunda explosión, mucho más fuerte, que destrozó el horno y provocó que salieran volando esquirlas metálicas candentes y trozos de madera en llamas en todas las direcciones, que hirieron a varias personas. Con el techo y el horno ardiendo, Julio y Mariano levantaron a Deirdre y a Lena y las sacaron fuera a empujones.

—¡Alejaos! ¡Ahora! —gritó Julio antes de volver a entrar.

Deirdre la cogió de la mano y corrió con ella hasta distanciarse lo suficiente, y allí se quedaron, petrificadas, mirando el fuego en el tejado y los grupos de gente que salían entre la humareda. Deirdre llamó a los bomberos. En cuanto colgó, el techo ardió por completo y comenzó a derrumbarse. Las llamas bajaban lamiendo la pared, muy cerca de la entrada. Dentro de poco, no podría abandonar el lugar nadie más. En ese momento salió el último grupo de personas, entre los que se encontraban Mariano, Máximo y Julio. Alejaron a la gente del fuego e intentaron ayudar a los heridos. Deirdre y Lena hablaron con algunos para intentar tranquilizarlos y Eloi repartió botellas de agua, porque muchos tenían pequeñas heridas o quemaduras, o tosían a causa del humo.

—Espera aquí, voy a buscar a Flo. Es la única a la que podemos recurrir ahora mismo.

—¿Quieres que vaya yo?

—No, no creo que se niegue a ayudar porque esté enfadada conmigo —dijo Deirdre, y echó a correr hacia la farmacia.

Lena vio a un par de vecinos grabar la escena con el móvil. Tuvo que alejarse todavía más de la palloza porque había empezado a toser. Del restaurante salía un humo negro que no le dejaba respirar. Julio se acercó a ella. Una quemadura cubría el dorso de su mano derecha, donde se le estaba formando una gran ampolla.

—¿Dónde está Deirdre?

Ella señaló la farmacia, que se encontraba a unos cincuenta metros, y fue consciente de que debería haber vuelto ya.

—Ha ido a buscar a Flo, pero ya debería haber vuelto.

Tras un instante de pausa, Julio soltó una maldición y salió corriendo. Lena lo siguió.

El cierre estaba abierto, como si Flo hubiera dejado pasar a alguien conocido. Julio entró llamando a Deirdre y Lena lo siguió con el presentimiento de que había sucedido algo malo. Estuvo a punto de tropezar con la espalda de Julio cuando este se detuvo en seco. En el centro de la farmacia, tumbada sobre un enorme charco de sangre y con una herida en el pecho, se encontraba Flo. Deirdre estaba tirada a un metro escaso de ella con un cuchillo en la mano.

—¡Dios!

Julio se arrodilló junto a Deirdre y le tomó el pulso en el cuello. Luego le quitó el cuchillo de la mano y comenzó a palparle con suavidad la cabeza, hasta que retiró la mano llena de sangre de la nuca. Lena sintió que se le revolvía el estómago.

—Es mejor que salgas. Pareces a punto de desmayarte y no puedo ocuparme de ti.

—No voy a desmayarme. ¿Flo está muerta?

Lena respiró hondo. Un sudor frío le bajaba por la espalda.

—Sí, ahora lo comprobaré, pero creo que no respira. Lena, necesito que busques a Mariano y que le digas que venga enseguida.

Deirdre gimió, pero no se movió. Julio le tomó el pulso a Flo, aunque enseguida volvió junto a Deirdre, por lo que Lena imaginó que la farmacéutica estaba muerta.

—¡Lena, ve a buscar a Mariano! —gritó al ver que no se movía.

Ella corrió como nunca en su vida mientras se tapaba la boca para no vomitar. Lo encontró junto a los bomberos y se lo contó todo a trompicones. Más tarde se daría cuenta de que, mientras hablaba con él, había tenido un ataque de histeria.

Lo que ocurrió a continuación le pareció todo una locura.

Lena se arrodilló junto a Deirdre, delante de Julio, mientras Mariano volvía a comprobar que Flo estaba muerta.

—¡Joder! ¡Vaya mierda! ¿Cómo está Deirdre?

Julio tenía muy mala cara. Lena miró la ampolla que tenía en la mano y pensó que a Deirdre le gustaría que se ocupara de él. Además, sentía la necesidad de hacer algo, porque si seguía mirando el rostro inexpresivo de Deirdre le iba a dar otro ataque.

Se puso de pie y se dirigió a la trastienda de la farmacia, donde buscó entre los medicamentos hasta encontrar el que usaban en casa para las quemaduras. Se arrodilló junto a Julio.

—Extiende la mano, por favor.

Él la miró con el ceño fruncido, pero lo hizo.

—No es necesario, enseguida vendrán los técnicos sanitarios — dijo Mariano, pero se calló en cuanto vio la ampolla.

Lena roció el espray de forma generosa sobre la quemadura.

—¿Qué es eso?

Julio observó como se formaba una especie de costra de hielo en la mano que le calmó el dolor al instante. Pasados unos segundos, la capa se deshizo y se escurrió en forma de líquido hasta el suelo. La mano le volvió a arder.

—Refresca la quemadura sin dañar la piel, pero como todavía está caliente, se deshace enseguida. Hay que insistir.

Le cogió la mano con cuidado y volvió a rociarla. Mariano se puso en cuclillas junto a ellos.

—¿No se ha movido? —le preguntó a Julio.

Él negó con la cabeza.

—Le han dado un golpe tremendo en la nuca. El asesino ha debido de hacérselo aprovechando que estaba de espaldas. Por cómo ha caído, seguramente estaba agachada, comprobando si Flo estaba muerta.

—¿Alguno de los dos habéis tocado el cuchillo?

Julio asintió sin mirarlo mientras volvía a comprobar el pulso de Deirdre.

—Deirdre lo tenía agarrado y se lo he quitado por miedo a que se hiciera daño.

—¡Joder, Julio! ¿Y no has cogido ni siquiera un pañuelo para hacerlo? Parece mentira...

Con unos guantes de látex, Mariano metió el cuchillo en una de las bolsas de plástico que le había traído otro guardia civil.

Lena seguía arrodillada junto a Deirdre, sin atreverse a tocarla, cuando la mujer gimió y abrió los ojos.

—Amor mío, ¿cómo te encuentras? —preguntó Julio con una voz que no parecía la suya.

Ella intentó tocarse la nuca, pero el alcalde sujetó su mano con suavidad.

—Espera a que te vea el médico —dijo. No quería que se asustara al ver la sangre.

—Me duele la cabeza.

Lena cogió un flotador amarillo que regalaban con un bronceador y, con la ayuda de Julio, se lo colocaron a modo de almohada.

—Es normal, te han dado un buen golpe. ¿Has visto quién ha sido?

—No, solo recuerdo estar inclinada sobre Flo. —Le tembló la voz—. Está muerta, ¿verdad?

—Sí.

Lena se agachó para que la viera y Deirdre levantó la mano para rozar con ella su mejilla.

—¡Ay, menos mal que estás bien!

Cuando llegaron los de la ambulancia, el alcalde aprovechó para hablar en un rincón con Mariano. Lena escuchó decir al guardia civil que, de momento, no podía descartar a Deirdre como sospechosa. Julio lo miró como si quisiera estrangularlo. Después, susurró algo en voz baja y el guardia civil se quedó mirándolo unos segundos, pero finalmente asintió.

Para una ávida lectora de novelas policíacas como Lena, estaba claro que la principal sospechosa del asesinato era Deirdre. Aparte de su mala relación con la víctima, el que la hubieran encontrado con el cuchillo en la mano al lado del cuerpo no era precisamente un punto a su favor. Pero no iba a consentir que le cargaran con el muerto, nunca mejor dicho. Sabía que ella no había sido, así que se iba a enterar de quién narices estaba asesinando a la gente del pueblo. Estaba decidida a resolver aquel enigma.

Capítulo 9

Había salido a montar en bici para despejarse un poco, porque estaba hecha un lío. Deirdre se había quedado tumbada en el sofá acompañada por Julio. Habían estado tres horas en urgencias y el médico había recomendado que reposara al menos durante un día.

Desde que Lena había llegado al pueblo, había descubierto que en realidad sí le gustaba montar en bici. Le ayudaba a pensar, siempre que circulara por un terreno llano, claro, porque no estaba lo bastante en forma para subir demasiadas cuestas. Cuando llegó a la recta que conducía a casa de Deirdre, frenó y miró a su derecha. Algo le hizo girar tomar esa dirección. Y ese algo también le hizo ir más despacio. Unos metros después, escuchó una discusión entre un hombre y una mujer que hizo que se detuviera junto a un chalé. Se pegó al muro de hormigón que rodeaba la casa.

—¡No! ¿Me vas a dejar ahora que han matado a mi hermano? Si lo haces, lo contaré todo... —Lena apenas entendía a la mujer porque sus palabras estaban entrecortadas por los sollozos.

—¡No se te ocurra amenazarme! —La voz del hombre era, en cambio, mucho más fría—. Sabes que esto se acabó hace tiempo. Natalia, acéptalo de una vez.

—¡Qué fácil es para ti! Solo tienes que elegir a una mujer nueva y abandonar a la anterior sin remordimientos.

—No tengo tiempo para escuchar cómo te haces la víctima, ya sé que se te da muy bien. Tengo que irme, pero si le cuentas a la guardia civil lo de aquel día, no tendré más remedio que destapar la

verdadera relación que tenías con tu hermano. No parece que te consideren sospechosa, pero eso puede cambiar en cualquier momento. Al fin y al cabo, tú eres la más beneficiada económicamente por su muerte. Dudo que sepan que, al morir Ramón, heredarás el fondo millonario que habían dejado vuestros padres para cuidar de él.

Lena abrió los ojos de par en par y escuchó un golpe fuerte.

—Te devolvería la bofetada, pero seguro que me denunciarías. Eres de ese tipo de mujeres.

—¡No, no te vayas, Miguel! ¡Por favor!

Él dejó la puerta de la verja abierta al salir y subió al coche con el rostro contraído. Natalia salió corriendo y se colocó delante del automóvil. Él arrancó y aceleró, aunque sin avanzar. Lena observó asustada como Natalia se pegaba a la parte delantera del vehículo y le provocaba para que la atropellara mientras lloraba como una loca.

Estaba segura de que él lo haría, así que tiró la bici y salió corriendo hacia ella agitando los brazos.

—¡Natalia, apártate!

La hermana de Ramón la miró como si fuera un fantasma. Lena la cogió del brazo y la empujó hacia un lado, aprovechando su desconcierto.

—Vamos, deja que se vaya.

Entonces miró al hombre de frente. Él giró el volante para salir al camino y se fue.

Media hora después, estaban sentadas en la cocina y Natalia se había tranquilizado. Lena aún no le había preguntado nada, aunque se moría de ganas de hacerlo.

—Siento el espectáculo que ha dado.

—No te preocupes, es normal que estés nerviosa. No me imagino nada peor que perder un hermano. Yo también tengo uno, y creo que me volvería loca si le pasara algo.

—Sí. Vivir con Ramón a veces era difícil por su forma de ser, pero yo lo quería mucho. Discutíamos muy a menudo, pero daría lo que fuera por que no se hubiera ido. Además, no puedo soportar pensar que...

—¿Qué? —la animó.

—La noche anterior a su muerte, vino a casa y discutimos porque Miguel estaba aquí.

Lena asintió para alentarla a que siguiera hablando, pero, antes de que dijera nada, sonó un timbre.

—Es el de la verja, pero no espero a nadie. —Descolgó el telefonillo, para preguntar quién era—. Ahora mismo salgo. ¿Te importa esperar un momento, Lena? Hay dos chicas que quieren hablar conmigo, las de la casa rural.

—¿La que está al lado del cementerio?

—Sí, seguramente será para darme el pésame. ¿Te importa que te pida un favor? Si ves que tardo mucho, llámame. No creo que hoy pueda aguantar a nadie durante mucho tiempo.

—Claro, no te preocupes. Escucha, no te conozco casi y esto que te voy a decir no es lógico, pero... esas chicas no me gustan, creo que son peligrosas. Ten cuidado.

Natalia la miró sorprendida, pero luego asintió.

—Me estás asustando. Mira, voy a dejar la puerta entornada para que escuches lo que hablamos, por si acaso.

Cuando salió, Lena se escondió detrás de la puerta, desde donde podía escuchar la conversación y ver a Belén y Amelia por la apertura de la puerta.

—Teníamos muchas ganas de conocerte, Natalia —dijo Amelia, la más alta de las dos y la que se había dirigido a ella en el colmado—. Queríamos decirte que sentimos mucho lo de tu hermano.

—Muchas gracias. ¿Lo conocíais?

—Solo de vista, pero parecía encantador. Nos gustaría ayudarte. Podemos ofrecerte un tipo de consuelo que nadie más puede darte.

—¿A qué te refieres?

—A que puedas volver a comunicarte con Ramón. Mi amiga Belén es una médium muy poderosa y yo soy su ancla en la Tierra. Me encargo de que a nuestras sesiones solo acudan espíritus benévolos.

Lena estuvo a punto de llamarla, pero Natalia reaccionó con rapidez.

—No me interesa. Muchas gracias, pero no creo en esas cosas.

—No es cuestión de creer o no. La otra dimensión existe... ¡No te vayas, Natalia! ¡Si lo haces, te arrepentirás! —La voz de Amelia se había vuelto dura y maligna.

—¿Qué quieres decir? —Por su tono, podía adivinarse que Natalia estaba asustada. Lena pensó rápidamente en cómo conseguir que se fueran.

—Estamos aquí porque tu hermano nos ha enviado. Tiene que hablar contigo lo antes posible y tu obligación es aceptarlo. Quiere decirte quién lo mató y por qué, y no descansará hasta lograrlo. Pero para poder hacerlo tienes que recibirnos en tu casa.

Lena abrió la puerta con el móvil pegado a la oreja, como si estuviera hablando con alguien, se acercó a Natalia y le ofreció el teléfono.

—Natalia, es Mariano de la Guardia Civil, dice que viene para acá, que es urgente.

La dueña de la casa, pálida, subió las escaleras y se metió dentro con el móvil pegado a la oreja. Lena se quedó mirando a Amelia, que entrecerró los ojos

—Estoy cansada de que me estropees los trabajos. ¿Quién eres?

Lena sintió un fuerte sabor metálico en la boca, acompañado de un calor sofocante que le recorrió el cuerpo y que provocó que le ardieran las manos. Guiándose por el instinto, las levantó. Sobre las palmas vueltas hacia arriba flotaban dos bolas de fuego. Al verlas, Belén y Amelia salieron corriendo. Entonces, Lena se miró las manos, que estaban muy rojas, pero no quemadas, a pesar de que le ardían y palpitaban. Subió las escaleras de la casa exhausta y se metió dentro. No daba crédito a lo que acababa de pasar.

Aún tenía el corazón en la garganta cuando encontró a Natalia sentada en el sofá, pálida como una muerta. Y eso que no había visto el numerito que había montado, cual aprendiz de maga.

—¿Las conocías?

Se sentó junto a ella y se obligó a olvidar momentáneamente lo sucedido para reflexionar sobre ello más tarde.

—Directamente no, pero... Ya habrás oído lo que dicen sobre ellas. —Se encogió de hombros—. Yo no creo en esas cosas, pero

cuando estaba hablando sobre mi hermano, me he asustado. Mucho.

—Ya sé que no es un buen momento, pero ¿podrías contarme por qué Ramón estaba tan enfadado contigo?

—Ramón no podía ni ver a Miguel porque sabía que estaba casado y no aceptaba que estuviéramos juntos. El día antes de que muriera, Miguel y yo discutimos porque quería dejarme. Ramón nos oyó y salió de su cuarto. Tuvieron una discusión tremenda. Miguel le dijo algunas cosas terribles y Ramón se marchó, a pesar de que intenté que no lo hiciera. Miguel se marchó poco después. No había vuelto a verlo hasta el entierro y hace un rato ha aparecido para dejar las cosas claras, según él.

—¿Tú crees que pudo tener algo que ver con su muerte?

—¡No! Estoy segura de que no.

—Natalia, creo que deberías llamar a Mariano para contarle lo que me has dicho, y también lo de la visita de Belén y Amelia. Puede que sea importante. ¿Quieres que lo llame yo?

—No, no hace falta, nos conocemos. —A pesar de ello, no parecía gustarle la idea.

Cuando más tarde observó cómo se comportaban los dos, entendió por qué. Mariano y Natalia, juntos en la misma habitación, le transmitían la misma sensación que Julio y Deirdre. Mariano era muy protector con ella, y Natalia no lo miró a los ojos en ningún momento mientras le contaba lo ocurrido con Miguel y el incidente con las médiums.

* * *

Lena había vuelto a casa de Deirdre hacía un rato. Estaba sentada en el porche y hablaba con Noe en voz baja porque Deirdre estaba viendo una película en el salón con la ventana abierta y no quería que la escuchara.

Mariano la había acompañado desde casa de Natalia y le había hecho algunas preguntas a Deirdre con mucha cautela, seguramente por estar en presencia del alcalde. Aún no entendía por qué Mariano lo obedecía, pero era así. Se fueron juntos, sin decir adónde.

No se atrevió a contar a Noe lo ocurrido en casa de Natalia. Todavía le dolían las manos, como si las tuviera muy sensibles. De todas maneras, a su amiga solo parecían interesarle los besos con Héctor en el río. De lo demás, nada de nada.

—Vale, Noe, nos dimos un par de besos y estuvieron muy bien, pero ¿has oído lo que te he dicho de que tiene novia?

—A lo mejor no es feliz con ella —repuso su amiga a la defensiva.

Noe había estado dos meses saliendo con un chico mayor que tenía novia, aunque siempre le decía que la iba a dejar. A Lena no le parecía sincero, pero su amiga no hizo caso a sus consejos. Al final, la dejó tirada y siguió con su novia, por supuesto.

—A mí eso me da igual. —Tiró de la goma para deshacerse la coleta; empezaba a dolerle la cabeza—. No es eso lo que quiero decir, sino que, si yo fuera su novia, no me gustaría que me hiciera esa guarrada, aunque no estuviéramos demasiado bien. Felipe me ha dicho que siguen juntos, y es un buen chico. No me lo diría si no fuera cierto.

—Ya, tía, pues tú verás lo que haces.

—Aunque te parezca increíble, es lo que menos me importa ahora mismo. Ayer estuve hablando con Felipe. Fui a verlo a casa de su tía. Estaba con su madre y me dijo que se va a quedar unos días. Lo vi hecho polvo. Cuando su tía murió seguía enfadada con él, y por eso se siente fatal.

—Ya, pues yo te digo que Felipe lo que busca es que le des bola. Puede que no te haya mentado con lo de Héctor, pero a lo mejor ha pintado las cosas peor de lo que son.

—Mira, Noe, aquí lo único cierto es que Héctor no me dijo que tenía novia y que el padre de esa chica estaba liado con Natalia. ¿Sabes lo que creo ahora? Que me besó para sacarme información, porque al vivir con Deirdre, y por la relación de ella con Julio, podía enterarme de alguna cosa que le pudiera interesar. ¡Seamos realistas! Seguro que piensa que soy una niña y cuando está con su novia se lo pasan bomba a mi costa. —Resopló, cabreada—. ¡Un pueblo tranquilo, sí! ¡Ja!

Levantó la cabeza y frunció el ceño al escuchar el ruido de un

motor.

—Viene alguien por el camino, parece una moto.

—¿No te da miedo que viváis tan aisladas con lo que está pasando?

Se apartó el teléfono de la oreja al ver que la moto se detenía junto a la verja. El motorista la miraba y, aunque no pudo verle la cara hasta que se quitó el caso, ya había reconocido a Héctor. Lena entrecerró los ojos, preparada para la pelea.

—Tengo que colgar. Es él y viene hacia aquí.

—¡Tía, llámame en cuanto se vaya y me lo cuentas todo!

—Adiós, Noe.

El corazón se le aceleró, como le ocurría siempre que lo veía, y se enfadó consigo misma por ello. Dejó el casco en la moto y entró en el jardín sin saludar. Subió los escalones del porche y se plantó frente a ella. Sus ojos grises se clavaron en los suyos, y ella se cabreó aún más al ver que parecía enfadado.

—Tenemos que hablar.

—Por mí, estupendo. Yo también quiero decirte algunas cosas.

Él asintió y fue a sentarse a su lado, pero Lena prefería que Deirdre no los oyera.

—Es mejor que vayamos atrás.

Dieron la vuelta a la casa y solo se detuvieron al llegar a la encina que había junto a la cerca de piedra del jardín trasero. Era un rincón muy bonito, con una mesa de madera de color verde y dos sillas. Se sentaron frente a frente.

—Venga, di lo que tengas que decir —lo animó ella.

Él esperó unos segundos, mientras escogía las palabras.

—Felipe y yo tuvimos una bronca ayer cuando me contó vuestra conversación.

—¿Habéis discutido? ¿Asesinan a su tía y te pones a discutir con él?

Durante un momento pareció algo avergonzado, pero se le pasó enseguida.

—Sí.

—Eres increíble. ¿Te enfadas con tu amigo porque ha sido sincero

conmigo y me ha contado que tienes novia? Algo que a ti no se te había ocurrido decirme, por cierto.

Héctor se inclinó hacia ella.

—Lena, déjame que te lo explique, por favor

—¡No, no quiero que lo hagas! —lo interrumpió, porque no estaba de humor para más mentiras—. No es asunto mío, eso me ha quedado claro. Pero sí me gustaría saber por qué no me dijiste que el padre de tu novia es el amante de Natalia.

—¡Joder! ¿También te ha contado eso?

Ella lo miró sin poder creerse el morro que tenía.

—Héctor, lo vi en el entierro, era solo cuestión de tiempo que me enterara de quién era. —Estaba decepcionada, sobre todo consigo misma por haber sido tan inocente—. Creo que es mejor que te vayas. Sé que has estado perdiendo tu valioso tiempo conmigo para enterarte de lo que pensaban Julio y Mariano. —La expresión de él le confirmó que tenía razón, porque no sabía cómo contestar. No se lo podía creer—. Debe de haber sido muy aburrido para ti. Lo siento mucho, Héctor. —Respiró hondo, porque estaba a punto de ponerse a gimotear como un bebé, y antes de hacerlo se pegaría un bofetón—. Quiero que te vayas. Sé que es muy difícil que no nos veamos en un lugar tan pequeño, pero no quiero que te acerques más a mí.

Lo que menos esperaba después de su intento de discurso digno y adulto era que él diera un puñetazo en la mesa. Lena pegó un bote en la silla.

—¡No! No lo voy a hacer, ¿me oyes? Por lo menos hasta que oigas lo que tengo que decir.

Ella asintió, entrelazando las manos para parecer madura y tranquila, aunque le habría encantado largarse corriendo a su habitación, esconderse y no ver a nadie durante días. Después de darle un buen puñetazo, claro.

—De acuerdo, te escucho.

Héctor se levantó y se paseó un par de veces con las manos en las caderas, respirando agitadamente. Luego se quedó mirando el horizonte mientras Lena entrecerraba los ojos, enfadada al descubrir que seguía pareciéndole guapísimo. Volvió a sentarse ante ella y

recorrió su cara con una sonrisa que ella no tuvo en cuenta, porque sabía lo fácil que le resultaba mentir.

—Cuando te conocí me pareciste una chica muy guapa y sentí curiosidad, pero nada más. A pesar de lo que pueda parecer, hasta entonces nunca había engañado a Diana. Ella se había enterado de lo de Ramón y me llamó preocupada. Su padre le había dicho que había discutido con él el día anterior y tenían miedo de que la policía pudiera pensar algo raro. —Lena sintió que el calor que transmitían sus ojos podía derretirla—. Ese es el verdadero motivo por el que me acerqué a ti, al principio. Tienes razón, lo hice porque creí que podrías enterarte de lo que pensaba la guardia civil y yo luego se lo diría a Di. Pero después de besarnos en el río, dejó de importarme lo que quisieran Diana o su padre.

—Ya has dicho lo que querías. Ahora vete, por favor.

—¿Es que no me crees?

—¿De verdad te piensas que soy tan idiota? —Se levantó, incapaz de seguir sentada, y se cruzó de brazos—. Héctor, por favor, deja de intentar tomarme el pelo y vete.

El chico se levantó y Lena, al ver su expresión, se quedó rígida.

—¿Qué quieres?

La acercó a él con un simple tirón de su camiseta y la besó apasionadamente. Lena lo empujó hasta que se dio cuenta de que no tenía fuerza suficiente para apartarlo, entonces decidió no responder al beso y quedarse quieta como una estatua, pero tampoco pudo hacerlo. «El muy cabrón», pensó Lena. Héctor besaba demasiado bien y, un par de minutos después, lo tenía abrazado por el cuello mientras sus lenguas bailaban juntas. No sabía cuánto tiempo transcurrió hasta que él, con la respiración agitada y el corazón agitándose alocado, apoyó su frente sobre la de ella y susurró:

—¿Crees que puedo fingir esto? ¿No notas cómo estoy? —Lena iba a contestar, pero él se anticipó—. Antes de que me digas que esto me pasaría con cualquiera, déjame decirte que es mentira, al menos en mi caso. Nunca me había sentido así. ¡Y me ha costado aceptarlo, puedes creerme, porque tienes quince años y yo, diecinueve!

Ella también sentía que le faltaba la respiración, pero eso no

cambiaba lo que había ocurrido. Enmarcó su cara con las manos para que le prestara atención.

—Adiós, Héctor —dijo suavemente.

Después de un intenso duelo de miradas, aceptó la derrota con un gesto grave y se fue. Entonces Lena se dejó caer en la silla con las piernas flojas y se miró las manos, que todavía le escocían.

Cuando volvió a la casa, encontró a Deirdre columpiándose en el porche. Se sentó junto a ella. La mujer la miró con una expresión triste y le apretó una mano entre las suyas. Lena apoyó la cabeza en su hombro y dejó que salieran las lágrimas que retenía desde hacía rato.

—Lo siento, cariño —murmuró Deirdre.

Le dio un pañuelo de papel y escucharon juntas el canto de las cigarras y la relajante música del agua corriendo en el río mientras Lena lloraba en silencio.

* * *

Habían pasado dos días y ya no podía retrasar más la llamada. Su padre había tenido mucha paciencia, era cierto, pero había querido esperar hasta estar segura de que Deirdre se encontraba mejor. Hoy era el primer día que ella y Julio se habían ido a dar un paseo y por eso podía hablar con tranquilidad. Aún no le había dicho a Deirdre que había decidido volver a Madrid, porque le parecía que era mejor hablar primero con su padre. Pero, cuando cogió el móvil, se percató de que había estado retrasándolo inconscientemente porque en realidad no quería irse.

Movió la cabeza con incredulidad al darse cuenta de que, a pesar de lo ocurrido con Héctor y de que estaba viviendo cerca de un asesino que ya había matado a dos personas, nunca había sido tan feliz ni se había sentido tan viva; además, se moría de curiosidad por saber qué significado tenía lo de las bolas de fuego. Arqueó las cejas y apartó el pensamiento, porque la única conclusión a la que llegaba era que había sufrido alguna especie de delirio. Suspiró y pulsó por fin el número uno en el marcado rápido, el de su padre. Debía de

estar esperando la llamada, porque lo cogió enseguida.

—¿Papá?

—Ya era hora, hija. ¡Qué ganas tenía de hablar contigo! Imagino que llamas para que vaya a buscarte. Hoy no puedo, pero mañana voy para allá en cuanto salga del trabajo y nos volvemos juntos a casa.

Se le encogió el estómago al pensar en volver a casa.

—Papá, en realidad no estoy segura de querer volver todavía.

—¡Hija, por Dios! Han asesinado a dos personas. Ya sé que te gusta ese sitio, pero no puedo dejar que te quedes más tiempo allí.

Los asesinatos habían salido en las noticias y Lena no había podido evitar que su padre se enterara.

—¡Papá! Cuando me trajiste aquí, me prometiste que podría hacer lo que quisiera, irme o quedarme, siempre que le diera una oportunidad a este lugar. Pues se la he dado, y me encanta.

Sonrió al darse cuenta de que era verdad.

—Pero no imaginé que iba a pasar esto...

—Ya, solamente pensaste que así mamá estaría más tranquila al no tenerme cerca unos días.

—¡Cómo puedes decir eso! Sabes que no es verdad.

—Papá, desde que he llegado aquí he hecho amigos, y hay gente que me aprecia, incluso a algunos les parezco guapa. —Se mordió el labio al darse cuenta de lo patética que sonaba.

—¿Pero qué tonterías dices? Pues claro, porque lo eres.

—Yo no lo creía hasta que llegué aquí. Mamá siempre me ha hecho pensar que estoy gorda y que soy una perdedora.

—No creo que tu madre...

—¡Deja de justificarla, por favor! Voy a cumplir dieciséis años, ya no soy una niña a la que engañar para que no se sienta mal porque su madre no la quiere. —Respiró hondo—. Los dos sabemos que es así. Por favor, deja que me quede. Por primera vez en mi vida soy feliz. Aquí me aceptan como soy. Es extraño, pero siento que pertenezco a este sitio. Puede que sea porque Deirdre es muy cariñosa conmigo.

Se hizo un silencio desgarrador en la línea, durante el que estuvo a punto de disculparse, pero solo había sido sincera. No había querido hacer daño a nadie, y ya era hora de que su padre asumiera la

realidad.

—Está bien, hija. Si es lo que quieres, quédate unos días más. Pero llámame si cambias de opinión.

Escuchó apenada el profundo suspiro de su padre.

—Claro, papá. Gracias y perdóname si te ha molestado lo que te he dicho, pero es lo que pienso.

—Siento que sea así. Desde luego, me has dado mucho sobre lo que reflexionar. Pásatelo bien y llámame si necesitas algo.

—Claro.

—Adiós, Lena.

Se balanceó en el porche hasta que vio aparecer a Julio y a Deirdre, que caminaban riéndose por el camino del río, cogidos de la mano como dos tortolitos. Deirdre se había quitado la gasa que le habían puesto en urgencias en la cabeza porque decía que ya casi no le dolía. Julio saludó a Lena mientras cerraba la verja.

—¿Sabes que esta noche empiezan las fiestas del pueblo?

—Sí. Y también es la... ¿quemada?

—La quemada —la corrigió Deirdre.

—¡Eso! —exclamó con fingida alegría—. Me han dicho que es muy fuerte, y que no debería beberla.

—Tienes que probarla, al menos un sorbo —dijo Deirdre—. Se le atribuyen facultades curativas después del conjuro. Funciona como protección contra maleficios, además de mantener a los espíritus y los seres malvados alejados del que la ha bebido.

—¿El conjuro? Eso suena a cosa de brujas.

Deirdre la miraba de forma misteriosa cuando se sentó junto a ella en el balancín. Julio se apoyó en la barandilla de madera que bordeaba el porche y cruzó los brazos, provocando a Deirdre con la mirada hasta que esta finalmente cedió.

—Tienes razón, es cosa de brujas. Y en este lugar funciona muy bien porque es un sitio muy especial. Hace mucho tiempo, este valle era un importante cruce de caminos. ¿Sabes lo que significa?

—No lo había oído nunca.

—Los cruces de caminos son una especie de portales, lugares que conectan el mundo de los vivos y el de los muertos. En ellos,

cualquier cosa es posible y cualquier elección es válida, siempre que se asuman las consecuencias. —Sus palabras parecían una advertencia—. Algunas religiones lo consideran el lugar idóneo para comunicarse con los espíritus, incluso para conseguir que se materialicen en esta dimensión. En definitiva, es un espacio cargado de energía que puedes utilizar de la manera que quieras, ya sea para el bien o el mal.

Deirdre se quedó pensativa, al igual que Julio, y Lena tragó saliva.

—¿Quién hace la bebida del conjuro?

—Hasta hace un par de años, la hacía siempre Esteban, el vecino más viejo del pueblo —dijo Julio—. Desde que murió, me encargo yo.

—Porque es el siguiente más viejo —susurró Deirdre a Lena, consciente de que Julio la podía escuchar.

Lena rio divertida.

—¡No es verdad!

—No, no lo es —se defendió Julio—. Pero lo realmente importante es el conjuro, y lo recita la bruja del pueblo. Es decir: Deirdre.

Lena se giró hacia ella, que reía encantada y asentía ante la pregunta silenciosa de la adolescente.

—¿De verdad? ¡Estoy deseando verte hacerlo!

Julio y Deirdre se miraron.

—Nos vendrá muy bien después de todo lo que ha pasado —dijo Deirdre, ya sin rastro de alegría en su mirada.

A Lena le pareció un buen momento para indagar un poco.

—¿Has ido esta mañana al entierro?

Él asintió.

—Sí, ha sido en León. Deirdre también quería venir, pero pensamos que sería mejor que no lo hiciera.

—Me dio mucha pena que terminara así. Nadie se merece que le quiten la vida, ni Flo, ni Ramón, ni nadie... No importa que no me llevara bien con ella, simplemente no es justo.

—¿Ya tienen algún sospechoso?

Julio le lanzó una mirada a Lena con la que parecía querer leerle la mente, pero ella mantuvo la sonrisa. Llevaba dos días sin

investigar por lo de Deirdre, pero volvería a la carga, aunque tuviera que hacerlo sola.

—Creo que no, pero los bomberos han confirmado que el fuego fue provocado. La guardia civil está investigando, y de momento no descartan ninguna opción.

El corazón de Lena se aceleró.

—¿Te han dicho qué utilizaron para provocar el fuego? ¿No pudo ser que una chispa del horno hiciera arder toda aquella paja? Parecía peligroso.

Julio sonrió algo condescendiente.

—No, en el horno han encontrado los restos de un recipiente de estaño donde estaba el combustible que utilizaron como acelerante. Fue lo que provocó que las llamas alcanzaran aquella altura y llegaran al techo. Miguel, el jefe de bomberos, me ha dicho que el estaño se funde a doscientos grados y el horno de la palloza alcanza fácilmente los trescientos.

—O sea, que alguien metió eso en el horno y esperó a que estallara.

—Sí, pero Eloi y Máximo no vieron a nadie extraño merodear por allí. Están barajando la posibilidad de que alguien lo colocara en el horno durante el día, mientras el restaurante estaba vacío. Ten en cuenta que solo se abre para las cenas.

Lena asintió pensativa.

—¿Seguro que no tienen ningún sospechoso?

—¡Qué va! —contestó Deirdre—. No tienen ninguna pista, pero esperemos que lo descubran pronto. Mariano está cada vez más nervioso.

Entonces, Lena recordó algo.

—¿Columba va a ir a la fiesta?

—No —repuso Deirdre—. Hace un rato me ha dicho que no le apetece. Es normal, ya sabes que le está costando superar lo de Ramón. Mañana la invitaré a comer con nosotros. Podemos ir a buscarla y así no podrá decir que no, ¿os parece?

Asintieron. Julio miró su reloj y luego el sol, que ya estaba muy bajo.

—Tengo que irme a preparar ese brebaje. No tardéis en venir.

—Tranquilo.

Julio se despidió y se marchó en su moto.

* * *

Dos horas más tarde, cuando ya había anochecido, Deirdre aparcó su coche en la plaza. El lugar estaba atestado de puestos en los que se vendían todo tipo de cosas: aperitivos, manzanas con caramelo, refrescos, monederos y bolsos artesanales... Incluso había un puesto en el que una bruja leía la palma de la mano. Los comerciantes se habían colocado a ambos lados de la ribera del río y llegaban casi hasta el castañar, en el límite del pueblo.

Lena estaba absorta paseando entre la muchedumbre cuando alguien le dio un tirón en la camiseta. Lisa se abrazó a su cintura y ella se inclinó para darle un beso.

—¿Cómo estás, bonita?

—Bien, pero te he echado mucho de menos. Hace días que no pasas por aquí. ¿Deirdre ya está mejor?

Lena buscó a la anciana. Estaba subida en la tribuna, ayudando a Julio a echar los ingredientes para la queimada en un gran caldero de barro que habían colocado sobre una hoguera.

—Sí, está mucho mejor.

Volvió a mirar a Lisa y le tiró de una de las trenzas.

—¿Y tus padres? ¿No han venido?

—Sí, están por ahí, viendo los puestos. —Señaló la otra ribera—. Me he escapado en cuanto te he visto.

Lisa sonrió, feliz como siempre. Lena observó las antorchas que habían distribuido de forma estratégica para crear ambiente para la noche de las brujas.

—¡Esto es una pasada! No pensaba que fuera a haber tantos puestos. ¿Damos una vuelta? Tengo dinero, seguro que encontramos algo que nos guste.

La niña le dio la mano y se perdieron entre la gente.

* * *

Había visto a la madrileña en cuanto había llegado. Luego la había seguido mientras caminaba entre los puestos, relamiéndose al pensar que pronto llegaría su momento. Por fin probaría a esa preciosidad pelirroja de ojos verdes. Sonrió y agachó la cabeza para no llamar la atención. Se prometió que esa misma noche se daría el gusto.

* * *

Al fin llegó el momento de la queimada. Lena y Lisa habían engullido dos trozos de *pizza* y, llenas, se habían sentado en un banco a comer un helado. Desde allí veían a Julio remover el líquido del enorme caldero con un palo enorme. Lisa parecía pasarlo bien, pero Lena tenía una sensación extraña, como si alguien la vigilara. Era una locura, porque la plaza estaba atestada de gente.

La multitud empezó a rugir con los vasos en alto, exigiendo la queimada. Todos tenían un vaso de plástico donde recibirían una ración.

El alcalde cogió el micrófono y les dio la bienvenida. Al ver que no dejaban de gritar, encendió una larguísima cerilla y prendió fuego a la poción. Levantó el cucharón poco a poco para que todos vieran las llamas azules que lamían el líquido. Lena estaba impresionada. Entonces, Deirdre se acercó al micrófono con un folio en la mano y comenzó a leer. Mientras lo hacía, Julio siguió moviendo el cucharón con gran habilidad, de forma que las llamas bailaban y saltaban alegres.

*Búhos, lechuzas, sapos y brujas;
demonios, duendes y diablos;
espíritus de las vegas llenas de niebla,
cuervos, salamandras y hechiceras;
rabo erguido de gato negro
y todos los hechizos de las curanderas...*

*Con este conjuro
elevaré las llamas de este fuego
similar al del Infierno
y las brujas quedarán purificadas
de todas sus maldades.
Algunas huirán
a caballo de sus escobas
para irse a sumergir
en el mar de Finisterre.*

*¡Escuchad! ¡Escuchad estos rugidos...!
Son las brujas que se están purificando
en estas llamas espirituales...
Y cuando este delicioso brebaje
baje por nuestras gargantas,
también todos nosotros quedaremos libres
de los males de nuestra alma
y de todo maleficio.*

Deirdre dejó caer el papel al suelo, elevó los brazos y, como si lo hubiera invocado, un viento fuerte y gélido recorrió la plaza, estremeciendo a todos los que la contemplaban. Finalizó el conjuro con voz profunda:

*¡Fuerzas del aire, tierra, mar y fuego!
¡A vosotros os hago esta llamada:
si es verdad que tenéis más poder que los humanos,
limpiad de maldades nuestra tierra
y haced que aquí y ahora
los espíritus de los amigos ausentes
compartan con nosotros esta queimada!*

Cuando su voz cesó, el viento también lo hizo. Los espectadores rugieron y silbaron como si se hubieran vuelto locos y se agolparon a

los pies de la tribuna para que les sirvieran su porción del líquido ardiente.

Capítulo 10

Lisa estaba sentada sobre sus rodillas mientras observaban a la gente aplaudir, silbar y gritar a la espera de que llenaran sus vasos. Lena abrazó a la niña cuando se puso algo nerviosa porque alguien le había tocado el hombro, pero era Felipe. Bajó a Lisa al suelo y se levantó para hablar con él.

—No sabía que ibas a venir.

—Mi madre se ha quedado en casa de mi tía, pero he visto todo este jaleo y he decidido dar una vuelta —contestó con la mirada triste.

Lena se inclinó hacia Lisa.

—¿Sabes dónde están tus padres? —Lisa señaló un matrimonio que esperaba en la cola de la queimada—. ¿Te importa irte un rato con ellos?

La niña salió corriendo.

—¿Damos un paseo? —preguntó Lena.

Tomaron el camino de la derecha, que conducía a la zona más tranquila, en dirección al castañar.

—¿Cómo estás?

—Yo bien, pero mi madre está hecha polvo. Quería mucho a mi tía; era su hermana pequeña.

Chema y Susana caminaban abrazados hacia ellos. Cuando se cruzaron, Lena y Felipe los saludaron, pero no recibieron ninguna respuesta. Unos metros después, todavía abrazado a Susana, Chema volvió la cabeza y los miró avergonzada.

—¿Qué le pasa?

—No sé, imagino que es cosa de ella.

Lena sacudió la cabeza.

—Siento no haber estado en el cementerio.

—No esperaba que vinieras, ni tú ni Deirdre, la verdad. Mi tía pasó mucho con ella y lo siento, porque Deirdre no se lo merece. ¿Cómo se encuentra? Sé que la golpearon en la cabeza.

—Mejor. Ha pasado unos días malos, pero esta mañana se ha levantado mucho mejor. Hasta hoy no teníamos claro si iba a poder recitar el conjuro. —Carraspeó con nerviosismo—. Tenía miedo de que pensaras que era la asesina de Flo.

—¡Qué dices! No lo he pensado en ningún momento. Es una buena persona y tiene mucha paciencia con todos. Incluso es amiga de Columba, que es muy rara.

—Sí. ¿Ahora qué vas a hacer? ¿Os volvéis a León?

—Me gustaría quedarme unos días, pero mis padres no quieren.

—La miró fijamente—. Héctor vino al entierro, ¿sabes?

Ella frunció el ceño.

—No. Discutimos por lo de su novia.

—Estuvimos hablando en el cementerio y me dijo... —Suspiró—. Me dijo que no podía dejar de pensar en ti.

—No quiero oírlo, Felipe, de verdad.

—Escucha, a mí no me apetece decírtelo, pero creo que, por primera vez en su vida, le gusta de verdad una chica. Tú.

Ella sonrió irónicamente porque acababa de ver algo que estaba sucediendo detrás él y que le haría cambiar de opinión. Le rozó el brazo para llamar su atención.

—Antes de que sigas hablando, mira.

Felipe vio a su amigo riendo con el brazo sobre los hombros de su novia. Iban acompañados de otras tres parejas. Diana era tal y como Lena esperaba: tenía el pelo negro, los ojos azules y un cuerpo de modelo. Parecía perfecta.

—Es Diana, ¿no?

Felipe asintió con un movimiento nervioso.

—Eso demuestra que Héctor es un mentiroso —dijo Lena—. Y yo,

por lo menos, prefiero no tenerlo cerca.

Felipe no entendía lo que estaba pasando. Aun así, cogió a Lena del brazo para tranquilizarla, pero ella se revolvió y se alejó tan deprisa como pudo. Una de las chicas del grupo llamó a Felipe, pero él la ignoró.

—Espera, Lena.

Ella siguió caminando, aunque intentó tranquilizarlo.

—Vete con ellos, Felipe, no te preocupes. Voy a buscar a Deirdre.

Pero en cuanto lo dijo se dio cuenta de que no podía volver junto a Deirdre en esas condiciones. No quería que nadie la viera llorar. Además, se había puesto rímel y seguro que acabaría con los ojos como los de un mapache. Echó un vistazo al castañar, delante de ella. Su interior, aunque oscuro, le parecía muy acogedor en ese momento. Solo necesitaba estar cinco minutos a solas para tranquilizarse.

Héctor se tensó al ver a Felipe con Lena. Su primer impulso había sido ir hacia ellos y separarlos, pero sabía que no tenía ningún derecho a hacerlo. Sentía como una cadena el brazo de Diana rodeándole la cintura mientras hablaban con sus amigos. Cuando Irene, la mejor amiga de Diana, llamó a Felipe, Héctor miró a su novia. Estaba seguro de que era cosa suya. Ella esbozó una sonrisa traviesa. Entonces estuvo a punto de irse, pero no quería que Lena se viera involucrada en la pelea que seguramente tendrían.

Diana y él habían dejado una conversación a medias. Le había dicho que no quería seguir con ella, pero ella le había pedido que esperara a que pasaran las fiestas. Aunque no sabía por qué, se sentía obligado a hacerle ese pequeño favor. Era una chica muy orgullosa y no quería que nadie creyera que él la había abandonado. Imaginaba que se inventaría algo para que no lo pareciera, como que ella había conocido a alguien, pero eso a él le daba lo mismo.

Por el rabillo del ojo vio, sorprendido, como Lena se metía en el castañar. El bosque estaba oscuro y no se sabía quién podía estar dentro. Estuvo a punto de ir a buscarla, pero Diana lo sujetó por la cintura. Decidió esperar un par de minutos a que saliera. Si no lo hacía, iría a buscarla, aunque Diana montara en cólera.

* * *

Martín llevaba siguiéndola más de media hora. Había esperado a que se separara del tonto de Felipe y, cuando vio que se metía en el castañar, supo que era su día de suerte. Había acertado al escaparse del bar con la excusa de dar una vuelta por los puestos. Se fijó en que Héctor no hacía más que mirar hacia el lugar por donde había entrado la madrileña, pero él no iba a ser tan tonto de hacerlo por allí. Conocía bien el bosque, lo había estudiado. Dio un rodeo para asegurarse de que nadie lo viera y entró. La encontró al cabo de un rato, apoyada contra un árbol y limpiándose las lágrimas con un pañuelo de papel mientras maldecía en voz alta.

Él sonrió encantado y le tocó el hombro.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces aquí?

Lena dio un pequeño grito y se volvió hacia él como un resorte.

—¡Ah! Eres tú, Martín. —Sonrió y se mordió el labio algo avergonzada—. No me encuentro muy bien, es por la alergia.

—¿Alergia?

Sonrió con incredulidad mientras se acercaba a ella, tanto que Lena se asustó. Él, anticipando su huida, le sujetó la muñeca izquierda con fuerza. Al ver su expresión, Lena se murió de miedo.

—Martín, me estás haciendo daño. ¡Suéltame!

—Uy, ¡qué educada es la madrileña! Claro que sí, bonita, enseguida te suelto. Solo tienes que portarte bien.

Se inclinó y le lamió media cara. Lena se quedó paralizada por el miedo y abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, pero él la besó con tal brutalidad que le hizo sangre. Mientras la saboreaba, Lena consiguió salir de su parálisis lo suficiente para darle un rodillazo en sus partes bajas. Martín se sujetó la entrepierna con una mano, maldiciendo y amenazándola, pero ella lo empujó con todas sus fuerzas y lo tiró al suelo. Al ver que escapaba, él se estiró para sujetarla por un pie, pero Lena lo esquivó por los pelos.

Salió del castañar gritando, medio histérica, hasta que se topó con Héctor, que entraba en ese momento a buscarla. El chico enfureció al verla.

—Tranquila, ya te tengo —dijo con voz suave.

Héctor llamó a Felipe, pero su amigo ya venía corriendo, como el resto de adolescentes que estaban por allí y habían visto lo ocurrido.

—Quédate con ella —le dijo a Felipe—. ¿Quién ha sido, Lena?

Ella temblaba agarrada a su camiseta y no quería soltarse. Héctor le limpió un poco la herida del labio con el pañuelo que ella aún llevaba apretado en su mano derecha.

—Lena, cariño, dime quién ha sido —repitió con suavidad.

Por fin pareció entenderle.

—Martín, ha sido Martín —contestó entre fuertes temblores.

Héctor la dejó en brazos de Felipe y le dio un beso en la frente antes de salir corriendo y adentrarse en el castañar por el mismo lugar por donde había salido ella. Pero no había nadie.

Salió un par de minutos después, justo a tiempo de ver a Lena discutir con Felipe. Él estaba intentando que se quedara con él, pero ella no quería.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme. Deirdre me estará buscando.

Estaba asustada y temblaba tanto que casi no podía hablar, pero, sobre todo, no quería quedarse viendo como Diana y sus amigas cuchicheaban sobre ella y se reían.

—¡Diana! ¡Marchaos de aquí, dejadla en paz! —gritó Héctor cabreado.

—¿Qué? —Su exnovia lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

Él abrazó a Lena sin querer contestar.

—Está bien, te llevaré con Deirdre.

Felipe los siguió hasta la parte delantera de la fiesta, donde se concentraba la mayor parte de la gente. Lena enterró la cabeza en el pecho de Héctor, con el corazón de él palpitando en su oído. A pesar de lo ocurrido, se había sentido segura en cuanto él la había abrazado. Estaba empezando a calmarse.

—No me puedo creer que ese hijoputa esté paseándose por aquí como si tal cosa, con su hermana —dijo Héctor.

Le lanzó una pregunta con la mirada a Felipe, que asintió, y soltó los brazos de Lena con cuidado.

—Espera un momento, cariño.

—No, Héctor, por favor. Quédate conmigo.

Él volvió a susurrarle que estuviera tranquila y se fue. Lena miró a su alrededor algo atontada y apretó los dientes cuando vio a Martín. Intentó avanzar, pero Felipe la retenía.

—No, quedémonos aquí un poco.

—Por favor, Felipe, vamos a ver qué pasa. No me puede hacer nada estando contigo y rodeados de tanta gente.

—Está bien.

Incrementaron la velocidad al oír ruido de pelea. Algo pasaba delante de ellos, pero había tanta gente que no lo veían.

—Vamos a cruzar el puente y así podemos dar la vuelta para subir por la calle —propuso Felipe.

Ella asintió. Por el otro lado no había tanta gente, porque la mayor parte de los puestos estaban en la ribera en la que se encontraban. Cuando cruzaban el río, Felipe apretó los brazos en torno a ella y le dijo:

—¡Mira!

Bajo la luz de una farola, vieron a Martín mirar hacia los lados antes de entrar en su casa, situada junto al bar, y cerrar la puerta.

—¡Bien hecho, Héctor! —musitó Felipe, porque su amigo le había dejado la cara como un mapa.

Continuaron hasta llegar a la plaza.

—¡Vaya pelea! Creía que lo mataba. Si no los separa Mariano, el más joven se lo carga —comentó alguien.

Cuando llegaron a la tribuna, ya no estaban ni Deirdre ni Julio.

—Creo que están el merendero —dijo Felipe.

A través de las rendijas de la madera, se veía a gente dentro y Lena reconoció la tela de la falda de Deirdre.

—¡Están ahí!

Cuando llegaron, Mariano y Julio estaban preguntando a Héctor sobre lo ocurrido, pero él no decía nada. Permanecía de pie junto a ellos con los brazos cruzados; tenía el pómulo derecho rojo e hinchado. Deirdre lo miraba apenada sentada en una de las mesas, hasta que vio a Lena. Se levantó de golpe.

—¡Cariño, estaba preocupada! —Vio su labio partido y los ojos hinchados por las lágrimas—. ¿Qué ha sucedido?

Ella negó con la cabeza, se abalanzó a los brazos de Héctor y musitó un «¡gracias!».

Julio intercambió una mirada con Mariano.

—Lena, ¿te ha hecho algo Martín?

Deirdre se llevó la mano a la boca y gimió asustada, pero Lena negó con la cabeza sin apartar la cara del pecho de Héctor.

—Lo ha intentado, pero he podido escapar a tiempo.

—Iré a buscarlo —dijo Mariano con los ojos entrecerrados, pero Lena lo detuvo con una mano, sin separarse de Héctor.

—¡No, por favor! Me ha dado un beso, pero no ha podido hacer nada más. —Reprimió un sollozo que le subía por la garganta y que hizo que Héctor la estrechara ligeramente entre sus brazos—. Mi amiga Noe y yo hemos ensayado muchas veces cómo defendernos, pero nunca pensé que tendría que hacerlo.

Consiguió esbozar una sonrisa temblorosa al ver la mirada asustada de todos.

—Esta noche lo dejaré descansar, porque la paliza que le has dado no le va a dejar cometer ninguna otra salvajada —dijo Mariano en dirección a Héctor, que seguía abrazando a Lena sin pronunciar palabra—. Pero mañana me lo llevaré al cuartelillo y le haré sudar. Puede que lo tenga allí durmiendo un par de noches, ya veremos. A menos que quieras denunciar, Lena.

Ella lo miró incrédula.

—¿Por darme un beso? ¿Puedo denunciarlo por eso?

Mariano se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—Mañana hablaré con él seriamente. Se le van a quitar las ganas de volver a hacer algo parecido a otra chica.

Lena fue consciente de la pinta que debía de ofrecer abrazada a Héctor como una tonta y se separó de él. Le cogió la mano hinchada, con la que había golpeado a Martín, y la besó. Le daba igual lo incómodo que fuera para los que estaban delante.

—Gracias, Héctor.

Él sacudió la cabeza, avergonzado, negándose a que le diera las

gracias por eso.

—¿Puedo ir mañana a verte?

Ella asintió y dejó que Deirdre y Julio la llevaran a casa.

En cuanto estuvieron allí, Deirdre no dejó revolotear a su alrededor. Le preparó chocolate caliente y galletas. Cuando Lena bebió un poco para que la anciana se tranquilizara, Deirdre soltó la bomba:

—Lena, cariño, tienes que llamar a tu padre. Si no lo haces, lo haré yo. No voy a dejar que sigas aquí.

A la adolescente se le cayó la galleta en la taza. Miró a Deirdre fijamente, pero esta parecía resuelta. Después miró a Julio, que se encogió de hombros.

—Por favor, no puedo irme. Ahora no.

—¿Ahora no? ¿Por qué? ¿Por qué crees que ese chico te va a hacer caso? ¿Ya no te acuerdas de que de lo que te hizo? ¡Te engañó, Lena!

—Deirdre respiró hondo—. Reconozco que se ha ganado mi gratitud por lo que ha hecho, pero sigue sin gustarme que tengas nada que ver con él.

—Eso no es asunto tuyo, no eres de mi familia. Si no quieres que esté en tu casa, lo entiendo, pero esto es otra cosa —contestó Lena, confusa y enfadada por todo lo que había ocurrido.

Al ver la expresión descompuesta de Deirdre, se sintió culpable. Se había portado muy bien con ella y no se merecía que la hablara así.

—Lo siento, Deirdre. Perdóname, por favor. Entiende que necesito hablar con Héctor mañana.

—Está bien, puedes hablar con él, pero después llamarás a tu padre.

Lena asintió, aunque no estaba convencida de que los hechos fueran a ocurrir de esa manera. Tenía veinticuatro horas para conseguir que cambiara de opinión, pero en ese momento se sentía demasiado cansada hasta para pensar en cómo lo haría. Estaba deseando meterse en la cama.

—Me voy a dormir.

—Te acompaño a la cama.

—No es necesario, estoy bien. Quédate con Julio. Buenas noches.
Deirdre contempló como subía las escaleras.

—Tienes que decírselo. No puedes retrasarlo más, querida.

Ella soltó la taza de chocolate y enterró la cara entre las manos.

—¡Tengo miedo de que me odie! No sé cómo explicarle lo que hice para que lo entienda.

—No fue culpa tuya. Hiciste lo que creíste que era mejor para ella. Lo entenderá. ¿Acaso no lo he hecho yo?

Deirdre sonrió mientras él le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano, aunque tenía ganas de llorar.

—Ya, pero tú me quieres, alcalde.

Él la abrazó.

—Eso es verdad.

* * *

Poco antes de medianoche, a solo siete kilómetros de allí, un grupo de ocho personas —cuatro hombres y cuatro mujeres— salían en silencio de la casa rural y se dirigían al cementerio. Iban encapuchados y vestían unas túnicas rojas, debajo de las cuales no llevaban nada. Cada uno de ellos cargaba con un gran cirio negro encendido en las manos, aunque la luna llena les alumbraba el camino.

Entraron en el cementerio y colocaron las velas sobre una de las tumbas. Se quitaron las túnicas y siete de ellos se sentaron formando un círculo. Amelia, la octava figura, se sentó de rodillas en el centro del círculo y abrió un antiguo libro encuadernado en piel sobre el suelo de tierra. De un termo, sirvió un líquido humeante en una copa dorada que fue pasando de mano en mano para que todos bebieran de ella. Siguieron haciéndolo hasta vaciar el recipiente. Entonces, Amelia tomó el libro y lo alzó sobre la cabeza mientras murmuraba. Lo acercó a su rostro, lo rozó tres veces con la frente y comenzó a leer con una voz que no era la suya:

—Vientos del mal, engendros de lo oscuro, venid y entrad en mí. Soy yo la que os lo pide y la que os ruega que me hagáis vuestra

esclava. Uníos a mí para aumentar mi poder. Os ofrezco este ritual de sexo y sangre como muestra de sumisión.

Dejó el libro abierto en el suelo y salió del círculo con una daga en la mano derecha. Caminó lentamente mientras tarareaba en voz baja, estudiando al resto de los integrantes del rito satánico, que habían comenzado a reír a carcajadas bajo el efecto de las drogas que acababan de beber. Entonces, se inclinó sobre uno de ellos, un hombre de unos sesenta años calvo y con gafas que reía como un loco, y le hizo un corte largo y superficial en un brazo, desde el hombro hasta el codo, lo que provocó que riera todavía más alto. Levantó el brazo y lo lamió para saborear su propia sangre. Luego se volvió hacia Amelia.

—¿Ha llegado mi turno? —preguntó con impaciencia.

Ella sonrió, se inclinó y colocó la mano sobre la calva del hombre.

—Sí, hermano. —Señaló a una mujer joven al otro lado del círculo, que reía tapándose la boca—. Ella es tu presa, disfrútala.

El hombre soltó una última carcajada y se lanzó a por la mujer, que no pudo prepararse antes de que él la penetrara. Los gemidos de ambos se escuchaban mientras Amelia emparejaba a los demás, siempre después de haber derramado la sangre del hombre primero, de acuerdo con lo que dictaba el antiguo ritual.

* * *

Después de ducharse, Héctor se había metido directamente en su habitación para evitar que lo vieran sus padres. Intentó dormir, pero le fue imposible, así que se levantó y se vistió de nuevo. Salió de casa con una bici que no usaba desde hacía años para no despertar a nadie con el ruido de la moto y tomó el camino que llevaba al pueblo. Si pedaleaba lo suficiente para liberar la adrenalina y cansarse, conseguiría dormir a la vuelta. La luna llena lo ayudaría a no abrirse la cabeza por el camino.

Capítulo 11

Encontró la pistola enseguida, aunque localizar las balas en el fondo del cajón de los calcetines le llevó un poco más de tiempo. Ahora solo tenía que seguir el plan.

Se sentó en una silla frente a la puerta a esperar, pero debió de quedarse roque en algún momento, porque se despertó con un dolor agudo en el cuello. Al cabo de unos segundos, aguzó el oído. A pesar del ruido de las fiestas, se oía una llave en la cerradura.

Se irguió en el asiento, extendió la mano y quitó el seguro del arma antes de que se abriera la puerta. Cuando el asesino entró, vio que alguien lo apuntaba con su propia pistola, pero no le dio tiempo a emitir ningún sonido, porque la bala le atravesó limpiamente el centro de la frente. Cayó hacia atrás con una expresión de sorpresa.

Arrojó la pistola con desprecio sobre el cadáver y salió por la puerta trasera mientras se guardaba los guantes en el bolsillo. Tras comprobar que no había nadie en la callejuela, se escabulló hacia su casa. Todo había salido según lo planeado.

* * *

—Despierta, cariño. Tenemos que hablar contigo.

Lena abrió los ojos haciendo un esfuerzo y se asustó al ver a Deirdre sentada en la cama y a Julio, que esperaba de pie detrás de ella. Se sentó antes de hablar.

—¿Le ha pasado algo a mi familia?

—¡No, no! Están bien, pero ha ocurrido algo. Verás, esta mañana...

Miró a Julio, incapaz de continuar.

—Nos ha llamado Mariano hace unos minutos. Anoche asesinaron a Martín en su casa y Héctor está en el cuartelillo, lo están interrogando.

—¿Qué? ¿Cómo ha sido?

—Le han disparado, igual que al pobre Ramón —dijo Deirdre—. Felipe escuchó un ruido extraño en la casa de Martín y Adela cuando volvía a la farmacia, aunque Mariano dice que dispararon con silenciador. Creen que la pistola puede ser la misma que utilizaron con Ramón, pero esta vez el asesino la ha abandonado junto al cuerpo. Además, Adela, la hermana de Martín, ha desaparecido.

Lena absorbió toda la información sin decir nada, pero su mente trabajaba a toda velocidad.

—Mariano quiere hablar contigo. No te preocupes, solo quiere preguntarte algunas cosas.

—¿Crees que Héctor sería capaz de hacer algo así? —preguntó Julio.

Deirdre parecía dudar, pero Lena no.

—No, él no lo ha hecho. Es imposible. Ya sé que anoche le pegó una paliza, pero estoy segura de que no ha sido él. Voy a vestirme para que nos vayamos enseguida.

En cuanto Julio y Deirdre comenzaron a bajar las escaleras, Lena mandó un mensaje a Felipe para pedirle un número de teléfono. Cuando lo tuvo, mandó un mensaje a ese número y confió en que el plan funcionara. Después se levantó y se vistió a la carrera.

—Lo de esta chica es increíble, aunque no me extraña... —Julio se calló lo que pensaba decir.

Cuando llegaron al final de la escalera, tiró del brazo de Deirdre para llevarla a la cocina.

—Creo que va siendo hora de que le cuentes la verdad.

Ella suspiró.

—Lo sé, pero no te puedes imaginar el miedo que tengo.

Julio la abrazó.

—Cariño, hazlo en cuanto te sientas con fuerzas, pero no esperes demasiado. Creo se os acaba el tiempo.

El cuartel de la Guardia Civil no estaba en Soto del Castañar, sino en Miranda de Trigo, un pueblo bastante más grande que se encontraba a cinco kilómetros en dirección a León.

—Espera, Lena.

Deirdre la sujetó y Julio entró para dejarlas a solas. La chica la miraba con impaciencia.

—Tus padres tendrían que estar aquí. Esto ha terminado de convencerme. Cuando volvamos a casa llamaré a Conlan para que venga a buscarte y, si no puede, Julio y yo te llevaremos mañana a Madrid.

—Pero no quiero irme. ¡Ahora menos que nunca!

Deirdre le acarició la mejilla.

—Lo siento hija, pero no hay nada que puedas decirme que vaya a hacer que cambie de opinión. Tu seguridad es lo primero. No he pegado ojo en toda la noche pensando en lo que ocurrió ayer. La llamada de Mariano ha sido como una señal. Puedes volver el verano que viene, cuando todo esto se haya solucionado, pero mientras...

La rabia trepó por la garganta de Lena en forma de sollozos, pero tragó saliva y anduvo hacia la entrada confiando en que su treta funcionase. Era su única esperanza.

Cuando entraron, les sorprendió ver a Héctor hablando con Julio. Lena respiró profundamente por primera vez desde que se había despertado, porque estaba convencida de que lo encontraría encerrado. En cuanto la vio, Héctor se acercó a ella y dejó a Julio con la palabra en la boca.

Lena se lanzó a sus brazos, olvidando a los demás, y enlazó las manos detrás de su cuello mientras él la abrazaba por la cintura. Respiró su aroma, pegada a su pecho como si fuera un bebé, y Héctor apoyó la mejilla en su cabeza.

Mariano, que los miraba desde la puerta de su despacho al final del pasillo, carraspeó para llamar la atención de Julio, que se encogió de hombros.

—Venid, por favor —pidió el guardia civil.

Todos se acercaron a la puerta de su despacho.

—Me gustaría hablar con Lena a solas.

—Es menor de edad —protestó Deirdre.

—Sí, pero ya puede decidir si quiere hacerlo. Me gustaría que me hablase sobre el ataque de Martín y creo que será más fácil para ella si estamos solos.

—Sí, prefiero entrar sola —contestó, y su respuesta los sorprendió a todos.

Deirdre apretó los labios, pero no dijo nada. Lena vigilaba a Mariano y volvió a ver cómo este miraba a Julio con una pregunta tácita. El alcalde inclinó la cabeza, tan suavemente que ella solo se dio cuenta porque lo observaba con fijeza.

Lena entró en el despacho más tranquila al comprobar que su plan había funcionado. En el pasillo, Héctor se cruzó de brazos frente a la puerta cerrada hasta que Deirdre le dio un golpecito en el brazo.

—Ven un momento, quiero hablar contigo.

El chico la siguió sin dudar, aunque se imaginaba que le caería una buena bronca. Julio se hizo el tonto y los dejó alejarse hasta la entrada del cuartelillo.

—He visto cómo te mira Lena, y no sé si eres consciente de lo mucho que le gustas. Ella me mataría si supiera que te digo esto, pero lo hago porque es demasiado joven. No quiero decir con esto que sea demasiado joven para salir contigo, aunque preferiría que fuerais de la misma edad.

—Ya imagino —dijo él, y sonrió irónicamente.

—Héctor, necesito saber que te la tomas en serio. Tu madre me contó lo de tu novia un día que me la encontré en el pueblo, el año pasado. Dijo que querías ser arquitecto y que el padre de la chica con la que salías era un famoso arquitecto leonés. Estaba muy orgullosa de ti. Conozco a Diana y entiendo por qué te sentiste atraído por ella. La he visto pocas veces, pero siempre me ha parecido una chica algo maliciosa y superficial. Espero que te des cuenta de que Lena es muy distinta.

—Lo sé. Lena es diferente a todas.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Me gusta mucho. Creo... —Carraspeó y miró al suelo, con las manos en los bolsillos—. Creo que podría estar enamorado de ella y eso es algo que no me ha pasado nunca. De lo que estoy seguro es de que haré lo que pueda por protegerla. Cuando anoche vi lo que le había hecho Martín, pensé que iba a volverme loco.

—Me pareces sincero. Una cosa más: sé que estáis llevando algún tipo de investigación sobre el asesinato de Ramón. —Él se quedó rígido. Estaba seguro de que Lena no se lo había contado—. Necesito que me prometas que vas a cuidar de ella, a veces es algo impulsiva. Y es tan joven que no creo que sea consciente del peligro.

—Claro que la cuidaré, ya se lo he dicho. ¿Pero no le va a prohibir que investigue el asesinato?

Deirdre se encogió de hombros.

—Hace tiempo que me di cuenta de que prohibir algo a ciertas personas no sirve de nada. Había decidido que Lena se fuera a su casa hoy, pero me temo... —Ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo que solo ella oía—. Sí, me temo que no va a poder ser, al menos todavía.

—¿Por qué?

En ese momento se abrió la puerta del despacho y caminaron hacia el pasillo. Mariano tenía una mano en el hombro de Lena.

—Todo ha ido todo bien, Deirdre, pero le he dicho a Lena que prefiero que no se vaya del pueblo hasta dentro de unos días, por si tuviera que volver a hablar con ella.

Una vez en la calle, Lena le pidió a Héctor que se adelantaran para tener oportunidad de hablar. Cuando se alejaron, le rozó el moratón de la mejilla.

—¿Te duele? —Héctor negó con la cabeza—. Siento que hayas tenido problemas por mi culpa.

—No te preocupes, no creo que Mariano piense de verdad que he sido yo. Solo me ha preguntado qué hice anoche cuando nos separamos.

—Y ¿qué hiciste?

—Me fui a la cama —dijo con una sonrisa burlona—. A mí también me ha pedido que no salga del pueblo, pero no entiendo por

qué te lo ha dicho a ti. —Ella se encogió de hombros—. Creo que aquí hay gato encerrado.

Le dio un par de golpecitos en la mejilla con el índice y ella sonrió con fingida inocencia.

—Tengo que irme, pero quiero que quedemos esta noche. Felipe, tú y yo. Necesito vuestra ayuda.

—¿Para qué?

Se dio la vuelta y vio que Julio y Deirdre la esperaban dentro del coche.

—Ayer, antes de que me atacara el bestia de Martín, escuché una conversación en el bosque. Eran dos hombres, pero estaban al otro lado de una fila de árboles y no les vi la cara. Lo había olvidado por lo que pasó después, pero me he despertado de madrugada con sus palabras en la cabeza.

—¿Qué oíste?

—Estaban hablando del castañar de Julio, y preparando algo para esta noche a las nueve.

Héctor frunció el ceño y miró hacia el cuartelillo.

—Deberías hablar con Mariano —dijo a regañadientes.

—No me haría caso. Le he pedido que compruebe una cosa y no sé si lo hará. Cree que estoy histérica por lo de Martín.

—¿Reconociste sus voces?

—No estoy segura.

—¡Joder, Lena! —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Crees que pueden ser los asesinos?

—Quizá. Héctor, por favor, confía en mí. ¿Qué es lo peor que nos puede pasar?

—Joder, que nos maten.

Le lanzó a Lena una sonrisa torcida que hizo que el corazón de la chica se acelerara.

—¡Venga, no seas tan pesimista! —Se dio la vuelta y vio que Deirdre estaba a punto de bajar del coche para venir a buscarla. Tenía ya una pierna fuera—. Escucha, le diré a Deirdre que me voy a dormir pronto. Podríamos quedar a las nueve menos cinco en el castañar, en el límite del pueblo. ¿Qué te parece?

—¿Estás loca? ¡Ni de coña vas a ir sola hasta allí! Prefiero llevarte yo.

—Está bien, no te cabrees. Entonces quedaremos en la parada de autobús.

—¡No! En casa de Deirdre a las nueve menos veinte. Quedaré con Felipe a menos diez en el castañar.

—Pero Deirdre oirá la moto.

—No te preocupes. Iré con el motor apagado desde la esquina. Viene hacia aquí, más vale que nos despedamos.

—Conseguid un par de extintores, los vamos a necesitar.

Héctor la miró incrédulo, pero ella ya bajaba las escaleras para reunirse con Deirdre. De camino a la moto, sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y le mandó un mensaje de voz a Felipe, en el que le aseguraba que lo que le decía no era una broma.

—Iba a buscarte.

Deirdre miró como Lena se metía en el asiento trasero del coche.

—Lo siento, tenía que decirle una cosa.

La anciana regresó a su asiento y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué te ha dicho Mariano?

—Prefiero no hablar sobre eso, si no te importa.

Deirdre la miró con los ojos entrecerrados. Antes de que pudiera decirle nada más, su móvil comenzó a sonar. Era Columba. Había tenido un accidente y estaba herida.

Llegaron a su casa cinco minutos después y se asustaron al ver una ambulancia aparcada junto a la casa. Encontraron a Columba sentada en la terraza; un paramédico le estaba poniendo una máscara de oxígeno. Deirdre esperó con impaciencia a que el sanitario terminara para acercarse a su amiga. Columba la miró como una niña pequeña a su madre.

—Lo siento. Al parecer, anoche me dejé el gas abierto. Menos mal que la puerta de la cocina estaba cerrada. Cuando he bajado a tomar un café, me he desmayado, aunque antes he conseguido abrir la ventana.

—¡Por Dios, Columba!

—No te preocupes, estoy bien. —Le dio unas palmaditas de

consuelo a su amiga y luego miró a Lena—. ¿Cómo estás, cariño?

La adolescente le dio dos besos e inspiró sin querer la mezcla de olores que emanaban de su cuerpo: gas, jabón y crema.

Deirdre no tuvo que insistir demasiado para que Columba se fuera con ellos a casa, aunque esta gruñó mientras la ayudaban a coger algunas cosas.

—No metáis más ropa. Serán un par de días, como mucho.

—No vas a volver hasta que no nos aseguren que puedes hacerlo. Además, tienen que averiguar qué ha pasado. Julio ha hablado con Mariano y le ha dicho que no sabía nada. ¿Por qué no lo has avisado?

Columba se sentó en la cama, cansada.

—Solo pensé en la ambulancia.

—Vale, no te preocupes. Mariano ha dicho que no sabe cuándo se podrá pasar el técnico de bomberos de León. Mientras tanto, no puedes quedarte aquí.

—Está bien, no te enfurruñes más. Ya he dicho que voy a ir con vosotros, ¿no?

Deirdre cerró la maleta vieja.

—Yo no me enfurruño, bonita —dijo con la barbilla en alto—. Esto ya está. ¿Hay algo más que tengas que hacer?

—Solo rellenar los dispensadores de las gallinas. ¡Menos mal que los compré! Así no tendré que venir todos los días.

—¡Muy bien! Llevaré esto al coche mientras lo haces.

Lena se adelantó para coger la maleta.

—Ya la llevo yo si quieres.

—No, cariño, prefiero que acompañes a Columba.

Ella asintió y agarró a la anciana del brazo, que sonreía distraída, como si estuviera pensando en otra cosa.

—No sabía que tenías gallinas.

—Sí, me gusta comer huevos frescos. Hace años, me construyeron un corral detrás de la casa.

Salieron al jardín trasero, que lindaba con el bosque.

—¿El castañar llega hasta aquí?

La anciana miró a su alrededor sonriente.

—Sí, hija. Es enorme. Rodea todo el pueblo y sigue más allá. —

Señaló una montaña lejana—. Parece que quiera reconquistar el terreno perdido y volver a invadirlo todo.

Lena se acercó a los árboles que alcanzaban la valla trasera y acarició una de las ramas que se colaban por encima. Después la siguió hasta la cabaña de madera roja que había en el centro del jardín, rodeada por una valla metálica.

—¿Cuántos huevos ponen al día?

Columba traspasó la valla sola; Lena prefirió quedarse fuera al ver el suelo lleno de excrementos de gallina. Aquello era demasiado para ella.

—Depende, pero más o menos uno cada dos días. Los que me sobran los vendo en el colmado —dijo desde el interior.

Lena escuchó unos ruidos extraños dentro de la cabaña.

—¿Necesitas ayuda?

Pero Columba ya salía por la puerta.

—Solo tenía que ponerlo en modo automático para que vuelva a rellenarse cuando se vacíen los depósitos. Mientras no se vaya la luz, no hay problema.

—¡Qué pasada! ¿Y cómo entran cuando quieren comer?

Columba le hizo una seña para que la siguiera y rodeó la verja metálica. En el otro lado, señaló un agujero semicircular que había en la base de la cabaña y que parecía lo bastante grande para que pasara una gallina.

—¿Por ahí?

—Sí, no quería tener todo el día abierta la puerta, así que me hicieron ese hueco y me aseguraron que las gallinas aprenderían enseguida a entrar. Era cierto, son más listas de lo que parece.

Lena dejó que se apoyara en su brazo y caminaron hasta el coche.

En casa de Deirdre, Lena aprovechó para llamar a su padre. Las dos ancianas habían ido al huerto y Julio había desaparecido murmurando algo sobre el ayuntamiento. Sonaron cuatro tonos hasta que descolgó. Lena se sentía mal desde su última conversación.

—¿Papá?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—No, Lena. Soy yo.

La chica sintió que se le encogía el estómago al escucharla. Sabía que tendría que verla tarde o temprano —al fin y al cabo, era su madre— pero no esperaba hablar con ella todavía.

—¿Cómo estás, mamá? —preguntó con tranquilidad. Esperaba que la conversación siguiera así.

—Bien, hija, y tu hermano también. ¿Tú cómo estás?

—Sí, lo de Conlan ya lo sé. Hablo con él casi todos los días. ¿No te lo ha dicho? Siempre le digo que te dé un beso de mi parte.

—No, el muy mentirosillo no me ha dicho nada.

Lena esperaba no haber causado un problema a su hermano.

—Bueno, solo llamaba a papá para ver qué tal estaba. Como hemos quedado en que me iba a quedar unos días más...

—¡Ah! Pensaba que llamabas porque querías volver, eso es que te lo estás pasando bien. ¡Cuánto me alegro! Por supuesto, quédate el tiempo que quieras. Hablaré con tu padre para que no se enfade, tranquila.

Lena hizo una mueca al darse cuenta de que la repentina alegría de su madre la provocaba el hecho de que no volvería a casa por el momento. No quería seguir hablando con ella.

—Vale, pues un beso para todos. Dile a papá que he llamado.

—Por supuesto, no te preocupes. ¡Pásalo bien!

Lena se quedó mirando el móvil como si fuera una serpiente a punto de morderla. Al presentir que iba a empezar a darle vueltas a la asquerosa conversación que acababa de tener, cogió el cuaderno que había comprado en el colmado para distraerse. Apuntó lo que había descubierto esa mañana y sus teorías sobre los asesinatos. Después, anotó la relación de los sospechosos con la víctima, lo que sabía de cada uno y donde estaban cuando se produjeron los asesinatos. Cualquier cosa para no pensar en su madre.

Cuando Deirdre la llamó para que bajara a comer, acababa de escribir el nombre de la persona a la que apuntaban todas las pistas y no podía dejar de mirarlo, atónita. Se sobresaltó al escuchar la voz de Deirdre y, después de esconder el cuaderno debajo del colchón, bajó las escaleras desorientada. Estaba segura de que se había equivocado en algo.

Capítulo 12

Cuando llegó a la plaza todavía faltaba media hora para las nueve. Había calculado bien, tenía tiempo de sobra para deshacerse de Benita.

Paseó bajo la luz de las farolas, saludando a los vecinos que se encontraba; era tan solo uno más de los cientos de personas que merodeaban por allí.

Abrió la verja de la casa y cruzó el jardín hasta la entrada. Tenía una excusa preparada por si no estaba sola. La puerta estaba cerrada con llave, así que no le quedó más remedio que llamar al timbre y esperar con las manos en los bolsillos.

Sentía algo de pena por lo que iba a hacer, porque apreciaba a las personas que le hacían la vida más fácil y ella formaba parte de ese grupo, pero eso no compensaba el peligro al que lo exponía. Oyó sus pasos acercarse. Cuando lo vio, la mujer sonrió extrañada pero contenta.

—¡Ah, eres tú! ¡Qué bien!

Anduvo delante de él por el pasillo.

—Precisamente estaba preparando tu plato favorito.

En la cocina, Benita se dio la vuelta y vio como él se ponía unos guantes de látex.

—¿Qué haces? —le preguntó, todavía sonriente.

Había cogido la ensaladilla para servirle un poco, pero cuando se fijó en la cara de él, la fuente se le escurrió de las manos y se estrelló contra el suelo. Abrió la boca para gritar, pero él la agarró del cuello

antes de que pudiera hacerlo y apretó... Apretó hasta que el cuerpo sin vida de Benita se derrumbó sobre los cristales rotos. Él se entristeció al darse cuenta de que nunca volvería a comer una ensaladilla como la suya.

* * *

No había llevado ningún jersey negro, por lo que se puso una camiseta azul marino de manga larga con los *leggings* negros. No pegaban mucho, pero tampoco iban a una fiesta. Bajó los escalones descalza y, cuando llegó a la planta baja, se quedó quieta unos segundos, escuchando. Por suerte, las habitaciones de Deirdre y Columba estaban cerradas.

Julio llegaría más tarde, porque se quedaría en el pueblo durante las fiestas hasta que la plaza se despejaba, por si había problemas. Caminó despacio hasta la puerta para que la madera del suelo no crujiera y cerró con llave sin hacer ruido. Se ató los cordones de las zapatillas en los escalones del porche y cruzó deprisa el jardín al ver que Héctor la esperaba apoyado en la moto.

—¿Llego tarde? Me ha parecido que iba bien de hora, pero...

Él la agarró por la cintura y la atrajo entre sus piernas. Su beso hizo que Lena olvidara lo que iba a decir y que le echara las manos al cuello. El chico se separó de ella con una sonrisa.

—Hola.

Se estremeció al escuchar su voz.

—Hola, te preguntaba si había llegado tarde. —Estaba segura de que tenía cara de tonta, pero no podía evitarlo.

—No, yo he llegado pronto, porque tenía demasiadas ganas de verte. —Tiró suavemente de una de las trenzas que Lena se había hecho para que el pelo no le molestara—. Me gustan.

—¿En serio?

—Mucho.

Se inclinó y le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja. La adolescente sintió que un hormigueo le recorría la columna.

—¿Nos vamos? Si no, llegaremos tarde —se obligó a decir.

—Claro.

Héctor le pasó el casco.

— ¿Y los extintores? —preguntó mientras se lo ajustaba.

—Los lleva Felipe. Me ha dicho que su tía tenía en la farmacia. Vamos hasta la esquina andando, así no nos escucharán. ¿Cómo has conseguido escaparte?

—Columba estaba hecha polvo y se ha metido a las ocho en la cama, y Deirdre y yo, poco después. El alcalde está en el pueblo.

Cuando llegaron a la esquina, Héctor arrancó la moto y señaló la parte de atrás del asiento.

—Venga, sube.

Ella lo hizo y se aferró a la camisa de él por detrás, pero Héctor le cogió los brazos e hizo que le rodearan la cintura.

—Es más seguro para ti.

—Ya... Lo haces por mí, ¿no?

—Por supuesto. ¿A mí qué más me da que me abrace una chica como tú?

Se miraron a los ojos a través de las viseras de los cascos, hasta que ella le tocó el hombro.

—Venga, vámonos.

Él soltó una carcajada y puso rumbo al castañar.

—¿Por qué vamos por aquí? —gritó Lena.

—Porque todavía estamos en fiestas. El pueblo estará lleno de gente y tardaríamos mucho en atravesarlo. Así daremos un rodeo, pero es más rápido.

Felipe los esperaba en el sitio acordado y levantó el brazo cuando los vio. Se había quitado el casco y lo tenía ante él, sobre el depósito de la moto, que estaba apagada. Héctor también apagó el motor.

—¿Cómo estás? —le preguntó Lena, contenta de verlo.

—Bien. ¿Y tú? —preguntó con tono preocupado.

—Bien.

—No tenemos ni idea de donde están esos dos, ¿no? —preguntó Héctor, mirando alrededor—. El bosque es enorme, no sé si los encontraremos a tiempo.

Felipe miró detrás de él, en dirección a la espesura.

—¿Qué estás pensando? ¿Se te ha ocurrido algo?

—Mi tía Flo fumaba a escondidas.

Lena lo miró ojiplática.

—¿Por qué hacía eso?

—¿Una farmacéutica que fuma y que vende todo tipo de soluciones para dejar de hacerlo? —dijo Héctor—. Los del pueblo la habrían puesto verde.

—Eso decía ella —corroboró Felipe.

—¿Por qué lo has dicho? —preguntó Lena—. ¿Has recordado algo?

—Ella nunca admitió que fumaba ni lo hacía delante de mí, pero cuando volvía de dar su paseo apestaba a tabaco, aunque masticaba chicles y a veces se echaba colonia. Hace pocos días, volvió preocupada de una de sus salidas. Creo que vio algo.

—¿Te dijo qué era?

Felipe miraba a lo lejos intentando recordar.

—No, solo murmuró que tenía que hablar con el alcalde, pero estoy seguro de que solo quería acercarse a él.

—Si no sabes nada más... —dijo Héctor.

—Sí, sé dónde iba a esconderse, porque un día la seguí. Estaba preocupado porque no sabía adónde iba cuando desaparecía.

Héctor le dio una cachetada en la espalda.

—¡Joder, tío! ¿A qué esperamos, entonces?

Felipe los guio por un camino que se internaba en el corazón del bosque mientras empujaban las motos. Avanzaron en silencio hasta llegar a una gran explanada circular rodeada por grandes rocas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Felipe.

Lena ya lo había pensado.

—Lo primero es buscar un buen escondite. Ese parece un buen lugar. —Señaló hacia la izquierda, donde se encontraban las rocas más grandes—. ¿Has traído los extintores?

Él sacó la bolsa que llevaba en el portaequipajes de la moto.

Héctor se había acercado a una piedra que formaba un repecho natural en el que se podían sentar cómodamente.

—¿Qué os parece aquí?

—Por mí bien —dijo Felipe mientras sacaba los extintores—. Me gustaría saber para qué quieres esto.

—No estoy segura. —Lena se mordió el labio inferior—. Se me ha ocurrido que es posible que intenten quemar el bosque.

—¡Joder!

Héctor sacó el móvil, pero ella lo sujetó por la muñeca.

—Ya te he dicho lo que opina Mariano. Aunque se lo cuente, va a pensar que exagero. Y si no lo impedimos, presiento que hoy va a ocurrir algo muy grave aquí.

El chico compuso una mueca de fastidio, pero guardó el móvil. Felipe estaba asombrado, nunca había visto que Héctor hiciera tanto caso a nadie; era el tío más testarudo que conocía.

Se sentaron en la piedra rodeados por el silencio del bosque.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Lena.

La miraron como si estuviera loca. Ella sacó de la pequeña mochila los tres bocadillos que había preparado a la hora de la siesta, cuando todos dormían, y los refrescos que había cogido de la nevera de Deirdre.

—Las bebidas estarán calientes, pero los bocatas están buenos. Son de jamón, tomate y aceite de oliva.

Los chicos prácticamente babearon al escucharla. Cuando se los dio, los desenvolvieron y se los comieron antes de que ella hubiera pegado el primer mordisco al suyo.

Dos horas después, Lena hablaba con Felipe en voz baja mientras Héctor dormía con la cabeza apoyada en su regazo y ella le acariciaba suavemente el pelo.

—No sabes lo increíble que es lo vuestro —comentó Felipe, mirándolos con admiración—. Nunca lo he visto tan relajado como esta noche, ¡y fíjate en qué situación estamos! Siempre me ha parecido que estaba enfadado con todo el mundo, que tenía ganas de pelear. Pero contigo es otra persona.

—No creo que pueda influir tanto en él.

—Te aseguro que lo haces, y no me extraña. Aunque es mi mejor amigo, me pregunto por qué lo has elegido a él.

—Lo siento.

—No lo hagas, empiezo a pensar que era inevitable. —Le tiró suavemente de una de las trenzas y sonrió—. Eres un encanto, Lena. ¡Ojalá te hubieras decidido por mí!

Felipe se irguió y frunció el ceño.

—Viene alguien, despierta a la Bella Durmiente.

Lena se inclinó sobre Héctor para llamarlo y él abrió los ojos al instante.

—Ya vienen.

Se sentó y sacudió la cabeza, como si fuera un perro espabilándose. Luego se puso en cuclillas y se asomó por un lado de la piedra, mientras Felipe lo hacía por el otro. Ambos estaban protegidos por unos arbustos que crecían pegados a las rocas. Lena se dio cuenta de que no podía sacar la cabeza por arriba, porque la piedra medía más de dos metros y la habrían visto. Entonces Héctor le hizo un gesto para que se acercara y se echó hacia atrás para dejarle espacio.

—Ponte delante de mí —susurró.

Lena se puso de rodillas y él se acopló a su espalda, de manera que los dos veían lo que pasaba. Un todoterreno blanco aparcó en el otro extremo del círculo y Lena, sigilosamente, cogió su móvil y comenzó a grabar.

—Buena idea —murmuró Héctor.

Al aumentar el *zoom*, pudieron apreciar mejor lo que hacían, ya que se encontraban demasiado lejos para distinguir sus movimientos.

Eloi y Máximo bajaron del coche y comenzaron a descargar con sumo cuidado unas cajas de madera de color claro, de metro y medio de ancho aproximadamente, que tenían aspecto de ser bastante pesadas. Hablaban entre ellos, pero Lena no oía lo que decían. Sacaron un total de diez cajas del coche y las dejaron en un montón ordenado junto a la rueda trasera izquierda. Máximo bajó otra mucho más pequeña, de madera oscura, que colocó aparte.

Eloi comenzó a limpiar de hojas un trozo del suelo, hasta que una trampilla de metal quedó a la vista. Entonces, tiró de la gran anilla de hierro y dejó al descubierto una escalera que conducía a las entrañas

de la tierra. Máximo miró hacia todos lados antes de bajar las cajas.

—No creo que nadie conozca este escondite —dijo Lena cuando desaparecieron de la vista—. ¿Tú que crees?

—No, deben de haber excavado un almacén o algo así. Yo creía que todo esto era del alcalde.

—Sí, es suyo. Lo dijo el día que cenamos en la palloza. Esto tiene muy mala pinta.

Cambió de mano el móvil porque se estaba cansando y Héctor le propuso sostenerlo un rato mientras le apretaba inconscientemente la cintura. Lena se lo pasó, porque la mano le hormigueaba.

Bajaron todas las cajas en pocos minutos y, después, cerraron la trampilla y volvieron a colocar las hojas caídas de los árboles sobre ella. Pero aún no habían terminado con su trabajito nocturno. Entre los dos, cogieron la caja pequeña que habían dejado aparte y caminaron despacio hacia donde estaban escondidos ellos tres. Pasaron a pocos centímetros y Héctor extendió su mano sobre el estómago de Lena en un intento de tranquilizarla. Ella colocó su mano sobre la de él, casi sin respirar.

Eloi y Máximo dejaron la caja con un mucho cuidado frente a ellos y quitaron la tapa superior deslizándola despacio. En cuanto lo hicieron, echaron a correr hacia el coche, lo arrancaron y desaparecieron.

Héctor y Felipe corrieron hacia la caja para ver qué había dentro.

—¡Esperad! ¡Coged los extintores!

—No creo que sea fuego, precisamente.

—No, pero si son lo que creo, hay que intentar neutralizarlas lo antes posible.

Lena había cogido uno de los extintores mientras hablaba y tiró de la argolla como la habían enseñado en el colegio. Se acercó a la caja mientras ellos la observaban asombrados, hasta que Héctor se colocó ante ella.

—Dámelo. Felipe, quita la argolla del otro por si nos hace falta. Y tú —dijo mirando a Lena con seriedad—, aléjate.

Héctor empuñó el extintor y se acercó a la caja.

—¡Joder, son avispas!

Lena asintió, porque era lo que se había imaginado. La caja estaba llena de miles de avispas que emitían un murmullo feroz, como si tramaran entre todas un plan maquiavélico.

—Tenemos que rociarlas con el contenido del extintor para que no puedan volar. Luego tendremos que cerrar la tapa.

Héctor asintió y tragó saliva.

—Joder, esto se merece una cita en condiciones. ¿Qué dices?

A ella le habría gustado sonreír al contestarle, pero no pudo.

—De acuerdo, ¡pero noquea a esas cabronas!

Héctor roció sin piedad toda la caja, de forma que ninguna pudo escapar. Cuando vació el extintor, donde antes había estado la caja solo se veía un bulto blanco lleno de espuma burbujeante. Lena, muerta de miedo, se acercó a la tapa caída y medio cubierta por espuma y la empujó poco a poco hasta que estuvo cerrada. Felipe llegó respirando agitadamente.

—¡Ya está! ¡Ya he quitado la puta argolla! ¿Y ahora, qué?

Lena y Héctor no tuvieron más remedio que reír a carcajadas mientras él los miraba con el ceño fruncido.

—Imagino que tenemos que llevárnoslas... —dijo Héctor cuando se calmaron y fueron conscientes de lo que habían conseguido.

—Sí, son un peligro para los castaños, pero no sé cómo lo podemos hacer, y menos con las motos. ¿Y si miramos qué hay en las otras cajas?

—¡De eso nada! —contestó Felipe con brusquedad—. Pueden volver en cualquier momento. Vámonos y que venga Mariano a encargarse de eso.

—Sí, será lo mejor —convino Héctor—. A ver cómo las llevamos.

—La caja cabe de sobra en la bolsa donde he traído los extintores, y la puedo llevar en la parte de atrás. Si tenemos cuidado, no tiene por qué pasar nada.

A Lena le parecía peligroso, pero no se le ocurría otra manera de hacerlo. Entre los dos chicos metieron la caja en la bolsa y la llevaron a la moto, donde la aseguraron tanto como pudieron. Después condujeron hasta el pueblo. Eso sí, muy despacio.

Lena los había convencido para ir a casa del alcalde, porque

estaba mucho más cerca que el cuartelillo. Allí podrían dejar las avispas y, sobre todo, contarle enseguida a Julio lo que había ocurrido. Cuando llegaron, a Lena apenas le dio tiempo de respirar con tranquilidad.

—Chicos, la puerta de la casa está abierta —dijo Felipe.

Héctor miró hacia la entrada y entornó los ojos antes de bajar de la moto.

—Felipe, quédate con Lena.

Su amigo asintió y se colocó junto a ella. Solo tuvieron que esperar un par de minutos hasta que Héctor salió, con el rostro pálido y hablando por el móvil.

—Mariano, estamos en la casa del alcalde. Acabo de encontrar a Benita muerta en la cocina.

Capítulo 13

Julio llegó poco después que la Guardia Civil y se acercó a ella con cara de preocupación.

— ¿Te encuentras bien?

Le puso la mano en el hombro y la miró fijamente.

— Sí, no te preocupes.

— Cuando Mariano me ha dicho que Héctor había encontrado a Benita en mi casa y que tú estabas con él...

— Sólo ha entrado Héctor. ¿Tú ya estabas en casa de Deirdre?

— No, estaba con Mariano comprobando algunas cosas ¿Deirdre sabe que estás aquí?

— Sí, la he llamado y le he dicho que estaba contigo para que no se preocupara.

— Tendrás que explicarle qué hacías dando vueltas por ahí con esos dos, porque no creo que lo sepa —la reprendió. Julio sabía que Deirdre quedaría destrozada si a Lena le pasaba algo.

— Veníamos a hablar contigo. Tenemos que contarte algo muy importante que hemos visto en el castañar. Mira esto antes de decir nada, por favor.

Le puso la grabación. Héctor y Felipe estaban respondiendo a las preguntas de Mariano, algo apartados de ellos.

— ¿Qué había en las cajas que metieron bajo tierra y en la que dejaron fuera?

— La caja que dejaron abierta estaba llena de avispas. Por lo que nos contaste el día de la palloza, estoy segura de que son «avispijas»

del castaño». Las otras imagino que contienen algún tipo de material de contrabando, aunque no vimos lo que había dentro. Creo que fueron ellos los que fueron aquella noche a la nave de ganado.

—¿Avispillas del castaño? ¡No podemos perder el tiempo, el soto entero está en peligro!

—Tenemos la caja.

Lena le hizo un gesto para que la acompañara hasta la moto de Felipe, donde estaba la bolsa con la caja, sujeta al portaequipajes. Se oía el murmullo de las avispas.

—¿Oyes eso? Creo que están bastante cabreadas.

—¿Cómo las habéis cogido? —preguntó, asombrado.

—Héctor las ha rociado con un extintor y luego he cerrado la tapa. Felipe ha donado amablemente su bolsa para transportarlas y las ha traído hasta aquí.

Los dos chicos, apoyados en el muro de la casa frente a ellos, los miraban sonriendo y disfrutaban de la cara del alcalde.

—Por cierto, ¿eres el jefe de Mariano?

Él la miró con la boca abierta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque obedece tus órdenes en temas de trabajo.

—No recuerdo haberle ordenado nunca nada delante de ti.

—Con palabras no, pero sí con gestos.

—¿De dónde sacas esas cosas? —Ella se encogió de hombros—.

Seguro que sabes que antes era policía, pero ahora estoy jubilado.

Lo miró fijamente.

—Ya —respondió lacónicamente.

Luego se sentó junto a los chicos y, desde allí, escucharon las palabras de Mariano cuando salió de la casa.

—El forense dice que la han estrangulado. ¿Qué coño está pasando, Julio?

—No lo sé, no consigo encontrar ninguna relación entre los muertos. Es como si estuvieran elegidos al azar; ni siquiera he dado con un móvil claro para ninguno de los tres asesinatos.

Miró a Lena y luego su reloj; era la una y media. Deirdre debía de estar desquiciada.

—Julio, esa chica es más lista de lo que parece. En el cartelillo me contó algunas cosas a las que no le di importancia entonces, pero todo lo que me dijo era verdad. Me contó que creía que Martín y Adela no eran hermanos y que no estaban en el pueblo para llevar el bar. Y ahora descubre lo del bosque. ¡No me lo puedo creer!

—Sí, me acaba de preguntar si soy tu jefe. Cree que sigues mis órdenes.

—Pero ¿cómo se ha dado cuenta de eso?

—Al parecer, no somos tan discretos como creemos, o ella es demasiado lista. En cualquier caso, lo más importante ahora es que veas el vídeo que ha grabado. Los protagonistas son Eloi y Máximo.

Hizo una seña a Lena para que se acercara y le pidió que le enseñara el vídeo a Mariano. El guardia civil lo observó con la boca abierta y se frotó la nuca.

—¡Joder! ¡En nuestras propias narices! Tenemos que ver qué hay en esas cajas. Si es lo que sospecho, los detendré esta misma noche.

Volvió a reproducir el vídeo para fijarse en los detalles.

—¿Sabes dónde está ese sitio? —El alcalde asintió—. Lena, mándame una copia del vídeo y otra a Julio. Necesito más hombres, voy a llamar a León. Con algo de suerte, estarán aquí en media hora.

—¿Te puede llevar uno de ellos a casa? —le preguntó Julio a la chica.

—Sí, claro. ¿Y las avispas?

—Dejadlas en mi garaje.

—De acuerdo.

Mariano volvió con cara de determinación.

—Nos envían refuerzos, pero he cambiado de opinión. Dejaré aquí los hombres necesarios y me iré con un par de coches a casa de Eloi y Máximo. No quiero que se escape.

—¡Un momento, por favor! —intervino Lena—. Tenía razón cuando te dije lo de Martín y Adela, ¿no es cierto? —El guardia asintió, sin saber dónde quería llegar—. Creo que Eloi y Máximo son los asesinos de Benita y de Flo, y también los que provocaron el fuego. Han hecho todo eso para que nadie descubriera lo que esconden en el bosque.

Mariano abrió la boca para contradecirla, pero Julio intervino:

—Compruébalo, ha demostrado que esto se le da bien.

El guardia suspiró y asintió.

—Solo te pido que no descartes la posibilidad —murmuró Lena.

Cuando Julio y Mariano se marcharon, llevaron las avispas al garaje de Julio. Héctor la dejó en casa poco después.

Lena le estaba devolviendo el casco cuando Deirdre abrió la puerta de la casa y se cruzó de brazos. Sabía que estaba enfadada; era de esperar, y prefería hablarlo cuanto antes. Le dio un golpecito en el brazo a Héctor.

—Hasta luego.

—¿Quieres que hable con ella?

Lena arqueó las cejas. ¿De verdad pensaba que si hablaba con Deirdre se iba a tranquilizar? Solo la cabrearía más.

—No, no te preocupes. Luego hablamos, ¿vale?

Cruzó la verja mientras escuchaba el rugido de la moto al alejarse. Deirdre la miró ofendida. Detrás de ella estaba Columba, también en pijama.

—Son las dos, creía que estabas en la cama.

—Lo sé.

Deirdre, sorprendente como siempre, se apartó para dejarle entrar.

—Pasa, te prepararé un chocolate caliente.

Lena se sintió tan feliz que le dio un beso en la mejilla, pero Deirdre entrecerró los ojos.

—No creas que te vas a librar tan fácilmente. Aunque he hablado con Julio, quiero que me cuentes todo lo que habéis hecho y por qué te has escapado sin avisar.

—¿Te ha llamado?

—Hace un momento. Me ha pedido que no fuera dura contigo. Dice que tanto él como Mariano están impresionados por lo que has hecho esta noche. Y también me han confirmado que llevas algún tiempo investigando lo ocurrido en el pueblo.

—¡Vaya susto, carallo! —intervino Columba—. No sabíamos qué te había pasado.

La agarró del brazo y la condujo a la cocina, donde Lena les ofreció una versión rápida de lo ocurrido para poder irse a dormir cuanto antes; estaba hecha polvo.

* * *

Por la mañana, se sentó en la cama con el corazón agitado. Sabía que no podía retrasarlo más. La noche anterior no le había dicho la verdad a Mariano. Al menos, no toda la verdad, porque antes tenía que confirmar algo que le rondaba la cabeza desde el día anterior. Se desesperó y se metió en la ducha mientras pensaba en qué excusa utilizaría con Deirdre, porque precisamente a ella no podía contarle nada. Cuando confirmara su sospecha, tendría que decidir si era capaz de acusar a una persona a la que había cogido tanto cariño.

Las dos mujeres la esperaban en la cocina.

—¡Ven, siéntate! ¡No te lo vas a creer! —exclamó Deirdre—. El soto de Julio está lleno de túneles. Han encontrado explosivos, armas, droga y bastante dinero. Tardarán tiempo en descubrir hasta donde llegan las galerías, pero un par de ellas atraviesan el pueblo.

Lena se dejó caer en la silla, alucinada.

—Pensaba que solo habían excavado un hoyo con una trampilla y que lo habían utilizado como almacén.

Fiona se subió encima de sus piernas y comenzó a lamerse una pata, con la que luego se limpió la cara. Lena le dio un mordisco a la tostada que le había preparado Deirdre.

—Por lo que dice Julio, las excavaciones son antiguas. Va a venir un experto a verlas.

—¿Los han detenido?

Lena se mordió el labio, nerviosa. Por la noche se había despertado un par de veces porque había tenido unas pesadillas horribles.

—¡Sí, esta madrugada! Están en León, espero que les pongan la máxima condena. Pobre Benita... Otra cosa: han encontrado a Adela viviendo en las ruinas del Monasterio de Alfarache. Un vecino de un pueblo cercano la vio y avisó a la Guardia Civil. Adela se lio a tiros

con ellos, pero afortunadamente nadie ha salido herido y también está detenida. Creen que es la asesina de Martín.

—¿Dónde está ese monasterio?

—A unos cinco kilómetros. Es un sitio precioso, pero está derruido casi por completo.

Deirdre recogió las tazas del desayuno.

—Que los encierren a todos y tiren la llave —dijo Columba.

Lena tragó el último trozo de tostada.

—Me gustaría dar una vuelta con Héctor, si te parece bien.

Deirdre se giró hacia ella como un resorte, pero finalmente asintió.

—Pero ven a comer aquí.

—Claro. Ya no tienes de qué preocuparte, los han cogido —mintió.

—¡Gracias a Dios! ¿Verdad, Columba?

La anciana asintió con alegría y limpió la mesa mientras Lena mandaba un mensaje a Héctor.

Una hora después, se despedía de las dos con una sonrisa que se borró de su cara en cuanto atravesó la verja del jardín. Al verla, Héctor también se puso serio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, y le dio un ligero beso en los labios.

Lena suspiró. Estaba tan preocupada que no disfrutaba como era debido de semejante chico.

—Tengo que ir a la biblioteca, es importante.

Héctor ya la conocía y sabía que nunca hablaba por hablar.

—Sube.

Llegaron en cinco minutos y Héctor dejó la moto junto a la biblioteca. La casa de Julio estaba precintada y había una pareja de guardias civiles vigilando en la puerta.

—Vamos al piso de arriba, prefiero que no nos vean.

Él asintió y dejó que Lena subiera primero la escalera de caracol.

—¿Qué quieres investigar? —preguntó cuando ella ya estaba tecleando en el ordenador.

Ante su respuesta, Héctor se quedó atónito un momento, pero

enseguida se sentó en otra mesa y encendió el portátil.

* * *

Dos días después, por la noche, la Guardia Civil hizo una redada en la casa rural de Amelia y Belén. Interrumpieron uno de sus rituales satánicos en los que los adeptos practicaban sexo en el cementerio después de tomar hongos alucinógenos. Los miembros masculinos de la secta sangraban y todos, excepto las dos brujas, se encontraban fuertemente drogados.

Para celebrar que todo hubiera acabado, Deirdre decidió dar una merienda en su casa, parecida a las fiestas de cumpleaños de los niños. Había sándwiches, refrescos y dos tartas, todo en cantidad suficiente para que los invitados se hartaran de comer.

Cuando estaban sentados tranquilamente en la cocina, Mariano se levantó. Tenía delante a Chema, Héctor, Felipe, Julio, Deirdre, Columba y Lena.

—Este ha sido un caso sorprendente para mí, porque ha habido una persona ajena a la investigación que nos ha ayudado mucho. — Lena lo miró alarmada, temiéndose lo peor—. Por eso creo que es de justicia que Lena nos explique cómo llegó a la conclusión de que Martín era el asesino de Ramón.

Héctor, Felipe y Chema aplaudieron y silbaron entusiasmados, lo que provocó que ella se levantara y se inclinara ante ellos con bastante guasa.

—Bueno, muchas gracias, pero no sé qué queréis que os diga.

—¡Venga, Lena, cuéntanos cómo lo descubriste! —chilló Chema, a quien su hermano dio una colleja para que se callara. No quería que la pusiera nerviosa.

—Está bien. Al principio, yo no estaba demasiado contenta de estar aquí y, bueno, investigar algo así me parecía emocionante. Lo siento, Columba. —Sus amigos carraspearon—. Pero no lo he hecho sola. Lo hicimos entre todos: Héctor, Felipe, Chema y yo.

—¡Chema no ha hecho nada! Empezó a salir con su novia y dejó de venir —canturreó Héctor.

Chema intentó darle un puñetazo, pero Deirdre les dijo que si no se estaban quietos, los mandaría a su casa. Lena puso los ojos en blanco y decidió continuar antes de que se liaran a discutir de verdad.

—Cuando conocí a Martín y a Adela en el ayuntamiento me quedó clarísimo que no eran hermanos. Por eso no dejé de observarlos. Era tan raro...

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Deirdre—. Yo no puse en duda nunca que fuesen hermanos. No lo entiendo.

—Bueno, no se miraban como dos hermanos. A él le pillé un par de veces mirándole los pechos. —Chema le dio un codazo de adolescente a Héctor, que miró hacia otro lado, pero Lena vio su sonrisa y se prometió que luego se las pagaría—. En otra ocasión, el día que comimos junto al río, cuando volvía del colmado, miré por la ventana del bar. Estaban los dos juntos tras la barra y Martín le estaba tocando el culo. Al darme cuenta de que mentían en eso, pensé que podrían mentir en lo demás, ¿no? Le di muchas vueltas. Esto de ser detective requiere mucho más trabajo del que yo pensaba. —Todos rieron, y ella también, mostrando sus hoyuelos—. Pero me lo he pasado bien. Cuando Deirdre me dijo al día siguiente del asesinato de Martín que Mariano quería interrogarme, supe que era mi oportunidad. Deirdre insistía desde hacía días en que volviera a Madrid y se me ocurrió una manera de conseguir que no pudiera enviarme de vuelta. Al menos, no tan pronto. Mandé un mensaje a Mariano diciéndole que prefería que me interrogara a solas para poder ser sincera, pero que no lo contara, y él lo hizo. Durante la charla, le convencí para que les dijera a todos que no me podía ir del pueblo por si tenía que volver a hablar conmigo.

Lena se sentó y Deirdre abrió la boca indignada, mirando a Mariano. Él levantó las palmas de la mano en son de paz.

—No pude decirle que no. Hizo algunas observaciones sobre Martín que me dejaron impresionado. Decidí darle un voto de confianza, y fue la mejor elección. Gracias a ella se han resuelto los misterios que rodeaban al pueblo.

—Ya hablaremos —siseó enfadada Deirdre a Mariano, que pidió

ayuda a Julio con la mirada. Pero el alcalde negó con la cabeza.

—Lena tenía razón sobre los supuestos hermanos. No lo eran y tampoco tenían familia aquí. Cuando llegaron al pueblo convencieron a la gente de que el tío Benito, el anterior dueño del bar que creíamos que no tenía familia, era primo de su padre; y que cuando este había muerto, ellos habían heredado el bar. Por supuesto, todo era mentira.

—Entonces, ¿quiénes son? —preguntó Columba.

—A él lo hemos identificado por las huellas: se llama Juan Carlos Arribas. Es un viejo conocido de la policía que lleva toda la vida entrando y saliendo de la cárcel. Ella es Nieves Marín. Son pareja y los dos estaban en busca y captura por varios asesinatos. Como sabéis, a ella una patrulla la ha encontrado en las ruinas de un monasterio cercano. Todavía no ha admitido nada, pero creemos que mató a su cómplice, aunque no sabemos por qué. También desconocemos el motivo por el que Juan Carlos asesinó a Ramón.

Lena agachó la cabeza, hecha polvo. Ella sí lo conocía, aunque preferiría no haberse enterado.

—En cuanto a Amelia y Belén, todavía no tenemos demasiada información, salvo que están detenidas y que realizaban ciertos... rituales satánicos.

Deirdre se había puesto pálida.

—¿Tenían muchos seguidores?

—Creo que una quincena, aproximadamente. Pero ellas eran las líderes, por así decirlo. Utilizaban hongos alucinógenos para sus rituales, con los que conseguían que sus adeptos creyeran que habían visto realmente al demonio, y cosas así. Creemos que, cuando los fieles estaban drogados, les robaban. Al despertarse, estaban tan desorientados que no se daban cuenta de nada. Pero no parece que hayan tenido nada que ver con los asesinatos ni con el contrabando de armas y droga. Lena, ahora me gustaría que contaras lo que te pasó la noche de la fiesta.

—Tuve la «suerte» de oír a Eloi y Máximo hablar antes de que me atacara Martín, pero con el susto lo olvidé hasta el día siguiente.

—¿Qué dijeron?

—Algo así como que tenían que hacer algo la noche siguiente sin falta, porque, si aprobaban las subvenciones, él no lo vendería nunca. No dijeron nombres, pero como Julio nos había contado que querían comprar el bosque, sabía a qué se referían.

—¿Y cómo supiste lo que planeaban hacer?

—No tenía ni idea, pero pedí ayuda a Héctor y a Felipe y les dije que consiguieran extintores. Pensaba que intentarían quemar el bosque, es lo único que se me ocurrió.

Deirdre gimió, muerta de miedo al pensar en lo que le podría haber pasado a Lena.

—No te preocupes, no corrimos peligro en ningún momento. Cuando llegaron estábamos escondidos y vimos como sacaban unas cajas del coche y las bajaban por una trampilla. Bueno, todas menos una, que colocaron más lejos. Le quitaron la tapa y volvieron corriendo al coche.

—Imaginé cuál era el cometido de las avispa por la conversación con Julio, y la única arma que teníamos contra ellas eran los extintores.

Héctor decidió intervenir ante el pavor que había en el rostro de Deirdre:

—Felipe y yo nos aseguramos de que Lena siempre estuviera a salvo. Cuando conseguimos neutralizarlas con la nieve del extintor, ella cerró la caja y se la llevamos a Julio.

—Si hubiera sabido lo que ibais a hacer, no os lo hubiera permitido —señaló Mariano—. Pero gracias a la inteligencia de Lena y a sus ayudantes pudimos resolver un delito que se estaba cometiendo desde hacía años en la zona: el contrabando de armas. El Soto del Castañar es la zona con mayor índice de venta y distribución de armas de toda España. Hace un par de años, interceptamos un envío, pero nunca descubrimos quiénes eran los jefes del negocio ni dónde almacenaban la mercancía. Si no hubiera sido por vosotros, creo que habiéramos tardado mucho más en hacerlo.

—Es hora de que haga una confesión —intervino Julio. Sonrió a Deirdre arrepentido, aunque esperaba que no se enfadara demasiado—. No he sido del todo sincero con vosotros. Es cierto que me llamo

Julio Turán y que mis antepasados vivieron en este pueblo durante varios siglos, pero no vine porque me había jubilado. Vine porque un amigo me pidió un favor: que ayudara a dismantelar la red de contrabando de armas que operaba en la zona. Es posible que algunos todavía no sepáis que antes de jubilarme fui policía, primero en Galicia y luego, cuando me nombraron comisario, en León, donde me había criado. El amigo que me pidió que viniera a ayudar a la Guardia Civil es el comisario que me sustituyó cuando me jubilé. Mariano y yo somos primos lejanos, aunque ninguno de los dos lo sabíamos y decidimos mantenerlo en secreto cuando lo descubrimos. En realidad, parte del castañar es suyo.

Todos miraron al guardia que, cruzado de brazos, sonreía. Lena también sonrió al entender la relación que había entre los dos.

—Mi abuelo le había contado a mi padre que había túneles muy antiguos debajo el pueblo, pero él no sabía dónde estaban exactamente —añadió Julio—. Yo pensaba que comunicaban algunas casas, o algo así. Nunca imaginé que fueran tan grandes para cruzar el pueblo ni que empezaran en el bosque.

—Movió la cabeza con incredulidad—. Después de ver el vídeo que grabaron los chicos, pudimos localizar la trampilla escondida y entrar en los famosos túneles. Son larguísimos, como los de las minas. Eloi y Máximo utilizaban los más cercanos como almacenes. Por eso estaban tan interesados en comprarme las tierras. Y yo pensando que era por las subvenciones... ¡No me puedo creer que no desconfiara de ellos! En fin, han reconocido que decidieron cargarse los castaños con las avispas para que les vendiera el soto.

—Pero ¿quién construyó las galerías?

Julio sonrió.

—He hablado con un amigo arqueólogo que va a venir a verlas en unos días. Por las fotos que le he mandado cree que es posible que lo hicieran los romanos.

—Encontramos gran cantidad de armas, droga y dinero —explicó Mariano—. Por supuesto, Eloi y Máximo están detenidos y tendrán que responder por esas actividades, pero Lena me volvió a sorprender al decirme que sospechaba que también habían cometido

dos de los asesinatos. Al principio, pensé en descartar la idea, pero, una vez más, tenía razón. Todos los indicios apuntan a que son los responsables de la muerte de Flo y de Benita. Aunque no sabemos quién mató a cada una de ellas, estamos seguros de que lo planificaron juntos. —Felipe miraba agradecido a Lena, porque se lo había dicho unas horas antes para que estuviera preparado—. Me gustaría saber cómo llegaste a esa conclusión.

Ella negó con la cabeza.

—Venga, todos estamos deseando saberlo —le susurró Héctor.

Lena suspiró agobiada y se levantó.

—Mariano, este es tu trabajo. A este paso vas a tener que contratarme como ayudante —bromeó—. Antes de nada, quiero recordaros que solo soy una adolescente, así que estoy segura de que hay muchas cosas que se me han pasado y que son importantes, pero lo he hecho lo mejor que he podido. Durante el incendio, no me di cuenta de algo importante, pero los días siguientes reconstruí la escena varias veces en mi mente y llegué a la conclusión de que no vimos salir en ningún momento a Máximo del restaurante.

—Eso me has dicho antes, pero cuando salimos Julio, Eloi y yo, Máximo estaba repartiendo agua entre la gente —apuntó Mariano.

Lena volvió a negar.

—Deja que te explique lo que quiero decir. Yo estuve mirando continuamente la puerta y él no salió por ella. En cuanto tú, Julio y Eloi salisteis, os vi enseguida. Era imposible no hacerlo, porque yo estaba frente a la salida.

El guardia civil estaba haciendo un esfuerzo por recordar, pero había estado evacuando a la gente y ayudando a los bomberos y no había podido controlar quién estaba entre la gente y quién no.

—¿Qué quieres decir?

—Que Máximo salió por la puerta trasera justo antes de que empezara el fuego, mientras que Eloi se unía a Julio y a ti para ayudar a la gente a salir, y sobre todo para teneros controlados. Ninguno le vimos porque había un follón tremendo. Los que salimos sanos y salvos, estábamos pendientes de los heridos o distraídos por el fuego. Minutos después, cuando ya había matado a Flo, se unió a

nosotros. Todo el mundo dio por hecho que había ido a llamar a los bomberos, o que seguía dentro de la palloza apagando el fuego. Yo, una de las veces que me di la vuelta, le vi dando agua a la gente, pero estoy segura de que un minuto antes no estaba ahí. En realidad, calculo que solo desapareció cinco minutos. No creo que necesitara más. Fue a la farmacia e hizo salir de detrás del mostrador a Flo con cualquier excusa, quizás le contó lo del incendio, y la apuñaló. Pero tuvo la mala suerte de que en ese momento llegó Deirdre. Se escondió y la golpeó por detrás para dejarla inconsciente. Luego solo tuvo que colocar el cuchillo en su mano y volver discretamente. El incendio fue su coartada y la manera de que nadie lo viera entrar o salir de la farmacia, porque todos estábamos distraídos de una manera u otra.

—¿Cuándo te diste cuenta de que habían sido ellos?

—Desde el principio pensé que el que había quemado la palloza lo había hecho para matar a Flo, pero no pensé en ellos. —Se mordió el labio inferior y se tiró de la cola de caballo mientras recordaba los hechos—. Cuando encontramos el cuerpo de Benita, algo hizo clic en mi cabeza y supe lo que había pasado. Además ¿quién lo tenía más fácil para meter el recipiente con el acelerante al fondo del horno? Estoy segura de que tenían calculado al minuto cuándo explotaría. Y últimamente he recordado otra cosa. ¿De dónde sacó Eloi las botellas de agua para repartirlas? Porque el colmado estaba cerrado. Advertí que debía de tener escondidas botellas de agua fuera de la palloza para tener la coartada de que las estaba repartiendo entre la gente. Pero, sobre todo, fue porque recordé lo que contó Benita la noche del incendio.

—¿Lo que Flo había dicho en la iglesia sobre Deirdre? — interrumpió el alcalde con voz incrédula.

—No, lo que había contado antes: que había visto algo que podía ser ilegal en el castañar, aunque no explicó nada más, ni siquiera a quién se refería. Poco antes, Julio nos había dicho que Eloi y Máximo querían comprarle el soto. Pensé en lo que había dicho Benita y me di cuenta de que lo importante de la conversación era lo que había visto Flo en el bosque. Siento no haberlo averiguado antes. A pesar de que

tardaré tiempo en sentirme segura del todo, fue una suerte que me escondiera en el bosque... —La voz le tembló ligeramente— ...porque antes de que Martín me atacara, escuché a Eloi y Máximo hablando. Estaban a pocos metros de mí y les oí quedar para «solucionar» lo del soto, aunque me equivoqué al pensar que querían provocar un incendio.

—¿Tengo que repetirte que habéis sido tremendamente imprudentes al ir los tres solos? —gruñó Mariano.

—Tú no me creíste —se defendió Lena indignada—. Me trataste como a una niña pequeña la primera vez que te dije lo que pensaba. ¿Qué querías que hiciera? Pero sé que tuvimos mucha suerte por cómo salió todo.

—¿Cómo sabías que los extintores os servirían contra las avispas? —preguntó Deirdre.

—No tenía ni idea, pero era lo único que teníamos a mano. Pensé que era posible que con la espuma encima no pudieran volar.

—Pues yo no creo que se me hubiera ocurrido nunca —confesó Chema, asombrado.

—Me sorprendió que escondieran aquellas cajas bajo tierra, porque estaba convencida de que solo estaban interesados en el bosque por los castaños.

—¿Cuándo has aprendido a fijarte tanto en lo que te rodea? —quiso saber Chema, que seguía con la boca abierta.

—Llevo toda la vida preparándome para este momento, leyendo novelas policíacas y viendo películas y series de televisión. Es normal que se me dé bien.

Todos se rieron, y ella también.

Durante el resto de la merienda, Lena mantuvo la sonrisa, pero Héctor, que estaba a su lado, advirtió su preocupación y le rozó la mano con el dedo índice. Cuando lo miró, él arqueó una ceja y Lena negó con la cabeza.

—Ahora no puedo, ya te lo contaré.

En contra de sus deseos, él aceptó.

Epílogo

Eran algo más de las diez cuando terminó la fiesta y se quedaron las tres solas. Julio se había ido con Mariano a recoger algunas cosas a su casa, pero volvería más tarde.

— ¿Por qué no nos sentamos un rato en el porche? Si os apetece, podemos tomarnos un helado — propuso Lena.

Las dos amigas se miraron divertidas.

— Venga, salid. Os los llevo enseguida.

Deirdre y Columba obedecieron cogidas del brazo mientras Lena les echaba una mirada triste y respiraba hondo. Preparó los cuencos, porque era la única excusa que se le había ocurrido para mantenerlas fuera, como le había pedido Mariano. Cuando repartió el postre, se sentó en un taburete de madera frente a ellas y hundió la cuchara en su helado de turrón. Tragó como pudo y se dirigió a Columba con fingida tranquilidad.

— ¿Cuánto tiempo estuviste viviendo en Galicia?

Deirdre comenzó a toser como si se hubiera atragantado y miró a Lena, horrorizada.

— ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

Entonces, Columba miró a su amiga, pero lo que fuera que iba a decir se le quedó atascado en la garganta al ver su expresión. La señora había dejado el cuenco sobre la mesa y miraba fijamente a Lena. Luego fijó la vista en Deirdre, pero no dijo nada. Lena estaba decidida a conseguir que confesara y siguió con el plan.

— Al principio estaba segura de que a Martín lo había matado su

«hermana», pero había algunas cosas que me chirriaban. Por ejemplo, que hubiera abandonado la pistola después de asesinarlo. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo más lógico era que se la hubiera llevado, sobre todo si pensaba huir. Creo que Adela se lo encontró muerto cuando volvió a la casa y huyó porque sabía que la persona que lo había asesinado iría después a por ella.

Miró a Columba a la débil luz de la lámpara del porche, pero la anciana continuaba tranquila, al contrario que Deirdre, que parecía muerta de miedo. Lena respiró hondo.

—Columba, sé que mataste a Martín y a muchos otros. Hace dos días, estuve en la alucinante biblioteca del ayuntamiento y encontré un artículo de la prensa local, de la fecha en que volviste al pueblo. Después de jubilarte, te hicieron una entrevista. Al ser un pueblo tan pequeño, imagino que sería una gran noticia que regresaras después de estar tantos años trabajando fuera. Así pude confirmar que vivías en Galicia en otoño de 1994, fecha en la que se publicó este artículo.

—Lena sacó el móvil y empezó a leer—: «La mafia de la droga se cobró ayer otra víctima en una sangrienta vendetta en la ría de Arosa, y lo hizo al más puro estilo de los gánsteres de Chicago, con un asesinato rápido, certero y a sangre fría. Cuando Mejías Bermúdez, de sesenta y dos años, jefe de un conocido clan familiar dedicado desde hace años al tráfico de estupefacientes, salía de su casa en Cambados (Pontevedra), se encontró frente a frente con la muerte. El asesino, cuya identidad se desconoce, lo disparó en el pecho y lo remató con un segundo tiro en la cabeza. Después trasladó el cuerpo a una mesa de piedra situada en un parque cercano. Por último, pegó a su pecho una hoja en la que había solo escrita una palabra: CHIVATO. Como es habitual en estos casos, no hay testigos. La principal hipótesis de la investigación señala que el narco fallecido había suministrado datos comprometedores sobre uno de sus antiguos jefes —uno de los principales capos de la ría de Arosa— a un conocido juez en un intento desesperado por evitar la cárcel para él y para tres de sus hijos. Eso explicaría el apelativo utilizado por el asesino, al que la Guardia Civil sigue buscando en estos momentos».

Deirdre se llevó la mano derecha a la boca y miró a su amiga con

los ojos anegados en lágrimas. Lena apartó la vista, pero se obligó a ser fuerte. Solo debía aguantar unos minutos más.

—Desde el principio dijiste que Ramón estaba preocupado por algo que había visto unos días antes para que pensáramos que lo habían matado por eso, pero Natalia me dijo que Ramón no le había dicho nada parecido. Y, a pesar de lo que tú repetías, el único problema entre los dos hermanos era que a Ramón no le gustaba el amante de Natalia. —Columba frunció el ceño, pero permaneció callada—. Debiste de quedarte helada cuando viste que lo habían asesinado y la forma en que lo hicieron, porque enseguida te diste cuenta de que había sido por tu culpa. A pesar de todo, estoy segura de que querías de verdad a Ramón.

Columba comenzó a llorar con los labios fruncidos, como si fuera una niña.

—Hemos reconstruido tu historia. Te sacaste el título de maestra en León, pero tuviste que trasladarte a Galicia porque no encontrabas trabajo aquí. Estuviste un par de años trabajando en un colegio hasta que una compañera con la que no tenías muy buena relación desapareció sin dejar rastro. Tres meses después dejaste el colegio y, desde entonces, no has vuelto a ejercer tu profesión. Esa profesión, quiero decir.

»Creo que asesinaste a tu compañera y que, al ver lo fácil que te resultó hacerlo, te dedicaste a matar gente. Me imagino que nunca pensaste que el asesinato de aquel capo de la mafia gallega tendría consecuencias tantos años después, pero las ha tenido y, desgraciadamente, no para ti. Su familia te ha encontrado después de tantos años. Contrataron a dos asesinos a sueldo para te mataran, y seguramente añadieron que te hicieran sufrir un poco antes, de ahí lo de matar a Ramón y lo del cartel de chivato. Pero no contaban con que tú todavía eres una buena asesina, a pesar de tu edad.

»Cuando fuimos a tu casa por el escape de gas, dijiste que lo primero que habías hecho al levantarte había sido bajar a la cocina para tomarte una taza de café y que te habías desmayado al entrar. Pero yo olí el jabón y la crema en tu piel cuando te di dos besos, como si te hubieras duchado antes. Nos mentiste, Columba. Te

duchaste tranquilamente y luego preparaste el escenario. Nos hiciste creer que había un escape para que pensáramos que habían intentado matarte y evitar que sospecháramos de ti. Fuiste muy lista, pero no tendrías que haberte duchado.

Al ver que Columba seguía muda, decidió lanzar el último dardo:

—Hoy, al mediodía, después de estar en la biblioteca, le he pedido a Héctor que me llevara a tu casa, porque cuando te acompañé al gallinero, tardaste demasiado en salir. Allí hemos encontrado una pistola, un silenciador y dos cajas de balas, todo escondido detrás de un tablón suelto de la pared que estaba tapado con un calendario viejo. Se lo hemos entregado todo a Mariano y le he explicado lo que os acabo de contar.

—No tenían que haberlo matado —saltó Columba—. Era un niño y no tenía la culpa de lo que yo había hecho. En cuanto esos dos vinieron al pueblo, supe que traerían problemas. —Se volvió hacia Deirdre—. Lo siento, nunca había tenido una amiga de verdad hasta que te conocí, pero no pude soportar que mataran a Ramón, ¿lo entiendes? —Deirdre la miraba como si no la conociera. La voz de Columba se volvió más desesperanzada al darse cuenta de que volvía a estar sola—. Imagino que Mariano está escuchándolo todo. Estoy cansada, quiero terminar con esto. Está bien: fui yo la que mató al asesino de Ramón. ¡Era un cerdo! Y no la maté a ella porque no estaba en la casa en ese momento. De lo contrario, también lo habría hecho.

Lena se desplomó en el respaldo de la silla cuando entraron dos agentes, seguidos por Mariano y Julio. Cuando se la llevaron, Lena se sentó junto a Deirdre. Columba no era la única que tenía que disculparse.

—Lo siento, yo... —empezó Lena, pero Deirdre le hizo un gesto para que no siguiera y la abrazó. Julio y Mariano las observaban con tristeza.

* * *

El día amaneció tan nublado como su estado de ánimo. Se había

despertado sobresaltada por una pesadilla que no recordaba pero que la había dejado triste. Con esfuerzo, se levantó para darse una ducha y salir. Estaba decidida a buscar a Lisa. Se había dado cuenta de que no la veía desde la noche de la quemada.

Deirdre la esperaba en la cocina con el desayuno sobre la mesa.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Supongo que bien, a pesar de todo.

Lena desenvolvió una magdalena que tenía una pinta estupenda.

—¿Qué vas a hacer hoy?

Tragó el trozo de magdalena antes de contestar:

—Quiero buscar a Lisa. No sé si Héctor querrá venir, ahora lo llamaré.

Deirdre empalideció.

—¿Qué te pasa?

—Esa... —balbuceó, como si le faltara el aire—. Esa Lisa, ¿quién es?

—Tienes que conocerla, una niña que me encuentro por todos sitios.

Cuando negó con la cabeza, Lena frunció el ceño.

—Es cierto —murmuró, pensativa—. No la conoces. Bueno, no importa. Es una niña que conocí al poco de llegar. Ha venido al pueblo de vacaciones con su familia. Todavía no te la he presentado porque no se ha dado la ocasión. —Se encogió de hombros—. Es encantadora, rubia, gordita, y siempre está sonriente. ¡Ah! —Sonrió al recordar algo—. Y tiene una bici rosa.

Deirdre ahogó un grito y se cubrió la boca con la mano. Lena se asustó.

—¿Pero qué te pasa?

—No puede ser —susurró.

—Deirdre, me estás asustando.

La mujer se levantó y salió de la cocina. Fue a su habitación y regresó con un álbum de fotos.

—Quiero que veas algo.

Se sentó junto a Lena y comenzó a enseñarle las fotos de un bebé rubio y sonriente. Lena sonrió al ver como se iba haciendo mayor,

hasta llegar a una foto en la que la niña posaba más sonriente que nunca sobre una bicicleta rosa. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando reconoció a Lisa. Deirdre siguió pasando las imágenes de la niña, que siguió creciendo ante ella como si Lena estuviera viendo una película de su vida a cámara lenta, hasta la última foto, en la que aparecía una mujer guapísima con el pelo rubio y largo y unos impactantes ojos verdes. Cuando levantó la mirada, a pesar de que lo acababa de ver, se negó aceptarlo.

—¿No puede ser! ¡Es Lisa! ¿Qué quiere decir esto?

Lena apartó el álbum, mirándolo como si fuera algo venenoso. Deirdre lo cogió y lo apretó contra su pecho mientras lloraba en silencio.

—Quería contarte la verdad cuando llegaste, pero había prometido a tu padre que te lo diríamos los dos juntos.

—¿Qué tiene que ver mi padre con... esas fotos? ¿Cómo es posible que haya estado con una niña de la que tienes fotos antiguas? ¿Quién es? —No se atrevió a preguntarle lo que más miedo le daba.

—La niña de las fotos es mi hija Elizabeth. Tuve la mejor hija del mundo, pero desgraciadamente murió muy joven.

—¿Está muerta? —Se le pusieron los pelos de punta al ver que la mujer afirmaba con la cabeza—. Siento lo de tu hija, Deirdre. Pero eso no explica cómo es posible que haya podido conocerla y hablar con ella.

Ahora entendía por qué Deirdre no hablaba nunca de su familia.

—Me gustaría hablarte sobre ella, e intentaré explicarte lo que creo que ha ocurrido.

—Claro —susurró, aunque no creía que hubiera ninguna explicación que pudiera entender.

—Como te he dicho, mi hija se llamaba Elizabeth, Elizabeth Wilson. La tuve con veinticinco años, y desde que nació, nos hizo a mí y a mi marido enormemente felices. —Sonrió con nostalgia y Lena se dio cuenta del parecido que había entre su sonrisa y la de Lisa. Eran iguales—. Mi niña vino al mundo para traer alegría a los demás, siempre estaba sonriente. Creció con grandes ideales y las ideas muy claras. Quería ser médico. Cuando terminara la carrera, iba a

cooperar con una ONG durante un año, pero mientras estudiaba se enamoró perdidamente de un periodista llamado Conlan y se casaron enseguida. Los dos estaban locos el uno por el otro. A pesar de estar casada, siguió insistiendo en que se iría con la ONG cuando terminara la carrera, aunque todos nos reíamos al escucharla, convencidos de que no lo haría. Se quedó embarazada el último año de carrera, justo antes de los finales, y decidió posponer el viaje, aunque no lo anuló. —Miró fijamente a Lena antes de seguir—. Tuvo una niña preciosa y, cuando cumplió un año, se fue, en contra de la opinión de Conlan y la mía. Mi marido había muerto años antes, en Irlanda. Si algo le pasaba a mi hija, no creía que pudiera soportarlo.

Estuvo callada un par de minutos, mientras recordaba lo ocurrido.

—Discutí con ella los últimos días antes del viaje hasta quedarme afónica, pero mi Elizabeth era muy testaruda. Se fue a Afganistán a trabajar en un hospital, y nos dijo que se quedaría solo durante el verano. Había conseguido un puesto como pediatra en un hospital de Madrid, en el que empezaría en septiembre.

Se detuvo.

—¿Qué pasó? —susurró Lena.

—Murió asesinada en el ataque terrorista al hospital de Mazar-e-Sharif en 2004. Tenía veinticuatro años. Estaba curando a un niño cuando entraron dos hombres con ametralladoras y comenzaron a disparar. Mataron a treinta y seis personas, incluida mi Elizabeth. Veintidós eran niños.

—¿Por qué se me ha presentado a mí, y no a ti?

Deirdre parecía haber envejecido diez años de golpe.

—Sabes por qué —murmuró.

—Quiero que lo digas.

—Soy tu abuela —susurró—. Tu madre era mi hija, mi querida Elizabeth. En casa siempre la llamábamos Lisa.

—¡No! ¡No es verdad! —gritó, mirándola con miedo y rabia.

Deirdre, muy pálida, no contestó. Dejó que se levantara y se fuera hacia su habitación. Se quedó esperando a que volviera, porque sabía que lo haría. Era igual que su hija. Esos días se había dado cuenta de que, aparte de su parecido físico, tenía el mismo carácter que

Elizabeth.

Lena volvió poco después y se sentó ante ella con los ojos enrojecidos.

—Pensaba llamar a mi padre para irme cuanto antes, pero necesito saberlo todo.

—Conlan se volvió medio loco, como yo. Ni siquiera con la muerte de mi marido había sentido un dolor tan grande. Pero Conlan...

Miró a Lena, porque no quería hablar mal de su padre, pero la chica se limpió los ojos con una servilleta de papel y le dijo:

—Sigue.

—Tu padre me dijo un día que no podía seguir viéndome, al menos durante una temporada, porque le recordaba demasiado a Lisa. Aunque estaba hecha polvo, lo acepté solo porque era temporal, y estuve casi un año sin verte. Después, me llamó para que quedáramos en un parque. Tú tenías dos años y eras una niña guapísima. Me dijo que no quería que te criaras sin madre y que había encontrado una buena mujer con la que compartir su vida. En cuanto lo escuché hablar sobre ella, supe que aún quería a mi hija. Su futura mujer era cirujana y estaba de acuerdo en ser tu madre, pero ponía una condición.

—¿Cuál?

—No quería que tuvieras relación conmigo ni con nadie de mi familia, y no deberías saber nunca que ella no era tu madre biológica.

Lena ahora entendía muchas cosas, sobre todo las diferencias que su madre hacía entre su hermano y ella. Pero había algo más que le había llamado la atención.

—¿Tienes más familia?

—Sí. —Deirdre esbozó una débil sonrisa—. Cinco hermanos y diecisiete sobrinos. Tienes una gran familia que está deseando conocerte, pero todos viven en Irlanda.

—Sigue, por favor.

—Cuando Conlan me lo explicó, le dije que no podía renunciar a ti, y que si era necesario iría a los tribunales a reclamar mis derechos como abuela. Discutimos y, durante un tiempo, te esperaba en la

puerta del colegio. Me escondía para verte entrar o salir. Conlan me sorprendió un par de veces y me propuso que, si me comprometía a no volver a hacerlo, cuando tuvieras quince años te dejaría pasar unas semanas conmigo y te contaríamos la verdad.

—No lo entiendo. ¿Por qué ella no quería que te conociera? — Después de enterarse de la verdad, le costaba llamarla mamá.

—No lo sé. Imagino que quería aparentar que eras solo suya.

—¡Pero no es justo! —Lena siguió dando rodeos para no preguntar lo que le daba más miedo de todo—. Has dicho que tu marido murió...

—En un ataque terrorista del IRA. Era un policía británico y yo una maestra irlandesa. Nuestra vida era complicada. Los del IRA no aceptaban las parejas de nuestro tipo, pero nunca creímos que nos harían nada. Cuando lo mataron, Elizabeth y yo vinimos a España. Solo quería que mi hija estuviera a salvo. ¡Qué ironía!

—He estudiado el IRA en el cole, sé quiénes eran. ¿Cómo se llamaba tu marido? Mi abuelo...

Deirdre carraspeó antes de hablar, intentando deshacer el nudo de la garganta.

—Bryan Wilson.

—¿De quién fue la idea de llamarme Lena? —Siempre había pensado que era raro que fuera idea de su padre.

—De tu madre, pero no sabes la historia detrás de ese nombre.

—¿Qué quieres decir?

—Te pusimos el nombre que te correspondía según las costumbres de nuestra familia, un nombre con una larga tradición, que se remonta a cientos de años. —Al ver su expresión, levantó la mano para tranquilizarla—. Escucha, es demasiada información...

—¡Venga ya! —Se levantó, más enfadada que nunca en su vida, convencida de que le estaba tomando el pelo—. ¡No me lo creo! Ahora sí que voy a llamar a mi padre y...

Echó a andar deprisa hacia la puerta, pero se quedó helada al escuchar la pregunta de su abuela.

—¿Te ha ocurrido algo estos días que no seas capaz de explicar?

Se dio la vuelta y la miró fijamente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando fui a casa de Natalia. No te había contado nada, pero aparecieron Amelia y Belén. Sentí que tenía que proteger a Natalia y de repente...

—¿Viste algún destello, un chisporroteo o una llama?

Lena negó con la cabeza, completamente sorprendida.

—Dos bolas de fuego en las palmas de las manos.

Se las miró recordando el escozor que había sentido después, durante horas, sin darse cuenta de la cara de asombro de Deirdre.

—¡Dios mío! ¿Qué pasó?

Lena se encogió de hombros, incómoda.

—Nada. Al ver las llamas, Amelia y Belén se fueron y el fuego desapareció.

—¿Se te quemaron las palmas?

—No, pero me escocieron durante unas horas. ¿Cómo sabías lo que me había pasado?

—Tienes un enorme poder, y eso que todavía no puedes controlarlo. Cuando lo hagas, no habrá nada que no seas capaz de hacer. Hay mucho que debo contarte, pero ahora lo más importante es que sepas que procedemos de una larga estirpe de brujas irlandesas con grandes poderes. —Sonrió tímidamente—. Tu madre era una importante médium, y tú tienes una extraordinaria clarividencia, lo que te hace especialmente buena para descubrir lo oculto, ya sean acertijos o crímenes. Sin embargo, tu verdadero destino es ser la guerrera de fuego. Cada trescientos años nace una en nuestra familia para proteger todo lo bueno que hay en el mundo.

—Le cogió la mano entre las suyas—. Cierra los ojos. —Lena lo hizo—. Para nosotras, el plano espiritual es tan importante o más que el físico.

Lena se encontró en medio de un bosque, junto a un precioso río. Tenía un bebé en brazos y otro niño corría y gritaba a su alrededor, jugando con ella. Todos llevaban ropas antiguas. Escuchó el galope de un caballo que venía por el camino y se llevó la mano a la frente para que no le deslumbrara el sol mientras sonreía. Sabía que era

él...

Deirdre dejó su mano sobre la mesa y ella volvió al presente.

—¿Eso era real? —Sentía tanta pena por haber vuelto que sus ojos se llenaron de lágrimas—. Era muy feliz.

—Fue otra vida, una de ellas. Lo siento, quería enseñarte lo que somos. La leyenda dice que la primera guerrera de fuego nació junto al río Lena, en Siberia, y que huyó de allí junto a su familia en la Edad Media, cuando quemaban a las brujas. Desde entonces, todas las guerreras de fuego se llaman como el río que vio nacer a la primera: Lena.

—¿Fue a Irlanda? ¿Era la chica que he visto?

—Sí. Los espíritus de todas las guerreras están unidos de una manera que no podemos explicar.

—¿Tú también eres una guerrera?

—No, solo hay una cada trescientos años. En esta época, eres tú.

Lena asintió.

—¿Por qué crees que Lisa se presenta ante mi como si fuera una niña?

—Creo que es la manera que ha encontrado de hacerlo sin llamar la atención, para protegerte.

Lena sintió un hormigueo en la nuca.

—¿Estoy en peligro?

El suspiro de Deirdre denotó remordimiento.

—La lucha entre el bien y el mal es constante, y no ha sido casualidad que Amelia y Belén vinieran a este pueblo poco antes de que lo hicieras tú, aunque no creo que supieran contra quién iban a luchar. Esta vez hemos tenido suerte, pero tienes que aprender a dominar tus poderes, por si fuera necesario que los utilizaras.

—No lo entiendo. ¿No habría sido mejor que me contarais todo esto antes?

—Verás, nuestros dones se hacen visibles cuando cumplimos quince años. Por eso quedé con tu padre en que vinieras a verme a esa edad.

—¿Él lo sabe?

Deirdre asintió.

—Sí, y también lo importante que es que te prepares para defenderte.

—¿Y si no quiero ser una bruja? ¿Puedo renunciar?

Todo esto era demasiado, estaba muerta de miedo.

—Lo siento, pero no es posible. —Al percibir su angustia, intentó distraerla—. No me has preguntado cuál es mi poder.

—Creo que lo sé. —Deirdre puso cara de extrañeza—. Adivinas cosas. Cuando hablaba contigo, a veces sabías que te mentía y cuál era la verdad. ¿Es como el mío? ¿Clarividencia?

El rostro de Deirdre reflejaba orgullo.

—Sí, es uno de ellos, pero tu energía es muy superior a la mía.

—¿Se pueden tener varios poderes?

—Por supuesto. De hecho, creo que tú tienes al menos tres, pero no podré saberlo con seguridad hasta que no te ejercites.

—¿Ejercitarme? No creo que eso ocurra. —Se levantó agobiada y sintió que algo la empujaba a salir de la casa—. Voy a ir a dar un paseo, necesito despejarme.

—Claro.

Salió al porche, cerró un momento los ojos y en su mente apareció el lugar del río donde estuvieron bañándose. Con el corazón latiéndole a toda prisa por el miedo, caminó hasta allí. Se dejó caer en la hierba. A pesar del miedo, cerró los ojos, y solo los abrió al escuchar su risa. Dejó de respirar unos segundos al verla sentada delante de ella, sonriendo.

—Hola —la saludó Lisa.

No sabía qué decirle. Lo único que quería era salir corriendo a casa de Deirdre, recoger sus cosas y volver a Madrid. Lisa se puso seria por primera vez desde que la conocía.

—No me tengas miedo, por favor. Solo he venido porque me has llamado. Nunca te haría daño. —Ladeó la cabeza, mirándola con tristeza— ¿No me crees?

—No lo sé. ¿Sabes quién soy?

La niña asintió, pero para Lena era incongruente que aquella niña fuera su madre.

—¿Por qué te has presentado ante mí y no ante Deirdre?

—Tenía miedo de que te hicieran daño cuando viniste. Sabía que este sitio era muy peligroso para ti.

—¿Tú no lo conocías?

—No.

—¿Por qué?

—Porque elegí estar contigo. Sabía que mi madre estaría bien, por eso siempre he estado contigo.

—Podías haberme ayudado antes diciéndome que Laura no era mi madre.

Lisa la miró pensativa.

—No podía mostrarme ante ti hasta que no tuvieras quince años. No podía comunicarme contigo. Hasta esa edad, las brujas no podemos utilizar nuestros poderes. Tú puedes verme porque los utilizas inconscientemente, y eso hace que los que están contigo también me vean. En cuanto a Laura, sé que te lo ha hecho pasar mal, pero te aseguro que ella no es más feliz que tú.

Lena frunció el ceño. Si había algo que no esperaba, era esto: que Lisa, su madre fantasma, defendiera a su madre postiza. La repateó.

—¡Esa mujer ha hecho de mi vida una mierda! Y todo porque en realidad no era su hija.

—Escucha, Lena —dijo Lisa con suavidad—. Antes que nada, tienes razón, ella se ha portado muy mal contigo. Ahora que sabes lo que pienso, déjame explicarte algo. Conlan y yo estábamos muy enamorados cuando me empeñé en ir a Afganistán. Si no lo hubiera hecho, habríamos seguido juntos y yo habría podido ser tu madre, así que la principal culpable de lo ocurrido soy yo.

Lena estaba boquiabierta escuchando a la niña hablar así. Era surrealista. Pero, por lo visto, todo en su vida lo era.

—Después de mi muerte, Conlan juró que nunca querría a otra mujer y lo ha cumplido. —Lena la miró atónita—. Sí, Laura sabe que no la quiere, nunca la ha engañado. Lo aceptó para conseguir que se casara con ella, pero es algo muy duro. Y encima, estás tú. Cada vez que Conlan te mira, se acuerda de mí y ella lo sabe. Sé que es muy injusta contigo, pero ahora que eres más mayor, ¿puedes entenderla un poco?

No iba a contestar a semejante pregunta. ¡No pensaba perdonar a Laura por hacerle la vida imposible, y le daba igual que fuera porque estuviera celosa de su verdadera madre!

—¿Por qué sigues apareciéndote con forma de niña?

Lisa volvió a sonreír.

—Al principio pensé que sería más fácil que me aceptaras así. Me he acostumbrado y me gusta. —Su cara pareció temblar y empezó a volverse translúcida—. Debo irme, pero tengo que explicarte muchas cosas...

Lena alargó una mano hacia ella.

—¿Volveré a verte?

—Claro, cuando quieras. Solo tienes que llamarme, como has hecho antes.

Lisa se disolvió ante su mirada atónita y el aire le trajo un sorprendente olor a lluvia. Cuando consiguió cerrar la boca, se tumbó en la hierba con una sensación extraña, porque sabía que Lisa estaba con ella.

Al escuchar unos pasos acercarse, se sentó y se quedó mirando el camino. Era Héctor, que se sentó junto a ella con cara seria. Le dio un beso en la mano derecha y luego en la boca.

—Me ha llamado Deirdre.

Lena se apartó sobresaltada y se levantó.

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

—¿Qué te ha contado?

—Solo que estabas disgustada porque habíais discutido. Quería que me asegurara de que estabas bien. ¿Qué ha pasado?

—Nada, no quiero hablar sobre eso.

Se cruzó de brazos, de pie, mirando el agua. Quería quedarse allí un rato. Tenía que pensar.

—Héctor, por favor, déjame sola.

—¡No! —Se levantó y se acercó a ella, pero tomó la precaución de no tocarla—. Escúchame. Si cuando nos conozcamos mejor decides darme una patada en el culo, lo aceptaré. Al menos, eso espero. Pero me parece algo injusto que me la des ahora, porque no tengo la culpa. Cuéntame qué te pasa, quiero ayudarte.

Ella cogió una piedra y la lanzó al agua.

—No puedo contártelo todo, pensarías que estoy loca.

—Prueba.

—Está bien. Deirdre es mi abuela biológica.

—¡Ah! ¿Es eso?

—¿No te sorprendes?

—Desde que llegaste, todos en el pueblo hablaban sobre vuestro parecido. Estoy seguro de que la mayoría se lo han imaginado, aunque no habíamos oído hablar sobre ti. Sabíamos que su marido y su hija estaban muertos.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo has dicho?

Héctor se sentó y tiró de su mano para que hiciera lo mismo, pero ella se soltó.

—Me di cuenta de que no sabías nada y lo hablé con Julio. Él lo había adivinado y se lo dijo a Deirdre. Ella se derrumbó y lo confesó. Desde entonces, Julio ha insistido en que te lo contara, porque le parecía muy injusto que no lo supieras. ¿Cómo es posible que no supieras que era tu abuela hasta ahora? ¿Qué te han contado en casa?

Lena agachó la cabeza y arrancó un manojito de hierba.

—Yo creía que mi madre... Bueno, que la mujer de mi padre era mi madre. Nunca se me ocurrió que no fuera así, pero ahora entiendo por qué me tiene tanta manía. Nunca me ha querido. Si no hubiera tenido con quién comparar, habría creído que ella era así, pero a mi hermano lo adora. Conmigo siempre ha sido dura y exigente.

Héctor volvió a tirar de ella hasta que consiguió que se sentara sobre él, y la abrazó con fuerza como si no fuera a dejarla escapar nunca. Lena cansada, apoyó la cabeza en su pecho.

—Estoy seguro de que te quiere.

Ella negó con la cabeza.

Héctor respiró hondo para controlar la excitación de tenerla sentada encima de él, porque ahora solo quería consolarla.

—No lo entiendes —dijo Lena—. Lo he sabido desde siempre. Mi padre me quiere, pero mi madre, no. Al menos ahora sé por qué.

—Es injusto que te haya tratado así desde pequeña, deberías haber hablado con tu padre.

—Lo he hecho muchas veces, pero solo conseguía que ellos discutieran. A veces he pensado que se divorciarían por mi culpa. Por eso, cuando me hice lo bastante mayor, decidí no contarle ninguna de nuestras broncas a mi padre.

Héctor sonrió. Metió las manos debajo de la camiseta de Lena y acarició su cintura.

—Así que mayor... ¿eh?

Arqueó una ceja y ella pensó que nadie debería ser tan guapo. Tan moreno y con el pelo rozándole los hombros, parecía un pirata.

—No quiero pensar más en eso.

Se inclinó sobre él y le mordió el labio inferior, lo que hizo que las manos de él recorrieran su espalda con excitación. Cuando Lena lo empujó para que se tumbara y se colocó a horcajadas sobre su cintura, se olvidaron de todo durante un buen rato.

* * *

Volvieron dando una vuelta en la moto, un rodeo para retrasar el momento de la despedida, pero no hablaron hasta que la dejó junto a la verja.

—A las ocho vengo a buscarte.

—¿Qué vamos a hacer? Es mi último día.

Aún no se creía que al día siguiente no volvería a verlo.

—¿No te puedes quedar más tiempo?

—Estaba decidida a irme ya... —dijo con un suspiro, aunque no quería separarse de él.

—Podrías llamar a tu padre para decirle que quieres pasar el verano aquí. —Le lanzó una mirada con la que le dio a entender cómo se lo pasarían si se quedaba—. Y tú y Deirdre os conoceríais mejor.

—Daría lo que fuera por quedarme más tiempo, pero no sé si estaré a gusto con Deirdre. Es todo tan raro... Me parece imposible que vaya a volver a mi aburrida vida.

Mantuvo los pensamientos sobre sus poderes bien enterrados. No quería pensar en ello todavía.

—Es imposible que tengas una vida aburrida.

Ella sonrió.

—Pues es así. Por ejemplo, nunca monto en bici ni como helados.

—¿Y eso?

—Lo de la bici, porque pensaba que no me gustaba. Y los helados porque mi mad..., es decir, Laura, piensa que estoy gorda.

—¡Vaya gilipollez!

Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara y, cuando lo hizo, dio una palmada al depósito de la moto que estaba delante de él.

—¿Quieres que me suba ahí?

Héctor asintió con una cara que parecía la encarnación del demonio y ella sintió que la sangre le burbujeaba en las venas. Entonces, él se echó hacia atrás en la moto y la ayudó. Cuando estuvo sentada, la pegó de nuevo a su cuerpo. Lena notó su entrepierna pegada a la suya cuando volvió a besarla. Le echó los brazos al cuello y le correspondió como si le fuera la vida en ello, hasta que sintió que se desmayaría por falta de aire. Héctor levantó la cabeza y la miró con expresión de sabelotodo.

—¿Y ahora qué? ¿Sigues pensando en llamar a tu padre?

—Eres un creído.

Le sacó la lengua y él volvió a intentar besarla, pero ella se apartó. Héctor le mordió la oreja, lo que hizo que Lena se quedara inmóvil, gimiendo.

—Esto es una locura. Bájate o te llevo al bosque y no saldremos de allí en semanas.

Ella soltó una risita mientras le obedecía.

—Entonces, ¿a las ocho?

—Claro, iremos a León a cenar. ¿Te parece?

—¿En la moto?

—No, le pediré el coche a mi padre.

Ella se dio la vuelta para entrar en casa de Deirdre.

—Lena —dijo, y ella lo miró, a punto de traspasar la verja—. No seas demasiado dura con ella. Su marido y su hija están muertos, y no ha podido verte durante años. Además, también ha perdido a

Columba.

Lena lo miró entristecida. Tenía razón, solo había pensado en sí misma.

—Es una buena persona —dijo Héctor.

—Sí.

—A las ocho. Y te convenceré para que te quedes el verano.

En los pocos pasos que dio hasta la casa, las palabras de Héctor dejaron huella en su mente. Se dio cuenta de lo duro que tenía que haber sido para Deirdre renunciar a ella cuando Lisa murió. Y lo había hecho por su bien. Lo menos que podía hacer era pasar allí una temporada para conocerla.

Su abuela estaba en el sofá, tomando una infusión. Cuando entró, la miró con cierta cautela.

—Me gustaría quedarme unas semanas más para que nos conozcamos mejor —dijo Lena. Al ver su sonrisa, se atrevió a añadir —: Si te parece bien..., abuela. Voy a llamar a mi padre para decírselo.

Mientras subía las escaleras, supo que ese verano la cambiaría para siempre.

Sobre la autora



Margotte Channing nació en Madrid, ciudad en la que vive con

sus dos perros, Nala y Bob. Durante muchos años, estuvo trabajando en un banco, pero su sueño siempre fue dedicarse a la escritura. Un día, decidió hacer caso a su corazón y lo dejó todo para dedicarse por completo a su gran pasión. Tras publicar más de veinte novelas, que han alcanzado los 70 000 ejemplares vendidos, Margotte Channing se ha consagrado como una de las nuevas voces de la literatura juvenil.